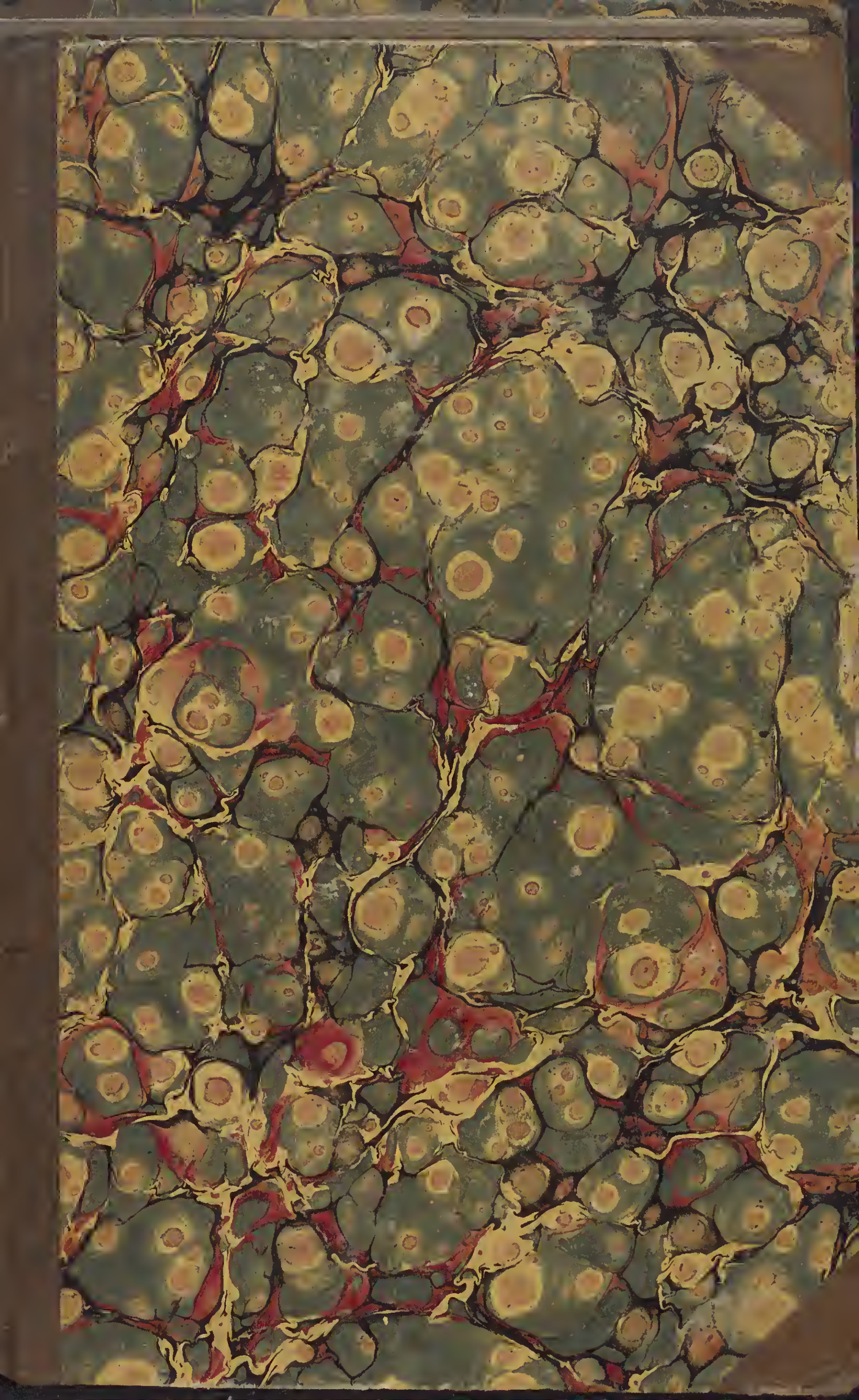
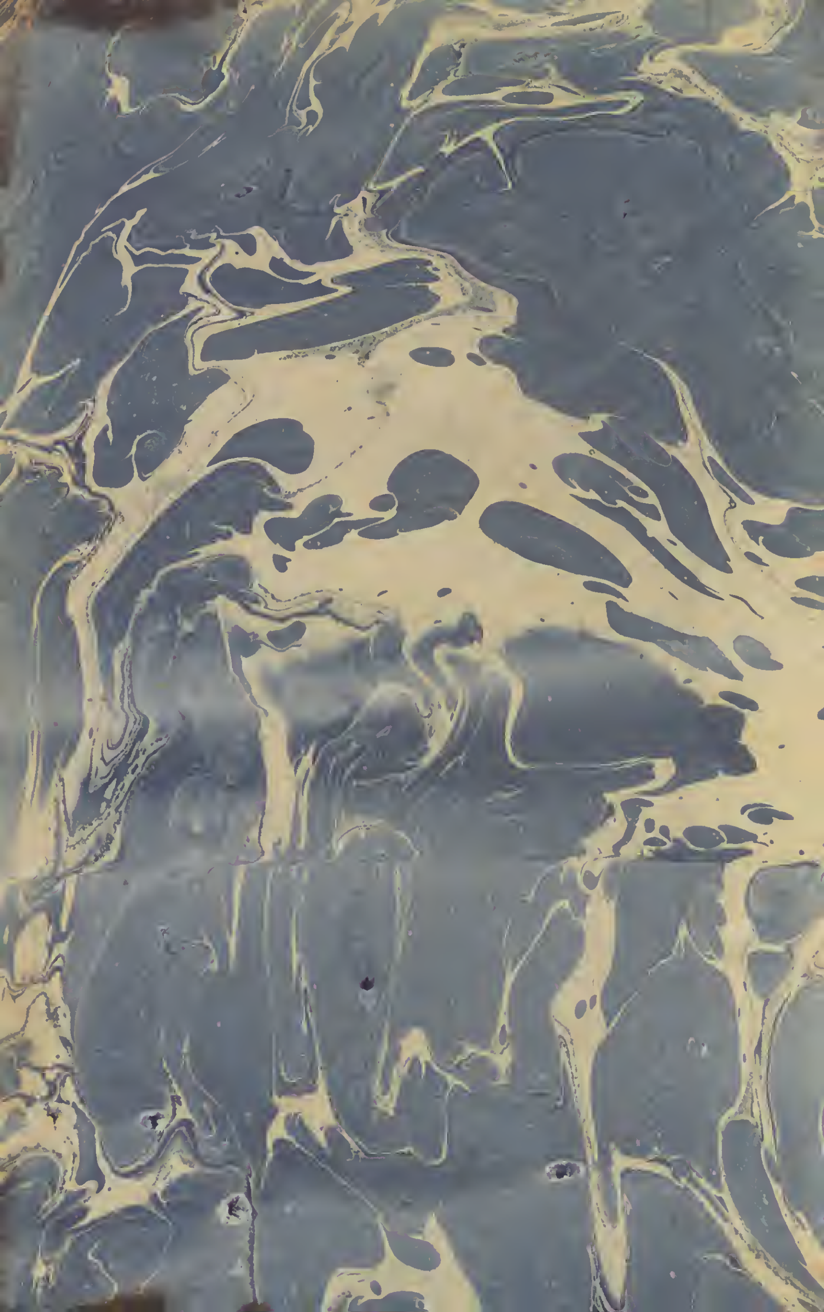
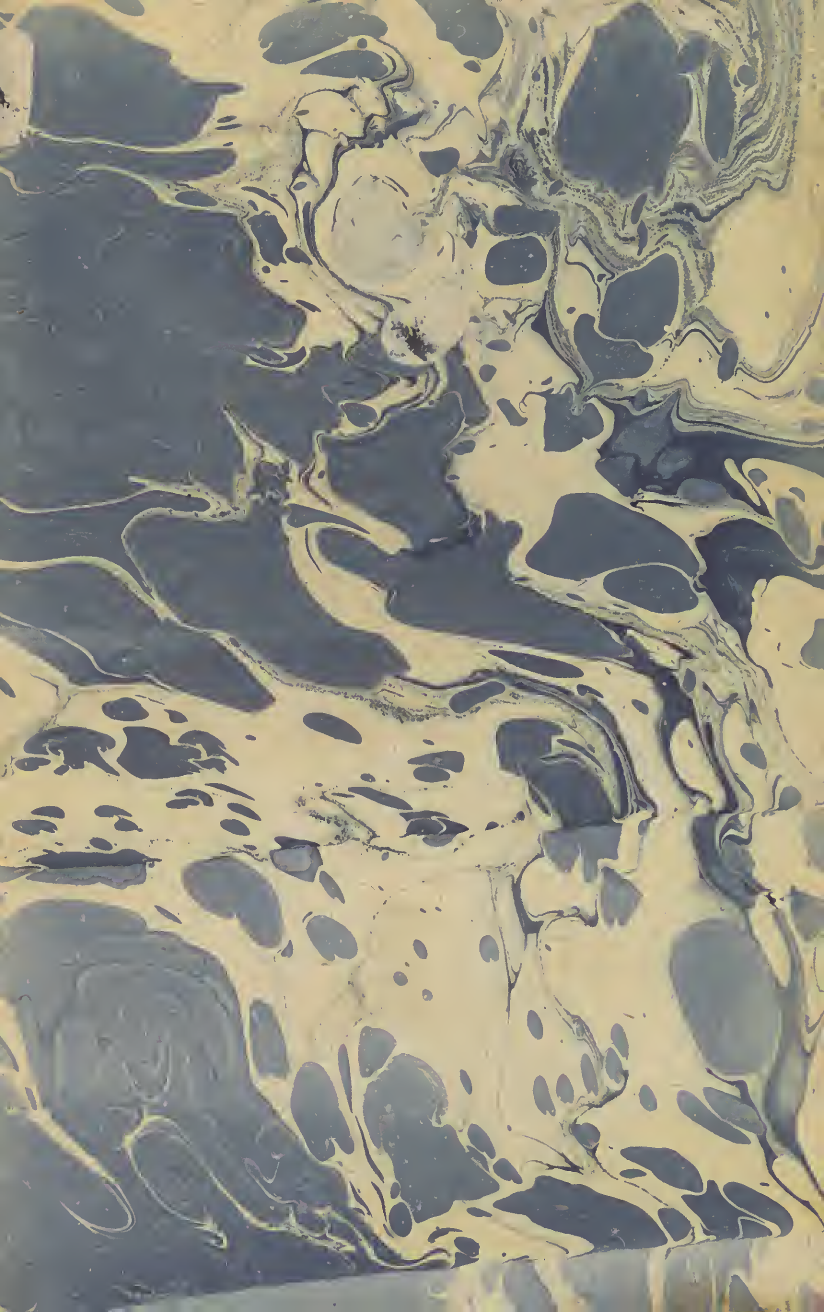






Estante 28

nº 65

Pedro Luis Corne-

gia

TEATRO ESCOGIDO

DE

FRAY GABRIEL TELLEZ,

CONOCIDO CON EL NOMBRE DE

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

TOMO VII.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

═

1840.

AVERÍGUELO VARGAS,

COMEDIA.

PERSONAS.

EL REY NIÑO DE PORTUGAL, DON ALFONSO V.
EL INFANTE DON PEDRO.
LA INFANTA DOÑA FELIPA.
DON ALFONSO DE ABRANTES.
SANCHA.
RAMIRO.
DOÑA INES, *dama.*
DON DIONÍS. } *Caballeros.*
DON DUARTE. }
DON EGAS. }
DON NUÑO. } *Caballeros.*
ACUÑA. }
CABELLO, *pastor.*
TABACO, *lacayo.*
UN PAGE.
ACOMPAÑAMIENTO DEL REY Y DEL INFANTE.
CABALLEROS PORTUGUESES.
CRIADOS.

La escena es en Momblanco y en Santaren.

ACTO PRIMERO.

Entrada á la quinta de don Alfonso en Momblanco.

ESCENA I.

Por un lado DON ALFONSO, SANCHA *y* RAMIRO. *Por otro* DON PEDRO, DOÑA FELIPA, DOÑA INES *y* ACOMPAÑAMIENTO, *en trage de camino.*

DON ALFONSO.
Vuestra alteza, gran señor,
sea mil veces bien venido
á esta casa.

DON PEDRO.

¡O gran prior!
levantaos; que ya lo he sido,
pues sale vuestro valor
á recebirme hasta aquí.
Levantaos, nó esteis ansí,
cubrid la noble cabeza.

DON ALFONSO.

(*A la infanta.*)
Deme los pies vuestra alteza.

DOÑA FELIPA.

Los brazos primero os dí,
gran don Alfonso de Abrantes;
que los mereceis mejor.

DON ALFONSO.

Si con premios semejantes
vuestra grandeza y valor
hace méritos gigantes
que han sido hasta aquí pigmeos,
alentará mis deseos
de modo, que mi vejez
vuelva á su abril otra vez,
rica con tantos trofeos.

DOÑA FELIPA.

Como á mi pariente os trato,
y como á prior de Ocrato,
gloria de la cruz de Rodas,
luz de las hazañas todas.

DON ALFONSO.

Si no corta el tiempo ingrato
el hilo á mis pensamientos,
pagarán este favor
(aunque mis merecimientos
no igualen á su valor)
nobles agradecimientos
de un pecho por vos honrado....
Pero no me habia acordado
de daros el parabien
del cargo, señor, que ven
estos reinos empleado
tan bien en vos. Largos años
goberneis esta corona,

porque restaureis los daños
que la desdicha pregona
de sucesos tan estraños.
Que si quedó Portugal
y su corona real
huérfana y llena de luto,
cogiendo violento el fruto
el tirano universal
de nuestro rey malogrado,
porque quede consolado
y el llanto pueda enjugar,
vos quedais en su lugar
para gobernar su estado;
pues muerto el rey don Duarte,
señor nuestro y vuestro hermano,
nadie llenará esta parte
sino el valor soberano
que en vos el cielo reparte;
y el niño rey, que ya está
en vuestra ilustre tutela,
en vos, gran señor, tendrá
una general escuela
en quien acrecentará
el valor que conjeturo;
pues porque viva seguro
con el valor que merece,
venís á ser, mientras crece,
él la yedra y vos el muro.

DON PEDRO.

Vos sois toda la lealtad
de estos reinos, gran prior.

DON ALFONSO.

Beso estos pies.

DON PEDRO.

Levantad.

SANCHA.

(*Hablando aparte con Ramiro.*)
Ramiro, ¡gran mirador
estais! llegaos mas, llegad;
que no os huele mal la moza.
El no sé qué que os retoza
en el alma, he visto ya.

¡Fuego en quien crédito os da,
y vuestras lisonjas goza!
Pegaos otro poco á ella.

RAMIRO.

Sancha, empieza ya.

SANCHA.

Mi llanto.
A fe que os parece bella.

RAMIRO.

¿A mí?

SANCHA.

¿No? á vos. Haceos santo;
que á fe que babeais por ella.

DOÑA FELIPA.

¿Cómo se llama esta tierra?

RAMIRO.

Momblanco, y aunque en la sierra,
fértil de pan.

SANCHA.

(*Aparte con Ramiro.*)
Mas ¡qué agudo
vais á responder! Picudo,
el cuidado os hace guerra.

RAMIRO.

¿Quieres callar?

SANCHA.

¿Quereis vos
callar y no responder?

RAMIRO.

Importuna estás, por Dios.
Si pregunta una muger
tan noble....

SANCHA.

¿No hay aquí dos
que os saquen de ese cuidado?
¿ó teneis vos arrendado
el responder? ¡Ah hi de puza!
A fe que amor os rempuza.

RAMIRO.

En linda locura has dado.

SANCHA.

Pues ¿no es verdad?

RAMIRO.

No es verdad.

SANCHA.

Luego la engorgollotada
¿no os hace en la voluntad
borbollitos?

RAMIRO.

¡Qué cansada!

SANCHA.

¿Ya os canso? Pues descansad;
que yo lloraré entre tanto.

RAMIRO.

De mi paciencia me espanto.

DOÑA FELIPA.

¿De qué llora esa pastora?
¿Qué tiene?

SANCHA.

Aquí nadie llora.

DOÑA FELIPA.

¿No he visto yo vuestro llanto?

SANCHA.

No es de pena.

DOÑA FELIPA.

¿Pues de qué?

SANCHA.

De picar una cebolla
para una ensalada fue,
que es postillon de la olla.

DOÑA FELIPA.

¿Pica mucho?

SANCHA.

¿No lo vé?

DOÑA FELIPA.

Hermosos ojos teneis.
¿Y há mucho....?

SANCHA.

Bien poco há
que me hace llorar cual veis.

DOÑA FELIPA.

¿Luego aun pica?

SANCHA.

Y picará

hasta que de aquí piqueis.

RAMIRO.

Sancha, tú me has de obligar
á irme de este lugar,
si no callas.

SANCHA.

Hareis bien.

DON PEDRO.

Hay cortes en Santaren;
que como murió en Tomar
el rey mi hermano y señor,
y se quiere ir á Castilla
la reina doña Leonor,
sin que puedan persuadilla
mis ruegos, lealtad y amor
á que gobierne este estado,
como lo dejó mandado
el rey en su testamento,
llevando al cabo su intento,
en Santaren he llamado
á cortes, con intencion
de que apruebe el rey en ellas
aquesta renunciacion.

DON ALFONSO.

Habrá oido las querellas
de algunos grandes que son
de diverso parècer,
y no dejan de tener
razon; que parece mal
que gobierne á Portugal,
y se iguale una muger
con vos, de cuya prudencia
y valor tiene esperiencia
el estado lusitano.

DON PEDRO.

Mandólo ansí el rey mi hermano,
que la amó por escelencia.

DON ALFONSO.

Gobernadores estraños
en un reino, es desatino
de que proceden mil daños.

DON PEDRO.

Mientras el rey mi sobrino,
que tiene solos diez años,
crece, pues doña Leonor
da en partirse, gran prior,
su tutela aceptaré
y el gobierno, porque esté
libre el reino del temor
en que las alteraciones
de dañadas intenciones
ponen su lealtad y ley,
cuando por ser niño el rey,
anda la fe en opiniones.

SANCHA.

(*Aparte á Ramiro.*)
No la tienes de mirar.

DOÑA FELIPA.

¿Cuánto hay de aquí á Santaren?

RAMIRO.

Diez leguas suelen contar.

SANCHA.

(*Aparte á Ramiro.*)
¡Qué presto fuiste....!

RAMIRO.

Hago bien.

SANCHA.

Todo es por darme pesar.
Pues, para esta.

DOÑA FELIPA.

¿Hay mucha caza
por este monte?

RAMIRO.

Es de traza,
que ella misma nos provoca
entre los pies.

SANCHA.

Hay tan poca,
que es necio quien se embaraza
en buscalla; no hay mentir.

RAMIRO.

Sancha, ¿quiéresme dejar?

SANCHA.

Hete de contradecir
en todo.

DOÑA FELIPA.

¿A quién he de dar
crédito?

RAMIRO.

No he de fingir
contigo yo: esta rapaza
¿qué puede saber de caza?

SANCHA, *aparte.*

Lo que basta para ver
el alma presa en poder
de quien mi muerte amenaza.

DOÑA INES.

Apacible recreacion
tiene el gran prior aquí.

DOÑA FELIPA.

¡Qué buenos palacios son
aquestos!

RAMIRO.

Señora, sí;
que cuando la inclinacion
se iguala con el poder,
suele la vejez hacer
edificios que compiten
con el sol, que otros habiten.

DOÑA FELIPA.

Este debe de tener
hermosas piezas.

RAMIRO.

Cien salas
le adornan.

SANCHA.

¡Ay qué mentira!
¿Ciento? Veinte, y esas malas,
porque es para quien le mira,
como vos en esas galas,
afeitada por defuera;
mas si dentro considera
lo que es, porque se reporte,
dirá que es dama de corte.

DOÑA FELIPA.

Y vos niña bachillera.

SANCHA.

Debí de nacer habrando,
porque es mi padre el barbero.

DOÑA INES.

¿Y habla mucho?

SANCHA.

Trasquilando,
no cesa; que es el primero
de los de «hágala callando.»

RAMIRO.

(*Aparte con Sancha.*)
¡Sancha!

SANCHA.

Aquí lo pagarás,
con pan y agraz.

RAMIRO.

Si me das
ocasion, y mas me agravia
tu necedad....

SANCHA.

¿Rabias? rabia,
pues yo rabio.

RAMIRO.

Loca estás.

DON PEDRO.

Por dos cosas, gran prior,
he pasado por aquí.
La reina doña Leonor
parte á Castilla, y ansí
quiero que vuestro valor
la acompañe: aquesta es
la una.

DON ALFONSO.

Beso tus pies
por merced tan singular.

DON PEDRO.

En la villa de Tomar
está, juzgando despues
que murió el rey don Duarte,
los dias que no se parte

por siglos largos, y importa
pues es la jornada corta,
que sea luego.

DON ALFONSO.

El agradarte
tengo por ley: luego al punto
me partiré.

DON PEDRO.

Tambien vengo
á cumplir del rey difunto
una obligacion que tengo,
por ser de su amor trasunto.
El mismo dia que murió,
el amor me declaró
que en el abril de su edad
tuvo aquí á cierta beldad,
cuyo nombre me encubrió,
diciéndome solo el fruto
de dos hijes, con que amor
dió á su esperanza tributo,
y de quien vuestro valor
es encubridor astuto.
Deséolos conocer
si estan en vuestro poder,
porque quedan á mi cargo.

DON ALFONSO.

De daros gusto me encargo.
Presto en ellos podreis ver
dos Apolos de quien soy
viejo y venturoso Admeto,
y con quien alegre estoy;
que por guardar el secreto
que el rey me mandó, hasta hoy,
disfrazados de pastores,
dan á estos valles amores,
gloria á su padre real,
y esperanza á Portugal
de otras hazañas mayores.

DON PEDRO.

Que me los mostreis aguardo.

DON ALFONSO.

Pues mirad aquel mancebo,

gran señor, que al gaban pardo
da, aunque tosco, valor nuevo.

DON PEDRO.

No he visto hombre mas gallardo.

DON ALFONSO.

Testigos son estos robles
de que las arrugas dobles
del novillo mas cerril
á su esfuerzo varonil
han dado despojos nobles.
Ya se ha visto entre sus brazos
rendir el oso fornido
la vida, hecho mil pedazos,
y hacer lo que no han podido
venablos, trampas, ni lazos.

DON PEDRO.

Tras él se me van los ojos.

DON ALFONSO.

Pues si á quien de mis enojos
es cónsuelo, ver quereis,
porque desde hoy no envidieis
del sol los cabellos rojos,
mirad en la tierna edad
de aquella niña discreta
la peregrina beldad
en cifra, porque os prometa
milagros su habilidad.

DON PEDRO.

¡Bella rapaza! ¿Y qué años
tiene?

DON ALFONSO.

Trece, aunque en engaños
vence su aguda niñez
la mas astuta vejez.
Hay de ella cuentos estraños
en esta sierra.

DON PEDRO.

¿Y qué nombre
tiene?

DON ALFONSO.

Sancha, y él Ramiro.

DON PEDRO.

¡Bella muger, y bello hombre!
Pintado en sus caras miro
su padre. ¡Qué gentil hombre
mancebo!

DON ALFONSO.

Aun entre sayal
descubre la sangre real
de su belicoso padre.

DON PEDRO.

Y la de su noble madre,
que por ser tan principal,
segun mi hermano me dijo,
su nombre encubre.

DON ALFONSO.

Colijo
que por bien empleada diera
cualquier liviandad, si viera,
señor, tal hija y tal hijo.
Con la infanta mi señora,
y hija vuestra, estan hablando.

DON PEDRO.

Su presencia me enamora:
lo que estan los dos tratando
quiero escuchar.

(*Acércanse á ellos.*)

RAMIRO.

Yo, señora,
conozco de mis intentos
que á vender merecimientos
el mundo, el alma llegara,
y infinitos la comprara,
si á trueco de pensamientos
me los diera.

SANCHA.

Y yo tambien
sé que de saber me pesa
lo que sé, por saber quien
sabe que sé en esta empresa,
que no sois hombre de bien.

DOÑA FELIPA.

Niña, ¿quién te mete aquí?

SANCHA.

El diablo y yo nos metemos,
(*Aparte.* y el fuego que vive en mí.)

RAMIRO.

(*Aparte con Sancha.*)
¿Quieres dejar, Sancha, estremos?

SANCHA.

¡Ah falso! ¿pagas ansí
lo que me debes?

RAMIRO.

Por Dios
que te adoro, Sancha mia.

SANCHA.

Yo me vengaré de vos,
Ramiro ingrato, algun dia.

DON PEDRO.

¿No saben que son los dos
hermanos?

DON ALFONSO.

No, gran señor,
aunque anda buscando amor
varias trazas y rodeos
para esplicar sus deseos,
porque no ama al resplandor
tanto el que alumbra los cielos,
como el que á Ramiro enseña
Sancha.

DON PEDRO.

¿Luego estos son celos?

DON ALFONSO.,

Sí serán.

DON PEDRO.

Pues ¡tan pequeña!

DON ALFONSO.

Los amorosos desvelos
de sospechas semejantes,
en Portugal crecen antes
que en otra parte.

DON PEDRO.

Es ansí,
que todos nacen aquí
tan celosos como amantes.

DOÑA FELIPA.

Discreto sois.

SANCHA.

Vos mentís,
con perdon de los urracos
y arrequives que os vestís;
que nunca son los bellacos
discretos; y si decís
lo contrario, salí acá.

DON ALFONSO.

Sancha, ¿qué es esto?

SANCHA.

Será;
que ahora no es nada.

DON ALFONSO.

Atrevida,
¿cómo sois descomedida
con quien honrándoos está?

SANCHA.

¿Quién me puede honrar á mí?

DON ALFONSO.

La infanta.

SANCHA.

Infanta ó infanto,
guarde la honra para sí;
que yo sola valgo tanto,
y mas que ella.

DON ALFONSO.

¿Quién? ¿vos?

SANCHA.

Sí.

¿No somos acá personas,
aunque andemos sin valonas,
libres las caras de mudas,
y sin sayas campanudas,
como aquesas fanfarronas?
¿Ella á mí habia de honrar,
porque trae una botica
en la cara que alquilar,
y se remilga y achica
la boca cuando ha de habrar?

DON PEDRO.

(*Aparte á don Alfonso.*)

Donaire tiene, por Dios.

DON ALFONSO.

Idos de aquí.

SANCHA.

Pues los dos
se quedan, tome, doncella,
esta higa para ella,
y estas cuatro para vos.

(*Retírase, quedándose escondida á un lado.*)

DON PEDRO.

Notable gusto me ha dado
la rapaza.

DON ALFONSO.

Es, gran señor,
la misma sal.

DON PEDRO.

En estado
y edad está, gran prior,
Ramiro de ser honrado.
Tenerle en mi casa quiero
en trage de caballero,
sin declaralle quien es.

DON ALFONSO.

Todo el valor portugues
hallarás en él.

DON PEDRO.

Primero
que os partais, me le enviareis
á Santaren, sin decille
lo que en aquesto sabeis.
Haced primero vestille
galas nobles.

DOÑA FELIPA.

No quereis
á la pastora, Ramiro,
mal, aunque si bien lo miro,
mejor os quiere ella á ves.

SANCHA, *escondida.*

Para ver lo que los dos
hablan, aquí me retiro;

que no puedo sosegar
desde que vino á mi casa
esta infanta ó mi pesar;
que ni sé lo que me abrasa,
ni en lo que esto ha de parar.

RAMIRO.

Hasta agora no he hecho cuenta
de amor que gustos violenta.

DOÑA FELIPA.

Yo sé que la quereis.

RAMIRO.

¿Yo?

SANCHA, *saliendo.*

Si nos queremos ó no,
á Dios daremos la cuenta.

DOÑA FELIPA.

¿Quién os mete, bachillera,
aquí donde nadie os llama?

SANCHA.

Yo, que en aquesta quimera,
si los dos urdís la trama,
quiero ser la lanzadera.
Traidor, el huesped se irá,
y....

DON ALFONSO.

Sancha, salíos allá.
Ea.

DOÑA FELIPA.

Ved si os quiere bien.

SANCHA.

¿Sí? De fuera vendrá quien
de casa nos echará. (*Vase.*)

DON PEDRO.

Ya es hora que nos partamos.

DON ALFONSO.

Honrad mi casa primero
esta noche sola.

DON PEDRO.

Vamos
de priesa: á la vuelta quiero
que mas despacio veamos
las muchas curiosidades

que entre aquestas soledades
vuestro quieto gusto pinta;
que me alaban esta quinta
cuantos la ven.

DON ALFONSO.

Novedades
agradan.

DON PEDRO.

Porque os partais,
ved que la reina os espera.

DON ALFONSO.

Siempre que vos me mandais,
señor, estoy en mi esfera,
y pues vos me lo encargais,
hoy me partiré.

DON PEDRO.

En vos miro
la lealtad misma: á Ramiro
me enviad á Santaren
como os he dicho.

DON ALFONSO.

Está bien.

SANCHA.

(*Aparte saliendo.*)
Aunque no quiero, suspiro.
Ciego amor, ¿á qué salís
acá?

DON ALFONSO.

Trueque vuestra alteza
por el maestrazgo de Avís,
que honra el pecho, á la cabeza
la corona que regís;
y vos, señora, goceis
un monarca por esposo
al paso que mereceis.

DOÑA FELIPA.

Don Alfonso valeroso,
para que esperimenteis
lo que os quiero, desearé
lo que vos me deseais.

DON ALFONSO.

Larga vida el cielo os dé.

RAMIRO.

Triste á Momblanco dejais.

DOÑA FELIPA.

Basta, Ramiro, que esté
alegre vuestra pastora.

SANCHA, *aparte.*

¿Que estos pesares me den?
¡No fuera yo infanta agora!

DOÑA FELIPA.

Id á verme á Santaren.

SANCHA.

Si fuere, vaya en mal hora.

DON PEDRO.

(*Aparte á don Alfonso.*)

No sé quitar de los dos
los ojos.

SANCHA.

Yo me consumo,
¡y holgaisos, Ramiro, vos!

DON PEDRO.

Vamos.

SANCHA.

La ida del humo,
ó del cuerno, plegue á Dios.

(*Vanse don Pedro, doña Felipa, don Alfonso, doña Ines y el acompañamiento.*)

ESCENA II.

SANCHA. RAMIRO.

SANCHA.

Ya los huéspedes se han ido,
traidor, ingrato, sin fé,
perrillo de muchas bodas,
moro que no guardas ley;
ya los huéspedes se fueron;
solos estamos.

RAMIRO.

Pues bien,
que se vayan, ó se queden,

qué hay de nuevo?

SANCHA.

¡Ingrato! ¿qué?
¿Qué preguntas, cuando sabes
que me abrasa un no sé qué
el alma, y que no sé como
me ha hechizado un no sé quién?
¿No sabes tú que á los pechos
del ciego Dios me crié,
que en vez de leche da brasas
á los niños como él?
Trece años tengo, traidor,
y trece años há, cual ves,
que mi amor se está en sus trece
desde mi primero ser.
Nací amándote, villano,
pues me han dicho mas de tres
que antes que aprendiese á hablar,
aprendí á quererte bien.
El ama que me dió leche,
me dijo, falso, una vez,
que para acallar mi llanto,
las que en tu ausencia lloré,
el remedio era llevarme
donde te pudiese ver.
¡Mal haya amor tan antiguo!
Mas ¿qué mas mal que un desden?
Crecí un poco, y creció un mucho
el fuego en que me abrasé,
que segun lo que se enciende,
de cancer debe de ser.
Los juegos con que otros niños
se suelen entretener,
eran en mí el adorarte:
¡ay cielos! ¡qué mal jugué!
No hallaba sino en tus ojos
pasatiempos mi niñez;
mis muñecas son sus niñas,
que me hechizan si me ven.
Este es mi amor, cruel Ramiro,
y ese tu injusto pago es:
mas quien á tramposos fia,

que no cobre será bien.

RAMIRO.

Sancha, ¿qué agravios te he hecho
para que esas quejas des?
¿qué desdenes te dan pena?
¿qué palabras te quebré?
Yo, Sancha, pues no lo sabes,
si hasta aquí te quise bien,
fue quererte como á niña,
pero no como á muger;
que para eso aun es temprano,
y todos cuantos te ven,
no te aman por lo que eres,
sino por lo que has de ser.
Mi inclinacion natural,
aunque entre el tosco buriel
nací, sin saber quien soy,
ni quien fue quien me dió ser,
me fuerza á ser cortesano,
y apenas mis ojos ven
una dama de palacio,
ó un fidalgo portugues,
cuando se me inquieta el alma,
y he menester que á los pies
ponga grillos la prudencia,
porque no corran tras él.
Vino el infante don Pedro
á esta casa de placer,
trujo á la infanta su hija
consigo, á verla llegué,
preguntóme algunas cosas,
respondí por ser cortés;
parecióte, Sancha, mal,
y parecióme muy bien.
Siempre fuiste, sino entonces,
discreta en tu proceder,
sino es hoy, que de liviana,
pesada has venido á ser.
Te enfadó mi inclinacion
cortesana; el parecer
de doña Felipa hermosa,
en cuya cara miré

rosas, coral, perlas, nieve,
obligado me ha á que esté
triste, Sancha, y pensativo.
¡Oh! ¿quién pudiera ser rey,
si hay reyes con tantas partes
que lleguen á merecer
el sol, solo en la hermosura,
que rayo de mi amor fue?

SANCHA.

¿En mi presencia, traidor,
con el villano pincel
de tu lengua falsa, pintas
por sol lo que sombra fue?
¿La libertad, necio, rindes
á hermosuras de alquiler,
que se venden por las tiendas,
y disfraza el interes?
¿Sol llamas rostros de corte
que aun no merecen traer
pasas del sol, pues las pasas
de lejia andan en él?
¿Agora, niegas, mudable,
deudas de amor, porque ves
que no hay testigos de vista,
por ser ciego el mismo juez?
Trece años há que eres mio;
las voces me han de valer,
pues la razon no me vale.
Señores, ¡aquí del rey!
que me roban en poblado
un corazon que gané
en trece años de servicio.
¿No hay Dios? ¿no hay justicia y ley?
¡Aquí de amor! que ha venido
á robarme una muger
una alma que me ha costado
otra alma que le entregué.

RAMIRO.

¿Qué alboroto es este, Sancha?
Vuelve en tí.

SANCHA.

Pues vuelvemé

á tí mismo; que sin tí,
mal en mí podré volver.

RAMIRO.

Lo mejor será dejarte;
que estás loca.

SANCHA.

Verdad es;
que no hay amante de veras,
que sea cuerdo y quiera bien.
¡Ah de Momblanco! Pastores,
tenelde, corred tras él.
No te has de ir.

(*Tiénele.*)

RAMIRO.

No has de dar gritos.

SANCHA.

Pues quédate y callaré.

RAMIRO.

Hasme hoy enojado mucho,
y por eso me vengué.

SANCHA.

¿Luego esto solo es venganza?

RAMIRO.

Sí, Sancha.

SANCHA.

¿Y no amor?

RAMIRO.

No á fé;
que te adoro, niña mia.
(*Aparte.* Ansí la sosegaré.)
Dame esa mano.

SANCHA.

No quiero.

RAMIRO.

Pues iréme.

SANCHA.

Vayasé.

(*Ramiro hace que se va.*)

Volved acá, el escudero;
no seais tan descortés.
¡Qué bien haceis del señor!
¡Ah! mal huego os queme, amen.

ESCENA III.

CABELLO.—SANCHA. RAMIRO.

CABELLO.
Ramiro, señor os llama
mas há de un hora.

RAMIRO.
Voy, pues.

SANCHA.
¿Habeis de enojarme mas?

RAMIRO.
Nunca mas.

SANCHA.
¿Quereisme bien?

RAMIRO.
Con el alma.

SANCHA.
¡Ay hechicero!

RAMIRO.
¡Ay brinco de oro!

SANCHA.
¡Ay vergel
del amor!

RAMIRO.
¡Ay rosa suya!

SANCHA.
¡Ay mi Ramiro!

RAMIRO.
¡Ay mi bien!
(Vanse Ramiro y Cabello.)

ESCENA IV.

TABACO, *que sale llorando.*—SANCHA.

TABACO.
Sancha, vos que sabeis tanto,

aunque tan niña y pequeña,
que algun dimuño os enseña,
ó nacistes por encanto,
si sabeis, dadme unos pocos
de quillotros para amar.

SANCHA.

Pues un hombre ¿ha de llorar?

TABACO.

No es llanto este.

SANCHA.

¿Pues qué?

TABACO.

Mocos.
Echadme una melecina
para que sepa querer.

SANCHA.

¿Qué hay de nuevo?

TABACO.

Heis de saber
que cada vez que á Marina
topo, y me topa ella á mí,
sin bastar pretina, ó cincha,
el diabro se me emberrincha
en el cuerpo.

SANCHA.

¿Cómo ansí?

TABACO.

¿Qué sé yo? Topéla ayer
par de la hocnte, y topóme,
rempucéla, y rempuzóme,
miréla, y volvióme á ver;
comenzóse á descalzar
las chinelas, y tiréselas,
arrojómelas, y arrojéselas,
y tornómelas á arrojar.
Yo no sé si es enficion
aquesta, ó que diabros se es,
que, en fin, vengo á que me des,
si sabes, una licion
de amalla, ó de aborrecella;
que no falta cosa alguna
si echarnos de la tribuna,

para que apriete con ella.

SANCHA.

Tabaco, no es para bobos
esto de amar.

TABACO.

Ya lo veo;
pero si aqueste deseo
me hace en el alma corcobos,
¿ qué he de her?

SANCHA.

Dalla á entender
que la quieres.

TABACO.

Ya imagino
que lo sabe: en el molino
nos topamos anteayer,
y parando la pollina,
la pellizqué só el sobaco.

SANCHA.

¿Y qué dijo?

TABACO.

«Jó, Tabaco,»
y díjela: «arre, Marina.»
Y volviéndome una coz,
me puso tal, que el barbero
á no prestarme un braguero,
ya hubiéramos hecho choz
en la huesa.

SANCHA.

¡Bueno quedas!

TABACO.

Sancha, enseñalda á querer,
y decid, si la heis de ver,
que tenga las patas quedas.

ESCENA V.

CABELLO, *con el aderezo de un lacayo en una cesta.*— SANCHA. TABACO.

CABELLO.
Tabaco, alto, quita el sayo;
que no has de ser mas pastor.

TABACO.
¿No? ¿Quién lo manda?

CABELLO.
Señor.

TABACO.
Pues bien, ¿qué he de ser?

CABELLO.
Lacayo.

TABACO.
¿Qué es lacayo, si alcanzallo
puedo?

CABELLO.
Gran cosa, á mi ver.

TABACO.
¿Cómo?

CABELLO.
Es en palacio ser
de la boca del caballo.

TABACO.
¿Pues he de sér freno?

CABELLO.
No,
sino que en cualquier posada
le has de dar paja y cebada.

TABACO.
¿Que es aqueso ser lacayo?

CABELLO.
Sí, Tabaco: este vestido
fue primero dé Melchor,
lacayo del gran prior,
y tú su heredero has sido.

Ea, que has de ir con Ramiro,
que en trage de caballero
va á Santaren.

TABACO.

Pues ¿qué espero?

SANCHA.

¿Cómo? (*Aparte.* Mis desdichas miro.)
¿Quién dices que á Santaren
va?

TABACO.

Ramiro, que ha trocado
el sayo tosco y pesado,
por mas que le estaba bien,
con las cortesanas galas,
con que ha hurtado, Sancha mia,
al amor la bizarría,
y al sol las doradas alas.
Envíale el gran prior
al infante con un pliego.

SANCHA, *aparte.*

Celos, echad leña al fuego,
creced con celos, amor,
sospechas, dad en el blanco
del temor que el alma espanta.
¿Ramiro va á ver la infanta?
Dejad pues, Sancha, á Momblanco:
que no está ausente amor bien
en los peligros que miro.
Si á Santarén vais, Ramiro,
Sancha ha de ir á Santaren. (*Vase.*)

ESCENA VI.

TABACO. CABELLO.

CABELLO.

Ea, vístele.

TABACO.

¿Qué son
estas?

CABELLO.

Tienen muchos nombres:
calzas las llaman los hombres,
los discretos confusion,
las hembras, abigarradas,
las lavanderas, gregorias,
los bobos ruedas de norias,
y los niños rebanadas
de melon.

TABACO.

¿Hay mas salidas
y entradas?

CABELLO.

¿No te desnudas?

TABACO.

Sí; vestidme estas azudas,
si es que andar pueden vestidas.
¿Qué son aquestos?

CABELLO.

Zapatos
al uso, con que remudes.

TABACO.

Pensé que eran atahudes,
segun son grandes. ¡Qué chatos
que estan! ¡aho!

CABELLO.

Son alcahuetes
que encubren bellaquerias.

TABACO.

¡Jesus!

CABELLO.

¿Pues no lo sabias?

TABACO.

No. ¿Qué encubren?

CABELLO.

Los juanetes.

TABACO.

Y esto ¿qué es?

CABELLO.

Puños y cuello.

TABACO.

Cuello y puños hay en mí.

¿No son puños estos?

CABELLO.

Sí.

TABACO.

¿Y esto no es cuello, Cabello?

CABELLO.

Sí.

TABACO.

Daldos á los dimuños,
que no los he menester.

CABELLO.

Acostúmbranse á traer
en el cuello y en los puños,
y de ellos toman el nombre.

TABACO.

¿Y estas con tantas arrugas?

CABELLO.

Son lechuguillas.

TABACO.

¿Lechugas?
Harán ensalada á un hombre.
Ven, que acá me vestiré.
Solo en verlas me desmayo.
¡Que todo esto trae un lacayo!
¡Jesus mil veces!

CABELLO.

¿De qué
te santiguas, mentecato?

TABACO.

De ver todo este aparejo,
y de que puede her consejo
el puebro en este zapato.
¿Mas que me han de dár matraca?
¿No es mejor andar desnudo,
que no calzarse un menudo,
con tanta panza de vaca? (*Vanse.*)

ESCENA VII.

DON ALFONSO, *de camino.* DON NUÑO. RAMIRO, *de galan.* SANCHA. CRIADOS.

DON NUÑO.

Un enano, señor, llevo
al rey niño, con que tenga
pasatiempo y se entretenga,
tan pequeño, que me atrevo
á decir que con tener
veinte años, no os llegará
á la rodilla; ya está
dos leguas de aquí, y con ser
tan pequeño como cuento,
en la proporcion y el talle,
es tan galan, que envidialle
pueden, señor, mas de ciento,
porque no escede en grandeza (1)
en brazos, manos, ni pies:
todo un brinco de oro es
en el cuerpo y la cabeza.
Cayó en el camino malo,
y gustaré que se cure
aquí, donde se asegure
su salud y su regalo,
porque sé que ha de gustar
mucho el rey de él, os prometo;
que es muy agudo y discreto.

DON ALFONSO.

Aquí le podeis dejar,
don Nuño; que aunque me parto
á Castilla, en casa queda
gente que cuidar de él pueda:
aposéntese en mi cuarto.

---

(1) *Cabeza* dice en la primera edicion.

DON NUÑO.

Pues yo, señor, voy por él;
que en Momblanco y su quietud
presto cobrará salud.

DON ALFONSO.

Aquí tendrán cargo de él.
(*Vase don Nuño.*)

ESCENA VIII.

DON ALFONSO. RAMIRO. SANCHA. CRIADOS.

SANCHA, *aparte.*

Pues mi Ramiro se va,
aunque dice ha de volver,
aqueste enano ha de ser
ocasion, si en casa está,
de algun amoroso enredo.

DON ALFONSO.

Luego quiero que te partas,
Ramiro, con estas cartas
á Santaren.

SANCHA, *aparte.*

Muerta quedo.

DON ALFONSO.

Di al infante como estoy
de camino, y que á Tomar
pienso mañana llegar.

RAMIRO, *aparte.*

¡Cielos! ¿que á la corte voy?
Ea, deseo arrogante,
seguid vuestra inclinacion,
y pues teneis ocasion,
llegad y hablad al infante.
No piseis los montes mas,
ni vistais sayal grosero;
ya parezco caballero;
vileza es volver atras.
El infante es noble y franco;
seguiréle si quisiere;

y aunque no quiera, no espere
volver á verme en Momblanco.

SANCHA.

Despues acá que vestido
estais de Corpus, ¿no hablais?

RAMIRO.

Ea, Sancha, ¿qué me mandais
que os traiga de allá?

SANCHA.

El sentido
y el alma que en un abismo
de pesares acomodo,
y si quereis traello todo,
traeos, Ramiro, á vos mismo.

DON ALFONSO.

Ea, Sancha, á Dios, á Dios:
no lloreis.

SANCHA.

¿No he de llorar,
viéndoos, señor, apartar,
y perdiéndoos á los dos
en un punto?

DON ALFONSO.

No hayais miedo
que Ramiro tarde mucho.

SANCHA, *aparte.*

¡Con qué de sospechas lucho!
¡con qué de pesares quedo!

RAMIRO.

¿No me abrazais?

SANCHA.

¡Que sea tanta
mi desdicha!—¡Oh quien los ojos
(*Aparte á Ramiro.*)
os sacara!

RAMIRO.

¿Por qué enojos?

SANCHA.

Porque no viesen la infanta.

RAMIRO.

Con su nombre me molestas.

ESCENA IX.

TABACO, *vestido de risa, metido en una calza todo el cuerpo.* CABELLO.—DICHOS.

TABACO.
No sé como puedo andar.

RAMIRO.
¿Qué es eso, loco?

TABACO.
Llevar
dos mil lacayos acuestas.
Vamos; que no ha sido poco
el acertarme á poner
tanto andrajo. ¿Qué hay que hacer?
¿No picamos?

DON ALFONSO.
¿Estás loco?

TABACO.
Si me has puesto en esta jaula,
claro está que loco estoy:
ven, que tu Gandalin soy,
y tú mi Amadís de Gaula.
La mitad de este vestido
puedes dar á otro; que yo,
suficientemente vo
en una calza embutido.
Este laberinto chato
será bien que á otro le des,
porque á mí para ambos pies
me basta aqueste zapato.

DON ALFONSO.
Vestilde allá.

TABACO.
¡Las quimeras
que hay en este encantamento!

CABELLO.
Vamos.

TABACO.

Parezco jumento,
pues llevo las aguaderas.

DON ALFONSO.

Ea, á Dios.

RAMIRO.

A Dios, mi bien.

DON ALFONSO.

No lloreis mas.

SANCHA.

Es en vano.

DON ALFONSO.

Vamos.

SANCHA, *aparte.*

¿Mas si aqueste enano
me llevase á Santaren? (*Vanse.*)

Salon en el palacio de Santaren.

ESCENA X.

DON DIONÍS.

Quien hereda el valor y la prudencia,
con la nobleza y sangre lusitana,
del griego ilustre en fama y esperiencia,
tan celebrado por su edad anciana,
no se deje vencer de la inocencia
de un niño rey, por la pasion tirana
de quien pretende gobernar su estado,
que no puede del rey ser gobernado.

ESCENA XI.

DON DUARTE.—DON DIONÍS.

DON DUARTE, *aparte.*

El que tuviere discrecion, nobleza,
valor y aliento en su invencible pecho,
no se deje rendir de una flaqueza,
aunque piadosa, sin ningun provecho.
Pide el gobierno heróica fortaleza,
y dice la esperiencia, que se ha hecho
de lastimosos daños, que proceden
de que tan niños príncipes hereden.

ESCENA XII.

DON EGAS.—DON DUARTE. DON DIONÍS.

DON EGAS, *aparte.*

Quien de razon ni de esperiencia larga
no hiciere estima ó pierde la memoria,
y de estos reinos el gobierno encarga
á un tierno niño, eclipsará su gloria.
Si es la corona tan pesada carga,
que al fin la llama la romana historia
un muro en la cabeza, no está el muro
en la de un niño rey firme y seguro.

DON DIONÍS.

Don Egas....

DON EGAS.

Don Dionís....

DON DIONÍS.

Pues, don Duarte,
¿qué forzosa ocasion os trae confuso?

DON DUARTE.

No quisiera ser voto, ó tener parte
en quien á un niño la corona puso.

Llama Platon, como prudente, al arte
de gobernar por esperiencia y uso,
el arte de las artes, y no puede
ser un niño tan docto que la herede.

DON DIONÍS.

Esa misma razon me trae suspenso,
si me vine enfadado de la sala,
pues tan pequeño príncipe, no pienso
que á la grandeza de este reino iguala;
y por enigma del cuidado inmenso
del gobierno real pinta y señala
el griego un instrumento no templado;
que es mas difícil gobernar su estado.

DON EGAS.

El infante don Pedro, del rey muerto
hermano valeroso, aunque segundo,
tiene este reino confiado y cierto
que puede y sabe gobernar el mundo.
Llegue esta nave á tan seguro puerto,
pues en el golfo de este mar profundo
la dejó nuestro rey; que no es mi voto
que sea un niño su real piloto.

DON DIONÍS.

Creyóse que en las cortes que se han hecho,
viniese á ellas el señor infante
á tomar la corona con el pecho,
que se la ofrece reino semejante;
mas él fundado en natural derecho
de tierno amor y de piedad constante,
quiere que herede don Alfonso el quinto,
y no puede salir del laberinto
el reino junto: en votos dividido
salió, y dejó la causa sin sentencia,
por si fuese el infante persuadido
con razones que enseña la esperiencia.

DON EGAS.

Al cielo santo le suplico y pido
abra los ojos de su real prudencia
al infante don Pedro, que reciba
el noble reino, y largos años viva.

ESCENA XIII.

ACUÑA.—DON DIONÍS. DON DUARTE. DON EGAS.

ACUÑA.

Caballeros ilustres y leales
del reino mas ilustre, leal y santo
que mira con sus ojos inmortales
el sol hermoso que os envidia tanto,
parece, si no mienten las señales,
que con recelo, con temor y espanto
os retirais, cuando el señor infante
muestra la fé de su valor constante.
El reino le ofrecistes á su alteza,
como tio del príncipe heredero,
temiendo de su edad que su cabeza
no puede sustentar un muro entero;
mas el infante, cuya real nobleza
le muestra descendiente verdadero
de sus heróicos padres, no permite
que al legítimo dueño se le quite.
Y yo que del infante valeroso
antiguo y noble consejero he sido,
estoy de su constancia mas glorioso,
que si hubiera en el Africa vencido;
y ansí os vengo á pedir, reino famoso,
que estimeis su valor, y sea servido
el niño rey, en cuya tierna mano
le pongais este reino lusitano.

DON DIONÍS.

Pues ¿cuántos reinos en la edad pasada,
por ser de niños reyes gobernados
con agena prudencia y corta espada,
perdieron con los reyes los estados?
Tenemos toda el Africa alterada,
los furiosos alárabes, cansados
de nuestras nobles armas, deseosos
de, hallando esta ocasion, salir furiosos.

ESCENA XIV.

DON PEDRO.—DON DIONÍS. DON DUARTE. DON EGAS. ACUÑA.

DON PEDRO.
Pues don Duarte, don Dionís, don Egas....
DON DUARTE.
¡O poderoso rey!
DON PEDRO.
Humilde infante;
que no rendido de ambiciones ciegas,
estimo en mas renombre semejante.
DON DIONÍS.
Si con los ojos de prudencia llegas
á mirar, gran señor, cuan importante
es tu grandeza y tu real persona,
recibe de este reino la corona.
No serás el primero infante, hermano
del muerto rey, que su corona herede,
cuando no deja valerosa mano
en quien el reino con firmeza quede.
DON DUARTE.
Legítimo heredero, y no tirano,
es el hermano, y preferir se puede
por su edad y prudencia al hijo amado,
cuando le faltan para el mismo estado.
DON DIONÍS.
Salimos de la sala mal contentos
de tu resolucion, aunque piadosa,
dañosa al reino y cuerdos sentimientos
de la mas parte, ilustre y generosa.
DON EGAS.
Favorece, señor, nuestros intentos;
niño es el rey, la pérdida forzosa;
y si ha de perder reino, fama y vida,
renuncie en tí la gloria merecida.
DON PEDRO.
¿Por qué os parece, nobles caballeros,
que es justo darme la real corona?

DON DIONÍS.

Porque entre dos iguales herederos,
se prefiere el valor de la persona.
Tu espada, gran señor, cuyos aceros
el África en sus márgenes pregona,
tu gobierno, tu industria, tu prudencia,
se esmaltan con tus canas y presencia.

DON PEDRO.

¿No rendís á mi acuerdo vuestro gusto?

DON DIONÍS.

Felicísimo príncipe, en tu mano
se rinde Portugal y el reino justo,
siempre leal á tu difunto hermano.

DON DUARTE.

El sacro imperio del romano Augusto,
con mas lealtad que al César soberano
se quisiera rendir á tales plantas,
pues nacen de ellas esperanzas tantas.

DON PEDRO.

Yo subo, pues, á la invencible silla
en el real tablado prevenido.

DON DIONÍS.

¡Viva el rey mi señor, á quien se humilla
el trono real á su valor rendido!

ACUÑA.

Tu mudanza, señor, me maravilla.
¡Lealtad mudable, por ingrato olvido!
Mas siempre, por reinar, dicen los reyes
que han de romperse las piadosas leyes.

(*Descúbrese una cortina, y en un trono el niño rey coronado.*)

ESCENA XV.

EL REY. CABALLEROS PORTUGUESES.—DON PEDRO. DON DIONÍS.
DON DUARTE. DON EGAS. ACUÑA.

DON PEDRO.

(*De rodillas.*)

Sobrino amado, imagen de inocencia,
segundo Abel, y con mayor ventura,

rendido, humilde á vuestra real presencia,
la mano os pido de traicion segura.
Tuvieron en mi pecho competencia
la honra y el amor, que al fin procura,
como le hicieron Dios, vencer de modo,
que le conozcan poderoso en todo.
Y vosotros, leales caballeros,
si en prudencia, piedad y valor mio
fundais vuestra esperanza, los primeros
sereis en imitar mi santo brio.
Dad, como siempre, indicios verdaderos
del generoso pecho en quien confio,
que persuadidos que os importa tanto,
adoreis vuestro rey piadoso y santo.
Que yo, como prudente, como viejo,
y como valeroso y vuestro amigo,
os doy agora tan leal consejo,
y yo el primero le recibo y sigo.
Seguidme todos; que á mi sombra os dejo:
subid al trono de mi rey conmigo;
que en ir primero imito al elefante,
que el mayor en la edad suele ir delante.
(*Suena música, y sube don Pedro á besar la mano al rey.*)
Dadme, señor, como mi rey la mano;
dadme, mi bien, como sobrino mio,
los amorosos brazos, pues los gano.

REY.

Por haber sido tan piadoso tio,
levante vuestra alteza el soberano
rostro, en cuyo valor tanto confio,
y déme á mí licencia que en silencio
descubra que le estimo y reverencio.

DON EGAS.

¡Raro ejemplo de fé!

DON DUARTE.

¡Divino pecho
de portugues! que estima en mas su fama,
que hacer dudoso su real derecho
en este reino que le estima y ama.

DON DIONÍS.

Veníale al infante muy estrecho,
aunque es grande, este reino; que le llama

la pretension del África, y desea
que toda aquella su corona sea.

REY.

Y ansí, como agradecido,
no digo mas que no puedo,
y de vuestra alteza quedo
á los favores rendido.

DON PEDRO.

Vuestra magestad, señor,
aunque se muestra obligado,
me mande; que me ha quedado
muy grande resto de amor;
porque en mi pecho leal
mucha aficion se atesora,
pues lo que he dado hasta agora
es una corta señal,
es una prueba no mas
de mi lealtad y mi amor,
y á quien es buen pagador
no duelen prendas jamas.

REY.

Quiero, señor, que mireis
este reino y mi persona
como vuestro; esta corona,
infante, vos la teneis.
Y ansí será justa ley
que os obligueis de presente
á sacarme un rey prudente,
ya que me sacastes rey.
Y si no lo haceis ansí,
infante, podré quejarme;
que hacerme rey no es honrarme,
y hacerme rey justo, sí.

DON PEDRO.

Habla vuestra magestad
de modo, que me parece
que como en ser hombre, crece
en la gracia y en la edad.
Dice que el reino le dí,
y estimo ese gran favor,
y he de sacarle el mejor
que haya reinado hasta aquí.

El reino que le he entregado
reciba en prendas de quien,
porque suele pagar bien,
por grandes prendas le ha dado.

REY.

No digais mas; que no es justo
dudar de vuestra verdad.

TODOS LOS CABALLEROS.

¡Viva vuestra magestad
la próspera edad de Augusto!

REY.

Vivais, vasallos leales,
la edad de Nestor y Anquises.

DON DUARTE.

Nuevo sucesor de Ulises,
dame tus manos reales.

REY.

Esperad; que me conviene
salir al recebimiento
de mi prima, porque siento
que la hermosa infanta viene.

ESCENA XVI.

DOÑA FELIPA. DOÑA INES.—DICHOS.
(El rey y el infante se bajan del trono.)

DOÑA FELIPA.

Mande vuestra magestad....

REY.

No puedo mandar, señora;
que en vuestros ojos agora
pierdo yo la libertad.

DOÑA FELIPA.

Que me mande dar sus manos
le suplico.

REY.

Ya soy rey,
y no será justa ley
hacer mis intentos vanos.

La mano me habeis de dar
que os la bese: esto ha de ser;
que yo por poderlo hacer,
tengo por gusto el reinar.

DON DIONÍS.

De amor y de cortesia
da indicios su magestad.

DON DUARTE.

El amor en tierna edad,
sin sentir se forma y cria.

DOÑA FELIPA.

Yo me encargo, mi señor,
de entretener, como es justo,
con regalos vuestro gusto.

REY.

Y con favores mi amor.
Y con esa confianza
que el alma agora desea,
quiero salir que me vea
el reino.

ACUÑA.

¡Estraña mudanza!
¡Que en un niño pueda hacer
el ser rey tan grande estima
de sí mismo!

REY.

Infanta, prima,
á Dios, y volvedme á ver.

DON PEDRO.

No acompaño, gran señor,
vuestra persona, aunque es tanta
mi obligacion; que la infanta
queda sola.

(*Vanse el rey, don Duarte, don Egas, Acuña y los demas caballeros.*)

DON DIONÍS, *aparte.*

¡Ay dulce amor!
Pero el infante se queda:
no puedo hablar á mi bien.
Noche venturosa, ven
mas apriesa, porque pueda.

ESCENA XVII.

—

RAMIRO. TABACO.—DOÑA FELIPA. DOÑA INES. DON PEDRO. DON DIONÍS.

RAMIRO.
(*A su criado al salir.*)
La ocasion misma me ayuda,
pues llego y al mismo instante
encuentro al señor infante.

TABACO.
Dichoso has de ser sin duda.

RAMIRO.
Mande darme vuestra alteza
sus manos.
(*Dale un pliego.*)

DON PEDRO.
Seais bien venido,
Ramiro.

TABACO, *aparte.*
¿Ya es conocido?
¡Gran memoria!

RAMIRO, *aparte.*
¡Gran belleza!

DOÑA FELIPA.
(*Aparte con su dama.*)
¡Ay amiga! ¿no es aquel
el aldeano?

DOÑA INES.
Señora,
él es.

DOÑA FELIPA.
Conocíle agora,
(*Aparte.* como siempre pienso en él.)

TABACO.
(*Hablando aparte con su amo.*)
Señor.

RAMIRO.
Calla.

TABACO.

No podré,
si no me enseña y me avisa,
si me viene alguna prisa,
por donde me proveeré;
que no me he visto jamas,
señor, con tanta agujeta,
y esta ventana inquïeta
fuese mejor por detras.

DON PEDRO.

Ramiro, mucho debeis
al prior, porque os envia
á la corte: yo querria
que su esperanza aumenteis.

DOÑA FELIPA, *aparte.*

¿A la corte? ¡Oh venturosa
yo, que en la corte y palacio
puedo querelle despacio!
Mas ¡no me falta otra cosa
que rendir mi pensamiento
á quien ayer fue un villano!
Pero no es en nuestra mano
este primer movimiento.

RAMIRO.

El servir á vuestra alteza
tendré yo por gloria mia.

DON PEDRO.

Que sirvais al rey querria.

DON DIONÍS.

¿Qué no entendida grandeza
es esta? Escudero amigo,
¿quién es este caballero?

TABACO.

Yo fui labrador primero,
y aqueste andaba conmigo;
pero el prior le ha enviado.

DON DIONÍS.

De esta novedad me admiro.
¿Cómo se llama?

TABACO.

Ramiro:
mal nombre para casado.

Yo me llamaba Tabaco,
y era sonado en mi aldea,
y agora no sé quien sea,
si no me escurro y me saco
de estos dos fuelles; que voy
con ellos con mucho tiento;
que van hinchados del viento,
que yo de miedo les doy.

DON PEDRO.

Esto ha de ser, y confio
que este favor que os he hecho,
os ha de hacer buen provecho.

RAMIRO.

Sois amparo y señor mio.
Y vos, infanta y señora,
dadme los pies.

DON DIONÍS, *aparte.*

¿Cómo es esto?
¡Ya se conocen tan presto!

DOÑA FELIPA.

Alzaos.

RAMIRO.

El alma os adora.

TABACO.

Su infanteria ¿no alvierte
que soy el que estaba allá?
Mas no me conocerá,
estofado de esta suerte.
Pero dígame, señor,
(*Asiendo de la ropilla al infante.*)
estas (que no son distintas
traerlas cercadas de cintas)
que me dan mucho temor,
y siento que ni aun dormir
han de dejarme.

DOÑA INES.

¡Ah villano!

DON PEDRO.

Entrad, besareis la mano
al rey.

RAMIRO.

Comienzo á servir.

DOÑA FELIPA, *aparte.*

Yo á amar.

DON DIONÍS, *aparte.*

Yo á dudar.

DON PEDRO.

Yo á ver
su valor.

RAMIRO, *aparte.*

Yo su hermosura.

TABACO.

Sáquenme de esta apretura;
que me quiero proveer.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON DIONÍS. DON DUARTE.

DON DUARTE.
Don Dionís, parece sueño.
DON DIONÍS.
¿Quién, don Duarte, creyera
que tal privanza tuviera,
de un principio tan pequeño,
un hombre venido ayer,
no sé de donde, sin prenda
de valor, fama ó hacienda,
pues aun de quien le dió el ser
está la corte ignorante?
DON DUARTE.
Sola una cosa en favor
de que es hombre de valor
le abona.
DON DIONÍS.
¿Y es?
DON DUARTE.
Que el infante
le apoye: clara señal
que es noble, pues él le ampara;
que el infante no agraviara
la sangre de Portugal,
de quien es tan honrador,
dando alas á un forastero,
si no fuera caballero.
DON DIONÍS.
Algun oculto valor
encierra, que por agora
debe de importar callalle.

DON DUARTE.

Él merece por el talle
con que la corte enamora,
por el noble proceder
que con los títulos tiene,
por la humildad con que viene
á darnos á conocer
cuan ageno de ambicion
al rey y al infante obliga
á que en su aumento prosiga,
y por la conversacion
apacible con que alcanza
renombre su juventud,
que envidiemos su virtud,
y alabemos su privanza.
Mas ¿sabeis lo que concluyo
del amor con que el señor
infante le hace favor?
Que debe ser hijo suyo.

DON DIONÍS.

¡Pluguiera á Dios! Sosegara
mi amoroso frenesí,
si eso, amigo, fuera ansi;
porque la sospecha avara
que tengo de que la infanta
le quiere bien, es ya tal,
que temo querelle mal.

DON DUARTE.

¿Celos teneis?

DON DIONÍS.

¿Qué os espanta,
si cuando solos se ven,
por las lenguas de los ojos,
á costa de mis enojos,
dicen que se quieren bien?
Por Dios, que me pesaria
de que fuésemos los dos
enemigos, y por Dios,
que si la loca porfia
crece, siendo su interes
en mi daño, que sospecho
que le ha de hacer mal provecho.

DON DUARTE.

Yo he de averiguar quien es
don Ramiro.

DON DIONÍS.

¿De qué modo?

DON DUARTE.

Su criado sale al paso,
que es hombre de poco vaso,
y presto lo dirá todo;
propiedad de un ignorante,
combatido de malicias.

DON DIONÍS.

Pedidme el alma en albricias,
si es padre suyo el infante.

ESCENA II.

TABACO.—DON DIONÍS. DON DUARTE.

TABACO.

(*Sin ver á los caballeros.*)

Despues acá que enredado
en aqueste enjugador,
voy, sin ser predicador,
de dos púlpitos cargado,
es tanta la presuncion
que de estas quimeras saco,
que no he de ser mas *Tabaco*,
ó le he de echar el tacon
de un *don*; que no es mal ensayo
que *don Tabaco* me nombren,
aunque los dones se asombren
de haber hecho un *don* lacayo.
Mas tantos los dones son,
que aun las campanas los dan,
pues si tañe el sacristan,
pronuncia *dan*, *dan*; *don*, *don*.
Y si dan don, desde hoy quiero
un don, aunque sea trabajo:
que un don dado de un badajo,

bien está en un majadero.

DON DUARTE.

Hola: ¿oís?

TABACO.

¿Quién es la ola?
Hablad como habeis de hablar;
que aunque la corte sea mar,
no tengo yo de ser ola.
Don Tabaco es mi apellido,
porque en estas ocasiones,
la poesía y los dones
á tanta baja han venido,
que hay ya dones al soslayo,
y de agujas y banquetas
levanta Apolo poetas,
como dones de un lacayo.
Y en mí no es el don postizo;
que un don Tabaco es de honrar,
por ser su antiguo solar
narices con romadizo.

DON DIONÍS.

Humor teneis.

TABACO.

Ya lo veis:
soy hombre de humos y humor.

DON DUARTE.

Escuchad. Vuestro señor
¿de dónde es, si lo sabeis?

TABACO.

Su nombre se soleniza.

DON DIONÍS.

¿Es caballero?

TABACO.

Eso infiero,
pues de puro caballero,
nació en la caballeriza.

DON DUARTE.

Dejad burlas tan pesadas.

TABACO.

En su sangre hay encomiendas.

DON DIONÍS.

¿Y es hombre de prendas?

TABACO.

¿Prendas?
Algunas tiene empeñadas.

DON DIONÍS.

Prendas de nobleza llamo.

TABACO.

No lo entendí, perdonad.

DON DIONÍS.

¿Es hombre de calidad?

TABACO.

Sí, es muy cálido mi amo;
que ansí lo dijo un dotor.

DON DUARTE.

Ó vos sois un gran bellaco,
ó un gran tonto.

TABACO.

Soy Tabaco,
que es uno y otro, señor. (*Vase.*)

DON DIONÍS.

El rey sale.

DON DUARTE.

Estraordinario
favor hace á don Ramiro.
Siempre á su lado le miro,
hale hecho su secretario,
y dándole peticiones
viene.

DON DIONÍS.

Su presencia es tal,
que muestra ser principal.

DON DUARTE.

De sus nobles intenciones
se colige la nobleza
con que al cielo se levanta;
mas como no ame á la infanta,
sea quien fuere.

ESCENA III.

—

EL REY, *recibiendo peticiones de* DON RAMIRO. DOÑA FELIPA. DON PEDRO. ACOMPAÑAMIENTO.—DON DIONÍS. DON DUARTE.

RAMIRO.

Vuestra alteza
de modo me favorece,
que de mí mismo me admiro
envidioso.

REY.

Don Ramiro,
honrar á quien lo merece
es obligacion de un rey,
que á los pechos del consejo
de un infante sabio y viejo,
su valor tiene por ley.
Alcaide de Santaren
sois.

RAMIRO.

Tus pies quiero besar.

REY.

Blason de un rey es el dar;
pero mas lo es el dar bien.

DON PEDRO.

Los pies beso á vuestra alteza
por la merced que Ramiro
recibe.

REY.

En él y en vos miro
todo el valor y nobleza.
¿Hay mas peticiones?

RAMIRO.

Esta
en que el conde don Dionís
os suplica que de Avís,
pues su lealtad manifiesta
sus méritos, la encomienda
le deis mayor, que está vaca.

DON DUARTE.

(*Hablando aparte con don Dionís.*)
De vos habla.

DON DIONÍS.

A plaza saca
su valor, aunque pretenda
encubrirse.

REY.

¿Qué valdrá
esa encomienda mayor?

DON PEDRO.

Diez mil ducados, señor,
de renta.

REY.

Bien se empleará,
don Ramiro, en vuestro pecho.
Traelda, y dará mas luz
en tales pechos tal cruz,
y yo estaré satisfecho.
El comendador mayor
os llamen desde hoy de Avís.

RAMIRO.

Preténdela don Dionís,
y la merece mejor.
Suplícoos, príncipe augusto,
me hagais á mí esta merced.

REY.

Vuestra es la encomienda, haced
de ella lo que os diere gusto.

RAMIRO.

(*A don Dionis.*)
Llegad á besar los pies,
conde, al rey nuestro señor,
que comendador mayor
os ha hecho.

DON DIONÍS.

El interes
que de ese cargo consigo,
me obliga por justa ley,
á vos, señor, como á rey,
y á vos como á fiel amigo,
dándoos la fama loores

que eternamente goceis,
pues hoy, sin ser rey, haceis
comendadores mayores.

RAMIRO.

Amigos, don Dionís, hago,
que es mas precioso caudal.

REY.

Sed, Ramiro, en Portugal
maestre de Santïago;
que quiero que el mundo muestre
lo que la cruz hace en vos.

RAMIRO.

Hágaos gran monarca Dios,
pues que me haceis gran maestre.

REY.

Ya del infante mi tio
sé que nobleza y valor
os hacen merecedor
del cargo que de vos fio.

DON PEDRO.

¿Qué mas valor que agradarte,
si ansí quien te sirve vuela?

RAMIRO.

El condado de Penela
dió al padre de don Duarte
el vuestro, que está en el cielo,
solo por su vida; y él,
que es el vasallo mas fiel
de cuantos celebra el suelo,
que se le perpetüeis
os suplica, gran señor.

REY.

Si vos sois intercesor,
Ramiro, ¿qué pedireis
que no alcanceis? Dadle parte
de eso al infante mi tio;
que á él sujeto el gusto mio.

DON PEDRO.

Penela está en don Duarte,
señor, muy bien empleado.

REY.

Désele á Penela, pues.

DON DUARTE.

Pon en mi boca esos pies.

REY.

Y gozad vos el condado
de Olivenza y de Estremoz.

RAMIRO.

Señor....

REY.

Siempre que venís
y para otros me pedís,
gusto de daros á vos.
Pedidme para otros mucho,
porque mucho á vos os dé.

RAMIRO.

Contigo Alejandro fue
avariento.

REY.

Como escucho
lo que mi tio os abona,
honraros mi amor desea.

DON PEDRO.

Bien vuestro favor se emplea
en ilustrar su persona;
que es Ramiro principal,
(*Aparte al rey.*)
y si tanto amor le muestro,
es por ser muy deudo vuestro,
señor, y su sangre real.

DOÑA FELIPA, *aparte.*

Amor, si habeis hasta aquí
reparado en calidad,
teniéndoos mi autoridad
á raya dentro de mí,
hablad, pues es vuestro amante
conde y maestre, certeza
de su encubierta nobleza;
que pues mi padre el infante
le honra tanto, bien conoce
lo que su valor alcanza.

RAMIRO, *aparte.*

Ennobleced me, privanza,
subidme mas, porque goce

tan noble merecimiento
mi amorosa voluntad;
que si honras dan calidad,
y cargos atrevimiento,
á pesar de mi bajeza,
me dicen mis pretensiones
que cargos son escalones
para subir la nobleza.

DON DIONÍS, *aparte*.

¡Ay infanta! si mi amor
tu mayor favorecido
me hiciese, pues he subido
á comendador mayor,
fuera mi dicha adelante;
mas teme la pena mia
que con esta mayoria
Ramiro se me levante,
siendo mi desdicha tanta,
que porque de él no me ofenda,
hizo darme una encomienda,
para quitarme una infanta.

ESCENA IV.

UN PAGE.—DICHOS.

PAGE.

(*Al infante.*)
Del gran duque de Viseo
se acaba agora de apear
un page que quiere hablar
á vuestra alteza.

DON PEDRO.

Deseo
velle: ya sé á lo que viene.
Un enano ha de traeros,
señor, para entreteneros,
que por el amor que os tiene
el duque, le hizo venir
de Castilla.

REY.

Debo yo
mucho al duque: siempre dió
muestras de lo que servir
me desea.

ESCENA V.

SANCHA, *de hombre.* CABELLO, *de lacayo.*—DICHOS.

CABELLO.

(*Hablando con Sancha al salir.*)
¿Dó me llevas
de esta suerte? ¿Qué marañas
comienzan ya tus hazañas?
¿Qué burlas son estas nuevas,
Sancha del diablo? ¡Ante el rey
yo, y bragado de este modo!

SANCHA.

Haz lo que te he dicho en todo,
y calla.

CABELLO.

Yo seré un buey
mudo; mas pardiez que dudo
que me han de estirar el cuello.

SANCHA.

¿No me conoces, Cabello?

CABELLO.

Ya te conozco. (*Aparte.* ¡Que pudo
persuadirme á aqueste ensayo
Sancha! ¡que al fin me embaucó!
¿Ella enano, y su ayo yo?
¡Miren qué enano y qué ayo!

SANCHA.

(*Al infante.*)
Deme los pies vuestra alteza.

DON PEDRO.

Besad los del rey primero.

SANCHA.

Ignoré, como estrangero,

que estaba aquí la grandeza
del rey. Vuestra magestad
perdone si entré ignorando.
(Dale un pliego.)
Este el duque don Fernando
os envia.

REY.

Levantad,
y leed vos, tio infante,
lo que escribe el de Visco.

RAMIRO, *aparte.*

¡Cielos! ¿Qué es esto que veo?
¿No tengo á Sancha delante?
¿Este no es Cabello? Él es.—
Cabello.
(Hablando aparte con él.)

CABELLO, *aparte.*

Me conoció.

RAMIRO.

¿Qué haces aquí?

CABELLO.

¿Qué sé yo?
Sancha os lo dirá despues.

DON PEDRO, *lee.*

Entre los grandes deseos que de servir á vuestra magestad tengo, he puesto en ejecucion uno tan pequeño como ese enano, que por ser solo en el cuerpo, y no en la proporcion, le hice traer de Castilla para el entretenimiento de la niñez de vuestra magestad, á quien suplico me reconozca por uno de sus mas leales vasallos y parientes, &c. Julio 15 de 1441.=Don Fernando.

REY.

¿Sois vos el enano?

SANCHA.

Soy,
señor, aunque en cuerpo enano,
gigante en cuerpo, pues gano
el venirte á servir hoy.

RAMIRO.

(Hablando aparte con Cabello.)
¿Qué disparates son estos,
Cabello?

CABELLO.

¿Qué me pescudas?
Sáquete ella de esas dudas,
y á mí de aquestos dos cestos
en que tan bien me ha envainado.

REY.

¡Qué buen talle y buena cara!

DOÑA FELIPA.

Yo por niño le juzgara,
á no habérosle enviado
por enano el de Viseo.

DON PEDRO.

¿Eres portugues?

SANCHA.

Nací
en Castilla, criéme aquí,
y despues por un deseo
de mi padre, me volvió
á los aires castellanos.

REY.

Bien; ¿y tienes mas hermanos?

SANCHA.

Solo á mí me enanecó
mi madre.

REY.

Tu cantidad
se vestirá á poca costa.

SANCHA.

Hízome mi padre aposta
para vuestra magestad.

DOÑA FELIPA.

¿Qué años tienes?

SANCHA.

Treinta y tres.

DOÑA FELIPA.

¿Treinta y tres, y no has barbado?

SANCHA.

Hánmelo imposibilitado
trabajos que tú no ves,
ni yo decillos quisiera.

REY.

¿De qué suerte?

SANCHA.

Señor mio,
pago casa de vacío,
y estan los huéspedes fuera.

DON PEDRO.

No sé yo donde te he visto
otra vez.

SANCHA.

¿A quién? ¿á mí?

DON PEDRO.

Dudoso estoy: creo que sí.

SANCHA.

Mucho há que en Castilla asisto.

DON PEDRO.

Podrá ser.

SANCHA, *aparte.*

Ya está en el potro
mi miedo.

DON PEDRO.

A alguien te pareces.

SANCHA.

Sí haré, porque muchas veces
se parece un diablo á otro.

RAMIRO.

(*Aparte con Cabello.*)
¡Jesus! ¡Que se haya atrevido
Sancha á hacer tal disparate!

CABELLO.

Este amor es un orate,
y yo otro, que aquí he venido.
Despues sabrás maravillas;
que hay, Ramiro, historias largas.

REY.

¿Llámaste?

SANCHA.

Mi padre Vargas,
y yo por chico, Varguillas.

REY.

Pues mucho os he de querer,
señor Vargas.

SANCHA.

Tus pies beso.

DON PEDRO.

Vamos.

RAMIRO, *aparte.*

No hay amor con seso,
y mas si ama una muger.

SANCHA, *aparte.*

A fé, sospechas amargas,
que he de remediar mis miedos.

RAMIRO.

(*Aparte con Cabello.*)
Espántanme sus enredos.

CABELLO.

Pues *averíguelo Vargas.*

(*Vanse el rey, don Pedro, doña Felipa, el page y el acompañamiento.*)

ESCENA VI.

RAMIRO. DON DUARTE. DON DIONÍS.

DON DUARTE.

Goce vuestra señoria
el maestrazgo y el estado,
que el rey mi señor le ha dado
tan justamente este dia,
mil años; que el que me dió
por su noble intercesion
me ha puesto en obligacion.

RAMIRO.

Con él quisiera dar yo
un reino á vueseñoría.

(*Vase don Duarte.*)

ESCENA VII.

DON DIONÍS. RAMIRO.

DON DIONÍS.

A mí me le podeis dar,

don Ramiro, si estimar
quereis hoy la amistad mia,
con darme sola una prenda
que ha de enriquecer mi estado
mas que el que por vos me han dado
con la mayor encomienda.
Confesadme una verdad;
que como amigo os prometo
guardar eterno secreto.

RAMIRO.

Por pagar la voluntad
de que me haceis hoy deudor,
y estimo, el pecho rasgara,
y en él el alma os mostrara.

DON DIONÍS.

¿Teneis á la infanta amor?

RAMIRO.

¿A doña Felipa?

DON DIONÍS.

Sí.

RAMIRO.

Como á hija del infante
la quiero, no como amante.

DON DIONÍS.

No hay recelaros de mí,
pues vuestra amistad profeso.

RAMIRO.

Don Dionis, si yo la amara,
de vos el alma fiara.

DON DIONÍS.

Pues sabed que pierdo el seso
por ella.

RAMIRO.

(*Aparte.* ¡Ay de mí!) ¿Pues bien...?

DON DIONÍS.

Vos que me habeis dado hacienda,
quiero que con la encomienda,
me deis esposa tambien.
Perdonad; que lo que hiciera
por vos, maestre, eso mismo
quiero que hagais.

RAMIRO, *aparte.*

¿En qué abismo
me ha puesto mi pena fiera?

DON DIONÍS.

Interceded en mi amor,
sed mi tercero discreto.
¿Hareislo?

RAMIRO.

Yo os lo prometo.

DON DIONÍS.

(*Aparte.* Pues que no la tiene amor,
su hermano debe de ser.)
¿Cuándo la ireis á hablar?

RAMIRO.

Luego.

DON DIONÍS.

A Dios. (*Vase.*)

RAMIRO.

Adios.

ESCENA VIII.

RAMIRO.

Amor ciego,
cegadme á mí por no ver
tanta confusion y enredo.
Yo adoro á doña Felipa,
don Dionís se me anticipa,
y acobardándome el miedo
de no saber quien me dió
el ser que tan adelante
está honrándome el infante,
padezco entre un sí y un no.
¿Posible es que sin saber
el infante mi linage,
de este modo me aventaje?
No, temor, no puede ser.
Al rey que era noble dijo,
y mi honrado pensamiento

califica este argumento;
él sabe de quien soy hijo.
Proseguir mi dicha quiero,
y declaralla mi amor,
aunque mi competidor
me haya hecho su tercero;
que ha venido Sancha aquí
celosa, y podrá estorbar
mi dicha saliendo azar.
Amor, volved vos por mí.

ESCENA IX.

SANCHA.—RAMIRO.

SANCHA.

Pues, mi señor cortesano,
todos estamos acá;
aunque no se dignará
de hablar un conde á un enano.
¿Qué te parece la traza
con que te he venido á ver?
¿Mas que debes de creer
que vengo á espantar la caza
de tu amor? Dame esa mano;
seguro la puedes dar;
que no me puedo casar
contigo, que eres mi hermano.

RAMIRO.

¡Yo hermano tuyo! ¿Qué dices?

SANCHA.

La verdad que me ha traido
aquí con trage fingido,
porque mi fé solenices.
El dia mismo que saliste
de Momblanco, me informé
de un viejo, á quien obligué,
con verme en tu ausencia triste,
á que rompiendo el secreto
que le encargó el gran prior,

de nuestro progenitor
me diese cuenta. En efeto,
soy tu hermana.

RAMIRO.

Sancha mia,
aunque tus embustes sé,
me ha obligado á darte fé
la sangre que el amor cria,
y mis sospechas allana;
pues desde el punto primero
que te vi, te estimo y quiero
como un hermano á una hermana.
(*Aparte.* ¡Ay mi infanta hermosa y bella!
Si es mi sangre venturosa
tan ilustre y generosa
como el valor que hallo en ella,
siendo noble y no villano,
bien te puedo pretender.)

SANCHA, *aparte.*

Como yo le haga entender
á Ramiro que es mi hermano,
y que á terciar en su amor
vengo, no descubrirá
que soy muger.

RAMIRO.

(*Aparte.* ¿Si será
padre mio, el gran prior?)
Acaba de declarar,
Sancha, á quien debo mi ser.

SANCHA.

Grande dicha has de tener.

RAMIRO.

Ya la comienzo á gozar.
Dilo para que socorras
el temor que has de impedir.

SANCHA.

No te lo atrevo á decir.

RAMIRO.

¿Por qué?

SANCHA.

Porque no te corras.

RAMIRO.

¡Ay cielo! Mi desventura
sospecho: no es principal
quien me dió el ser.

SANCHA.

¿No? ¡y qué tal!
Nuestro padre es....

RAMIRO.

¿Quién?

SANCHA.

El cura,
pariente del gran prior
muy cercano.

RAMIRO.

¡Un cura!

SANCHA.

Sí,
aquesto es cierto.

RAMIRO.

¡Ay de mí!

SANCHA.

Bien lo sabrá el labrador
que nos crió.

RAMIRO.

Dejamé;
mataréme.

SANCHA.

¿Hay tal ventura
como ser hijo de un cura?
¡Matarte quieres! ¿por qué?
El gran prior nos crió,
(que pienso que es nuestro tio)
y ha sabido, hermano mio,
que nuestro padre murió.
En tu estraña dicha y medro
puedes esperimentar
lo que el cielo suele honrar
á los nietos de san Pedro.

RAMIRO.

Cesa, pues cesó mi amor.

SANCHA.

A fé que te burlé bien.

No es tu padre ese.

RAMIRO.

¿Pues quién?
¿Es, hermana, el gran prior?

SANCHA.

Y por su causa el infante
te honra, Ramiro, ansí.

RAMIRO.

¿Es cierto?

SANCHA.

¿Pues no?

RAMIRO.

Eso sí;
viviré de aquí adelante.

SANCHA.

En sabiendo que mi hermano
eras, te vine á buscar,
dándome trage y lugar
para venir, el enano
que en Momblanco aposentó
don Nuño, y vino tan malo,
que no bastando el regalo
que le hicieron, se murió.
Partióse desesperado
don Nuño, y dejóse allí
las cartas que luego abrí,
y viendo que presentado
iba por el de Viseo,
eché otra cubierta al pliego,
vestíme en su trage luego,
y en las alas del deseo,
vengo á terciar en tu amor.
Yo haré que á la infanta goces,
si mis enredos conoces.

RAMIRO.

¿Que es mi padre el gran prior?
¿Que eres mi hermana?

SANCHA, *aparte.*

La trama
va buena.

RAMIRO.

¡Qué alegre estoy!

SANCHA.

Tu hermana y tercera soy.

ESCENA X.

UN PAGE.—SANCHA. RAMIRO.

PAGE.

Señor, el infante os llama. (*Vase.*)

RAMIRO.

Pues tú de mi amor te encargas,
ya no tengo que temer.

SANCHA.

Enredos tengo que hacer
con que se acuerden de Vargas. (*Vanse.*)

Habitacion del infante y de su hija en el palacio.

ESCENA XI.

DOÑA FELIPA.

Amor rapaz, esa venda
en la boca habia de estar,
porque no puedas hablar,
ni tu secreto se entienda;
aunque para que me ofenda
de tí, tirano desnudo,
siempre que quiero hablar, dudo;
porque para darme enojos,
siendo ciego, estás con ojos,
y en mí, con lengua, estás mudo.

ESCENA XII.

RAMIRO.—DOÑA FELIPA.

RAMIRO.
(*Aparte al salir.*)
No puede el desasosiego
que me atormenta, parar;
que mal podrá sosegar
fuera de su centro el fuego.
No seais mudo, pues sois ciego,
niño Dios; mas si segura
quereis ver vuestra ventura,
hacelda á la infanta clara;
que mal que no se declara,
con dificultad se cura.

DOÑA FELIPA.
Ramiro.

RAMIRO.
Señora mia.

DOÑA FELIPA.
¿Adónde vais?

RAMIRO.
No osaré
decillo.

DOÑA FELIPA.
¿Por qué?

RAMIRO.
Porque
no me atrevo, aunque querria.

DOÑA FELIPA, *aparte.*
¡Oh! ¡si viniese á buscarme!

RAMIRO, *aparte.*
¡Oh! ¡si gustase de oirme!

DOÑA FELIPA, *aparte.*
Amor, aprende á ser firme.

RAMIRO, *aparte.*
Amor, comienza á ayudarme.

DOÑA FELIPA.

Llegaos mas, y no os turbeis;
que estando á solas los dos,
bien podeis hablar.

RAMIRO.

Por Dios,
señora, que me escucheis.

DOÑA FELIPA, *aparte.*

Sin duda me quiere bien;
que el rostro y los tiernos ojos,
mirándome, hablan tambien.

RAMIRO.

No os pregunto, mi señora,
si sabeis qué es aficion
por obra ó por discrecion;
que quien es cuerdo no ignora
que por obra no sabreis
lo que por ciencia alcanzais;
quiero decir que no amais;
pero que bien lo entendeis.

DOÑA FELIPA.

(*Aparte.* Ya el sol muestra su luz bella.)
Pasá adelante.

RAMIRO.

Sí haré;
que ganando tierra, iré
ganando cielo por ella.
Digo, señora, que yo
quiero....

DOÑA FELIPA.

¿Qué quereis?

RAMIRO.

Muy bien
á quien lo merece.

DOÑA FELIPA.

¿A quién?

RAMIRO.

A vos, mi señora.... no.

DOÑA FELIPA.

¿Pregúntoos yo si es á mí?

RAMIRO.

Pudiéraislo preguntar.

DOÑA FELIPA.
Acabaos de declarar.
RAMIRO, *aparte.*
Dije no por decir sí.
Pero en pretension tan alta
¿quién no se acobarda?
DOÑA FELIPA, *aparte.*
Quiero
disimular.
RAMIRO.
Lo primero
que en esta empresa me falta
es, señora, atrevimiento
de hablar.
DOÑA FELIPA.
Perded el temor,
y no digais vuestro amor
con tanto encarecimiento.
RAMIRO.
Quiero bien, pues, á una dama.
DOÑA FELIPA.
Ya se entiende, pues sois hombre.
RAMIRO.
Y esta dama....
DOÑA FELIPA.
Decí el nombre.
RAMIRO.
Dama esta dama se llama.
DOÑA FELIPA.
¿Y no mas?
RAMIRO.
Volvíme atras:
el nombre os diré otra vez.
DOÑA FELIPA.
La dama del ajedrez
se llama dama no mas.
RAMIRO.
Quisiera que vuestra alteza....
DOÑA FELIPA.
Pedireis que tercie yo
con ella.

RAMIRO.

Señora, no.

DOÑA FELIPA.

Habladme, pues, con llaneza.

RAMIRO.

Quisiera, señora mia,
que á mí me favoreciera
vuestra alteza, y que fingiera
que me honraba.... y me queria;
porque envidiando el favor
de tan alta dama, entiendo
que la que sirvo y pretendo,
me tendrá de envidia amor.
Que si la mas principal,
mas discreta y mas hermosa,
me quiere, estará envidiosa
quien me trata agora mal.

DOÑA FELIPA.

¡Nuevo modo de tercera
es ese, Ramiro! Pues
¿es la dama...?

RAMIRO.

Doña Ines,
á quien obligar quisiera.

DOÑA FELIPA.

¿Mi dama?

RAMIRO.

Señora, sí.

DOÑA FELIPA.

Alto, yo os haré favores,
porque tan cuerdos amores
no se malogren por mí.
(*Aparte.* Celosa estoy; pero es justo
cumplir lo que me ha pedido,
porque aunque sea fingido,
quiero gozar de este gusto.

RAMIRO, *aparte.*

¿Si me ha entendido la infanta?
Pero comienzo á fingir;
que ansí le podré decir
mi voluntad, aunque es tanta.

DOÑA FELIPA.
¿Teneis que advertirme mas?
RAMIRO.
Señora, que perdoneis.
DOÑA FELIPA.
Pues mirad que no falteis
de mi presencia jamas.
Dad vos ocasion; mostrad
gusto y amor cuando vengo,
porque no digan que os tengo,
sin ocasion, voluntad.
RAMIRO.
Harélo ansí.
DOÑA FELIPA, *aparte.*
De esta suerte
puedo yo engañarme á mí.
RAMIRO.
Quede esto ansí.
DOÑA FELIPA.
Quede ansí.
RAMIRO.
¿Quereisme ya?
DOÑA FELIPA.
Hasta la muerte.
(*Vase Ramiro.*)

ESCENA XIII.

—

DOÑA INES.—DOÑA FELIPA.

DOÑA INES.
(*Aparte al salir.*)
Puse en Ramiro los ojos;
pero mi desdicha es tanta,
que temo que ama á la infanta,
y hace ciertos mis enojos.
DOÑA FELIPA.
Doña Ines.
DOÑA INES.
Señora mia.

(*Aparte.* ¿Quién supiera la verdad?
¿Diréle mi voluntad?
Mas ¿quién de mugeres fia?)

DOÑA FELIPA.

Pienso que venis turbada:
si es amoroso secreto,
decildo; que yo os prometo
guardarle.

DOÑA INES.

Estoy confiada
de vuestra alteza, y ansí
le diré mi pretension
honrosa, y por su ocasion,
el amor que crece en mí.
Dama soy vuestra, y no es mucho
pretender para marido
á un galan favorecido
del rey.

DOÑA FELIPA, *aparte.*

Envidiosa escucho.

DOÑA INES.

Digo, pues, que don Ramiro,
si no me engaño, me ama,
y por su prudencia y fama,
con buenos ojos le miro.
No hay mas.

DOÑA FELIPA.

No quiero yo mas.
Pues ¿qué pretendeis agora?

DOÑA INES.

Ser su esposa, mi señora,
por no perderle jamas.

DOÑA FELIPA.

Y él ¿os quiere?

DOÑA INES.

No lo sé;
pero muéstrame aficion.

DOÑA FELIPA, *aparte.*

¡Ay terrible confusion!
Desespero, si esperé;
porque si á mí me quisiera,
no quisiera á doña Ines,

y si se quieren, no es
de provecho una tercera.

DOÑA INES.

¿Qué responde vuestra alteza?

DOÑA FELIPA.

Que es justa y forzosa ley
pretender que os case el rey,
si iguala á vuestra nobleza.
Yo hablaré á su magestad:
confiada podeis iros.

DOÑA INES.

Voyme, pues. (*Vase.*)

DOÑA FELIPA.

Tristes suspiros,
no abraseis la voluntad.

ESCENA XIV.

SANCHA.—DOÑA FELIPA.

SANCHA.

Señora, ¿era vuestra alteza
quien suspiraba?

DOÑA FELIPA.

No sé....
Yo soy.

SANCHA.

Pues ¿tienes por qué?

DOÑA FELIPA.

Respóndate mi tristeza.

SANCHA.

Dime tus penas amargas;
que soy Vargas, y es razon
que en aquesa confusion
averigue tu mal Vargas.

DOÑA FELIPA.

Alegre estás.

SANCHA.

Sabe Dios
el dolor que me condena,

y si hay una misma pena,
señora infanta, en los dos.

DOÑA FELIPA.

Grande amistad te ha cobrado
Ramiro: mucho te quiere.

SANCHA.

Entre todos me prefiere;
yo soy su mayor privado.

DOÑA FELIPA.

Si tanto te ha satisfecho,
no hay duda sino que sabes
su amor, dándote las llaves
de su voluntad y pecho.
Dime, ansí Dios te dé vida,
si es que, como pienso, ama,
quien es su dichosa dama.

SANCHA.

(*Aparte.* Ya veo, cielos, prevenida
la ocasion que deseaba.)
Diréte, señora mia,
lo que antes no me atrevia,
aunque cuidadoso andaba.

DOÑA FELIPA.

Pues ¿qué sabes? Dilo aprisa.

SANCHA.

Ramiro me habia rogado
que te trujese un recado
en que de su amor te avisa.

DOÑA FELIPA.

Pues ¿quiéreme bien á mí?

SANCHA.

Con una pasion estraña.

DOÑA FELIPA.

Ya él me ha dicho que me engaña.

SANCHA.

¿Que te engaña ha dicho?

DOÑA FELIPA.

Sí.

SANCHA.

A mí me engaña tambien.

DOÑA FELIPA.

Pues ¿cómo?

SANCHA.

Porque me ha hecho
alcahuete sin provecho
de la que no quiere bien.

DOÑA FELIPA.

Es un engaño discreto
para amartelar despues
á mi dama doña Ines;
ya yo he sabido el secreto.

SANCHA.

¡O aleve, o falso, o traidor!
¿Con cautela me has tratado
por desvelar mi cuidado?
¿Ansí se engaña un amor?

DOÑA FELIPA.

Enojado estás. ¿Qué es esto?
Paso, Vargas; vuelve en tí.

SANCHA.

Si me encolerizo ansí,
es porque en esto me ha puesto;
que pensará vuestra alteza
que soy mentiroso yo.

DOÑA FELIPA.

No haya mas.

SANCHA.

Ya se acabó
mi pesar y mi tristeza.

DOÑA FELIPA.

Verdad pienso, Vargas, que es
que don Ramiro me quiere,
y engañará, si lo fuere,
de esta suerte á doña Ines.
Vargas, ¿quiéresme obligar,
ya que tu ingenio te ayuda?
Pues sácame de esta duda.

SANCHA.

Vargas lo ha de averiguar.
Retírese vuestra alteza
y déjeme hacer á mí.

DOÑA FELIPA.

A Dios: desde hoy pongo en tí
mi esperanza y mi tristeza. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON DIONÍS.—SANCHA.

DON DIONÍS.
Vargas.

SANCHA.
Señor.

DON DIONÍS.
Todo el dia
ando en tu busca.

SANCHA.
Aquí estoy.

DON DIONÍS.
Pues en albricias te doy
de hallarte, esta prenda mia.
Recibe aquesta cadena
por primera obligacion.

SANCHA.
No quiero yo mas prision;
que una tengo, y no es muy buena.

DON DIONÍS.
Ya sabrás, pues no es posible
que se disimule tanta
aficion, como á la infanta
quiero bien.

SANCHA.
Caso imposible
debe de ser; que la veo
agena de voluntad.

DON DIONÍS.
Pues de esa dificultad
ha nacido mi deseo.
Tú que á solas tantas veces
la entretienes, muestra y di
el amor que has visto en mí,
y que sus ojos sean jueces
de mi pasion, y sentencien
en mis amores constantes;

que desiguales amantes
no es bien que se diferencien.

SANCHA.

Yo haré todo lo que alcanza
mi ingenio.

DON DIONÍS.

Ve satisfecho
que ha de ser en tu provecho. (*Vase.*)

SANCHA.

A Dios.—¡Qué buena esperanza!
Hoy he de hacer maravillas;
no va mala aquesta historia.
¿Mas que ha de quedar memoria
en Santaren, de Varguillas? (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DOÑA FELIPA. RAMIRO.

RAMIRO.

Mi gloria tengo en miraros,
todo mi contento en veros,
dicha y regalo en hablaros,
gusto y deleite en quereros,
firmeza eterna en amaros.

DOÑA FELIPA.

Hablaisme por doña Ines,
y ansí, como fuí tercera,
respuesta traigo.

RAMIRO.

¿Quién es
doña Ines?

DOÑA FELIPA.

La verdadera
dama vuestra: dice pues
que os ama, y que recibió
vuestros favores muy bien.

RAMIRO.

Pues ¿quién se los declaró?

DOÑA FELIPA.

Harto bueno es eso. ¿Quién?
¿No me lo dijistes?

RAMIRO.

¿Yo?
¡Qué mal mi amor considera
la pena que en vos me aflige!

DOÑA FELIPA.

¿Pues no me hicistes tercera?

RAMIRO.

Señora, el refran os dije
de "á tí te lo digo nuera."
Hablemos claro.

DOÑA FELIPA.

¿Qué es esto?
Apartaos, no me enojeis.

RAMIRO.

Vos os enojais tan presto,
que darme muerte quereis.
¿No es condicion que hemos puesto...?

DOÑA FELIPA.

No me acierto á declarar.

RAMIRO.

No acierto á darme á entender.

DOÑA FELIPA, *aparte.*

Quiérote hablar.

RAMIRO, *aparte.*

Voyla á hablar.

DOÑA FELIPA.

Pues no me habeis de ofender.

RAMIRO.

Pues no os habeis de enfadar.

DOÑA FELIPA.

Ramiro, pues vos de mí
fiais vuestro amor, bien puedo
fiarme yo de vos.

RAMIRO.

Sí.

DOÑA FELIPA.

Comienzo á perder el miedo.

RAMIRO.

Yo el mio ya le perdí.

DOÑA FELIPA.

Sabed que yo quiero bien
á don Dionís.

RAMIRO.

(*Aparte.* ¿Qué quimera
es esta, cielos?) ¿A quién?

DOÑA FELIPA.

Pues yo fuí vuestra tercera,
sed mi tercero tambien.

RAMIRO.

Pues hacedme á mí tercero
como yo tercera á vos.

DOÑA FELIPA.

Yo eso pido.

RAMIRO.

Yo eso quiero.

DOÑA FELIPA.

Ansí ha de ser.

RAMIRO.

¡Plega á Dios!
que dichoso fin espero.

DOÑA FELIPA.

A don Dionís le direis
que aunque no se ha declarado,
le quiero bien; ya sabreis
dar como vuestro un recado,
si amor secreto teneis.
Y decilde que le ruego
que sea mas atrevido,
pues yo á decírselo llego;
y que esta noche le pido,
que á pesar de su sosiego,
me vea por el balcon
sin reja que al jardin mira
del Parque; que hay ocasion,
y si de ella se retira,
que culpe su dilacion.
En ausentándose Apolo
id; que el amor que acrisolo,
estará aguardando. A Dios.
Decid que vaya con vos,
Ramiro, y que venga solo.

RAMIRO.

¿Solo y conmigo?

DOÑA FELIPA.

¿Qué os cuesta
el decir esto?

RAMIRO.

Ahora bien,
yo le daré esa respuesta.

DOÑA FELIPA.

Ramiro, id allá tambien,
porque sin vos no habrá fiesta. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

—

RAMIRO.

¡Solo y conmigo y sin mí!
¡que vaya yo y que él se quede!
¿Qué locura ó frenesí
es esta, amor? ¿Cómo puede
cumplirse este enredo ansí?
Pero, alma, si lo advertís,
vuestra dicha conseguís
en el enigma que hoy miro,
que es amar á don Ramiro
con nombre de don Dionís.

ESCENA XVIII.

—

SANCHA.— RAMIRO.

SANCHA.

Palaciego.

RAMIRO.

Hermosa hermana.

SANCHA.

No me digas ese nombre.

RAMIRO.

¿Pues no es verdad?

SANCHA.

Cierta y llana;
mas ser hermana de un hombre
que quise, es cosa inhumana.

RAMIRO.

¿Hablaste por mí á la infanta?

SANCHA.

Tan grande malicia es
la tuya, que nos espanta
á las dos. Es doña Ines
la que tus gustos encanta,
y quiere ser tu muger,
¡y engañas con tus quimeras
á quien lo pudiera ser!

RAMIRO.

Que son burlas.

SANCHA.

Que son veras;
que ya las vine á saber,
y doña Ines misma muestra
tus papeles y favores.

RAMIRO.

Necia cautela es la vuestra;
que no han dado mis amores
jamas semejante muestra.

SANCHA.

Pues la infanta se ha enojado;
que se lo ha dicho su dama.

RAMIRO.

Eso me pone en cuidado.
¡Ay de mí! de veras llama
á Dionís su enamorado.
Manda que vaya conmigo
para darme entre mil celos
de mi desdicha castigo.
Si no entiende mis desvelos,
liviana esperanza sigo.

SANCHA.

¿A don Dionís llama?

RAMIRO.

Sí,
y pensé que la cautela

era de llamarme á mí;
pero si yo en esta escuela
del amor, las aprendí,
esta noche he de ir sin él
al balcon de su jardin,
y con la sombra fiel
de la noche, daré fin
á mi venganza crüel.
Daré mi mal á entender
por conocer su aficion,
aunque si voy á perder
su fingida posesion,
no lo quisiera saber. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

SANCHA.

¿En nombre de don Dionís
vais á gozar la ocasion,
Ramiro? Si vos fingís
ser ladron, yo soy ladron
del amor que no adquirís.
Adelantarme he si puedo
con las alas de mi miedo
al jardin, por estorbar
que no la llegueis á hablar;
que amor no es mas que un enredo. (*Vase.*)

Parque con vista esterior del palacio.—Noche.

ESCENA XX.

DOÑA FELIPA, *al balcon.*

Noche, que desde los cielos,

hechos ojos las estrellas,
estais mirando por ellas
mis amores y desvelos,
asegurad los recelos
que en mis pensamientos miro,
y pues de amores suspiro,
y vos mis quejas oís,
traedme aquí un don Dionís,
que sea solo un don Ramiro.
¿Si habrá entendido esta enîma?
Pero sí, porque el amor
siempre es buen entendedor,
y en cifras su fé sublima;
y si el que le tengo estima,
sabrá que entre los antojos
de mis mortales enojos,
cuando el temor me provoca,
llama á Dionís con la boca,
y á Ramiro con los ojos.
Discreto es, y bien me quiere;
yo lo he visto; pues ¿quién duda
que solo al terrero acuda?
Alma, avisad si viniere.

ESCENA XXI.

—

RAMIRO, *de noche.*—DOÑA FELIPA.

RAMIRO.

Amor, quien de noche os viere,
juzgará que á hurtar venís,
y en mí ese oficio cumplís;
que como en el alma os tengo,
hecho ladron á hurtar vengo
favores de don Dionís.
La infanta por mil rodeos,
muestra que me quiere bien,
si no se engañan tambien
mis ojos cual mis deseos:
mis pensamientos, Teseos

de este laberinto estraño,
ó mi provecho ó mi daño
averiguen; que me asombra
este don Dionís en sombra,
cabeza de aqueste engaño.
Gente en la ventana siento.
Ce: ¿es la infanta?

DOÑA FELIPA.

¿Es don Dionís?

RAMIRO.

Don Dionís soy.

DOÑA FELIPA.

¿Y venís
solo?

RAMIRO.

Con mi pensamiento.

ESCENA XXII.

—

DON DIONÍS.—DOÑA FELIPA. RAMIRO.

DON DIONÍS.

Solo en este sitio siento
descanso: amorosas quejas,
de puro antiguas y viejas,
como el fénix renaceis,
para que me atormenteis.
Mas gente siento en las rejas.
¡Válgame Dios! ¿quién será?

DOÑA FELIPA.

¿Viene Ramiro con vos?

RAMIRO.

Si un alma somos los dos,
¿quién duda de que vendrá?

DOÑA FELIPA.

Don Dionís, amor os da
la posesion que adquirís,
y pues que tan bien fingís
lo que ni sois, ni en vos miro,
desde hoy querré en don Ramiro

el nombre de don Dionís.

DON DIONÍS, *aparte.*

¿Qué Dionís es este, cielos?

RAMIRO.

¿Que merezco, hermosa infanta,
tanto favor, dicha tanta?

DON DIONÍS, *aparte.*

La infanta es esta: ¡ay recelos!

RAMIRO.

Ya don Dionís me da celos.

DOÑA FELIPA.

Yo, como con él venís,
y en el alma lo encubrís,
por uno os tengo á los dos,
y por quereros á vos,
quiero bien á don Dionís.

DON DIONÍS, *aparte.*

¡A don Dionís quiere bien!
De mi ventura me admiro.
Sin duda que es don Ramiro
quien la habla: ya no le den
fama los que en Santaren
solenizan su valor,
pues siendo á mi fe traidor,
el nombre á usurparme vino.

ESCENA XXIII.

SANCHA, *de noche.*—DOÑA FELIPA. RAMIRO. DON DIONÍS.

SANCHA.

(*Para sí al salir.*)

Que vengo tarde imagino:
perezoso sois, amor.

RAMIRO.

Digo que soy don Dionís;
ya jamas pienso mudar
nombre que os obliga á amar.

DOÑA FELIPA.

Bien hablais y bien fingis.

DON DIONÍS, *aparte.*

Alma dichosa, ¿qué oís?
La infanta está declarada
de mi parte, y engañada,
pensando que habla conmigo,
favorece á mi enemigo:
probad, venganza, su espada,
pues que su fe habeis probado.

SANCHA, *aparte.*

Ramiro se adelantó,
y habla á la infanta: cesó
mi paciencia, y ha llegado
mi receloso cuidado
á dar muerte á mi sosiego;
pero pues tan tarde llego,
y ellos se hablan tan despacio,
gritemos.—¡Fuego en palacio!
(*Grita.*)
Agua traigan, ¡Fuego, fuego!
(*Aparte.* con que se abrasen los dos,
como mi pecho se abrasa.)

DOÑA FELIPA.

¡Ay cielos! ¿Fuego hay en casa?
A Dios.

RAMIRO.

Voyme.

DOÑA FELIPA.

A Dios.

RAMIRO.

A Dios.

(*Quítase la infanta del balcon, y vase Ramiro.*)

SANCHA, *aparte.*

El fuego, alma, os quema á vos.

DON DIONÍS, *aparte.*

Ya se apartaron. ¡Qué ciego
que estoy! Si el desasosiego
presente no lo estorbara,
Ramiro falso, hoy probara
quien sois.

SANCHA.

¡Agua! ¡fuego! ¡fuego!

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DON DIONÍS.

Basta, que fingido ha sido
este fuego ó este encanto;
pero de esto ¿qué me espanto,
si ha sido amigo fingido
don Ramiro fementido?
Otra vez me traen los celos
á averiguar mis desvelos;
haced que venga, esperanza,
don Ramiro, y mi venganza
satisfaga á mis recelos.
Para sí mismo ha ganado
la amorosa empresa mia;
quisiera verme vengado;
mas quien de amigos se fia,
merece hallarse engañado.
Y siendo así, yo he tenido
la culpa, que mi esperanza
por mal fundada he perdido,
y no tomaré venganza,
aunque me sienta ofendido.
Pero cuando no la espada
se vengue de su enemigo,
la lengua disimulada
puede darle algun castigo,
de su esperanza engañada.
Vuelvo al terrero, y deseo
que en él don Ramiro esté,
porque si á solas le veo,
sin vengarme le diré

que me agravia y no lo creo.
Y con esta cortesia
castigo su atrevimiento
y la confianza mia,
sin que del rigor violento
pueda quejarse otro dia.

ESCENA II.

RAMIRO.—DON DIONÍS.

RAMIRO.
(*Sin ver á don Dionís.*)
Dos contrarios movimientos
de un mismo cuerpo en la nave,
se hallan no ser vïolentos,
y el amor hacerlos sabe
del cuerpo y los pensamientos.
Yo salia del terrero,
y el pensamiento volvia;
y como yo considero
que él tiene razon, querria
volverme aquí todo entero.

DON DIONÍS, *aparte.*
Este es don Ramiro; él fue
falso á mi fiel esperanza:
yo llego y me vengaré;
mas de mí pido venganza,
que el secreto le fié.

RAMIRO.
Yo llego al balcon y sigo
mi dichosa voluntad.
Mas.... ¿Quién es?

DON DIONÍS.
Vuestro enemigo,
porque en la prosperidad
nadie ha menester amigo.

RAMIRO.
Es prosperidad pequeña
la mia, y me desengaña

que es la fortuna que sueña;
y la próspera me engaña,
pero la adversa me enseña.
Decid quien sois.

DON DIONÍS.

Bien pudiera
decir quien soy y tambien
mis padres, si yo quisiera.

RAMIRO, *aparte.*

Yo no tengo tanto bien.
¿Quién sus padres conociera?

DON DIONÍS, *aparte.*

Ansí me puedo vengar,
porque como el sabio advierte,
si en la lengua se han de hallar
juntas la vida y la muerte,
por ella se pueden dar.
Dice Salomon que tiene
manos la lengua y con ellas
se venga cuando conviene,
y ansí mi lengua á usar de ellas,
y no de mi espada, viene.

RAMIRO.

Decidme ya, caballero,
pues podeis, quien sois.

DON DIONÍS.

Yo soy
un amigo verdadero
de don Ramiro, que estoy
por él guardando el terrero.

RAMIRO.

¿Amigo?

DON DIONÍS.

Sí: ¿es cosa nueva?
La amistad del poder nace,
y los amigos se lleva;
la prosperidad los hace,
y la adversidad los prueba.

RAMIRO.

Si sois su amigo, obligado
estareis á su defensa.

DON DIONÍS.

No sé si soy bien pagado,
porque no estima ni piensa
que le sirven el privado.
Don Ramiro me perdone,
porque es muy noble en su trato,
y la fama le corone:

RAMIRO.

Señor, quien le llama ingrato,
todas las faltas le pone.

DON DIONÍS.

Pésame si le he llamado
ingrato, y si alguna queja
de su olvido me ha quedado;
no por ingrato me deja,
sino por enamorado.
Que al amor algun discreto
le puso venda en los ojos,
por disculparle en su efeto;
que no vé si causa enojos,
ni vé si guarda respeto.

RAMIRO, *aparte.*

¡Oh cortesana elocuencia!
¡qué sabiamente ha culpado
mi mala correspondencia,
disculpado y condenado
con una misma sentencia!
No me quiero declarar,
porque si la he de romper,
¿qué palabra le he de dar?
Las prendas debe poner
quien determina pagar.

DON DIONÍS.

Mucho os deteneis, señor.
Ea, salid del terrero;
que es muy celoso en su amor
don Ramiro, y yo no quiero
que lo atribuya á temor.

RAMIRO.

Yo me iré, si me decís
quien sois.

DON DIONÍS.

Seré don Ramiro.

RAMIRO.

¿Pues en su nombre venís?

DON DIONÍS.

¿Qué os admirais?

RAMIRO.

No me admiro.
(*Aparte.* ¡Qué discreto es don Dionís!)

DON DIONÍS.

¿Conoceisme? ¿sabeis cosa
contra esta verdad que digo
y defiendo, sospechosa?
¿No es don Ramiro mi amigo?
¿Es su amistad cautelosa?
¿Trátame en ausencia mal,
ó pretende por ventura,
siendo amigo desleal,
trasladarse la hermosura
que adoro, en original?
¿Hame ofendido siquiera
en amar á quien yo quiero?
Que aunque parece ligera
para un noble caballero,
es la ofensa verdadera;
que yo no le he menester
para que á su rey le pida
la merced que me ha de hacer;
que soy quien soy, y en mi vida
usé de ageno poder.

RAMIRO.

No os altereis; que si yo
no sé quien sois, mal sabré
si ese hidalgo os ofendió,
y don Ramiro yo sé
que no se desvaneció
por la privanza; que en suma
sabe que el rey es un mar
donde el privado es la espuma,
y algun viento ha de llegar
que la deshaga y consuma.
No es don Ramiro avariento

de honras; que antes las deja;
que el propio conocimiento
sirve de piedra á esta abeja,
porque no la lleve el viento.
No es hombre que habrá usurpado
vuestro amor; que es tan querido,
y de todos tan amado,
que no es, y siempre ha sido,
envidioso y envidiado.

DON DIONÍS.

No digais mas; que parece
que sois mas amigo suyo
que yo, y ninguno merece
mas su amistad.

RAMIRO.

Restituyo
su amor á quien se le ofrece.

DON DIONÍS.

Pues sois su amigo tambien,
dejadme solo, y decid
á don Ramiro cuan bien
con mi prudencia y ardid
guardo á quien él quiere bien.
Que ansí le pienso obligar,
si no es ingrato y crüel,
y al mar pretende imitar,
que entra el agua dulce en él,
y la vuelve amarga el mar.
Que ansí le aviso, y no quiero
parecer, si no lo digo,
mentiroso lisonjero;
que es mas verdadero amigo
quien habla mas verdadero.
Que soy su espejo, y no dejo
de prevenirle su mal
con mi industria y mi consejo.

RAMIRO.

No es buen amigo y leal
para su amigo el espejo.
El amigo ha de imitar
al agua, que á quien en ella
su mancha llega á mirar,

se da á sí misma, y con ella
se puede tambien quitar.
Que el espejo que declara
la mancha y no da el remedio,
no es amistad noble y clara,
sino envidia, que por medio
honesto sale á la cara.

DON DIONÍS.

Yo á don Ramiro despues
á solas le pienso dar
el remedio.

RAMIRO.

Voyme, pues.

DON DIONÍS.

Será el remedio olvidar.

RAMIRO.

Él se olvida que lo es. (*Vase.*)

DON DIONÍS.

Muy grande satisfaccion
he recebido y le he dado:
grande arma es la discrecion,
panal dulce, al fin, labrado
en la boca de Platon.

ESCENA III.

DOÑA FELIPA, *á la ventana.*—DON DIONÍS.

DOÑA FELIPA.

Parece el sueño á la muerte
en no venir pretendido,
y ansí de ninguna suerte,
aunque al sueño llamo y pido,
quiere que con él acierte.
Vuélvome al balcon; que en él
por ventura el adivino
corazon, que siempre es fiel,
quiere descubrir camino
menos áspero y crüel.

DON DIONÍS, *aparte.*

La infanta es esta: quisiera

salir de esta confusion,
aunque no fue la primera;
pero hasta la posesion
tendré esperanza siquiera.
(*Llegando á la ventana.*)
Señora, ¿estaré seguro?

DOÑA FELIPA.

Sí: llegad.

DON DIONÍS.

Dudo si llego,
porque es de fuego este muro
del paraiso, aunque es fuego
como el del infierno, oscuro.
Pero es fuerza que me atreva,
mi querubin, á llegar;
que para mí es cosa nueva
que á Adan mandeis desterrar,
cuando guardais dentro á Eva.
Querubin enamorado,
mirad que servís á Dios
con la espada que os ha dado,
que vamos juntos los dos
con un amor y un estado.
Eva, ¿no me respondeis?
Hablad, dulce compañera,
y pagad lo que debeis,
pues antes que os conociera,
os dí el alma que teneis.

DOÑA FELIPA.

¿Qué he de hablar, si no he sabido
quién sois?

DON DIONÍS.

¿Qué decís, señora?
¿por vos soy desconocido?
No era don Dionís agora
por vuestro amor admitido?
Don Dionís soy: ¿este nombre
ignorais y la ocasion
de hablar tan claro el que es hombre
por vuestro amor y aficion
para que el amor se asombre?
¿No me quereis don Dionís?

Llamadme, señora mia,
otro nombre, si os servís,
pues soy Dionís desde el dia
que aqueste nombre admitís;
porque no era yo primero
que os quisiese, hermosa infanta,
don Dionís, ni caballero,
ni tuve ser que levanta
el vuestro á quien tanto quiero.

DOÑA FELIPA.

¡Qué lisonjero venís!

DON DIONÍS.

¡Qué verdadero! direis.

DOÑA FELIPA.

Bien haceis á don Dionís.

DON DIONÍS.

Vos, señora, le haceis,
pues el alma le infundís.
Estábame yo en la aldea
de vuestra ausencia, (y no hay corte,
ausente vos, que lo sea)
acerté á ver ese norte
que en dulce tálamo vea;
comencé en aquel instante
á levantarme del suelo,
y á ser don Dionís amante,
como cuando el sol del cielo
levanta su flor gigante.
Y así, mirándoos á vos,
tengo de andar por estremos,
hasta que permita Dios
que mude el nombre y estemos,
flor y sol juntos los dos.

DOÑA FELIPA.

¿Quién puede á palabras tales
resistir? Digo, señor,
que si prendas y señales
no las siente el pagador,
se acaben ya nuestros males.
Mañana en la noche quiero
que entreis conmigo en palacio.
No digo mas; que no espero

beber la purga despacio,
cuando de vergüenza muero.

DON DIONÍS.

Dame, mi señora, en prendas
de tal dicha, algun favor
con que mas mi amor enciendas.

DOÑA FELIPA.

Tomad; que al buen pagador
jamas le dolieron prendas.
(*Dale una banda, y vase.*)

ESCENA IV. (1)

DON DIONÍS.

¡O banda, cuyos despojos
echan en esta conquista
á una banda mis enojos,
y para darme á mí vista,
la quita amor de sus ojos!
Ya de mi esperanza blanda
será cierta la demanda,
pues para la posesion,
sois carta de obligacion:
¡mil veces dichosa banda!

ESCENA V.

RAMIRO.—DON DIONÍS.

RAMIRO.

En obligacion me ha puesto
el dia largo y prolijo,
si no le divierto en esto,
porque como César dijo,

(1) Amanece.

quien hace bien hace presto.
A don Dionís quiero hablar;
que el aplacar enemigos,
cuando es menester usar
de verdaderos amigos,
siempre es digno de estimar.

DON DIONÍS.

Mil veces seais bien venido,
don Ramiro; que jamas
con mas gusto he recebido
á amigo, ni los demas,
respeto de vos, lo han sido.
Considerad si en el mar
contra un vaso frágil roto,
sin prevenir ni pensar
tan gran tormenta el piloto,
se comienza á levantar,
¡qué gran contento tuviera
si entonces saliera el sol,
y el norte reconociera,
porque del muerto farol
las muchas faltas supliera!
Yo, amigo, en el mar de amar
en un vaso harto pequeño
comenzaba á navegar;
llegó la noche, entró el sueño,
turbóse confuso el mar.
Era el vaso el corazon,
la infanta el mar, la esperanza
el farol; y á una ocasion
faltaron luz y bonanza,
y creció mi confusion.
No sabia yo de mí,
ni estaba cierto de vos;
de vuestra lealtad temí;
pero vino el sol que Dios
crió y formó para mí;
halléme desengañado,
reconocí luego el puerto,
reparé el vaso quebrado;
ya estoy de mi dicha cierto,
y de vos muy confiado.

Conocí que no os amó
la infanta, y no pretendeis
su amor, ni ella me ofendió;
que esta noche me vereis
entrar en su cuarto yo.
Voyme; que estoy prevenido
para esta noche; que en ella,
don Ramiro, he merecido
gozar á mi infanta bella.
A Dios: el secreto os pido. (*Vase.*)

ESCENA VI.

RAMIRO.

Lo que yo mas deseaba
era esta nueva, dichosa
para quien de ella gozaba;
ya mi esperanza engañosa,
aleve infanta, se acaba.
Antípodas me parece
que somos Dionís y yo,
pues que cuando en mí anochece
el sol de amor, le salió,
y en su ventura amanece.
Pero no puedo creer,
infanta, tan gran mudanza:
engaño debe de ser,
ó lo será mi esperanza,
porque la tengo en muger.
Aunque mi corta ventura,
y tu nobleza me asombra;
pero no hay prenda segura;
que es la muger y la sombra
de cualquier color, oscura.
Mal dije; que mi señora
es leal: temor, mentís,
pues la memoria no ignora
que en nombre de don Dionís
os favoreció hasta agora;

y con el nombre sin duda
de este engañoso recelo
mi competidor se ayuda;
que es la infanta como el cielo
glorioso, que no se muda.
Y si es por mí su aficion,
bien le puedo yo quitar
mi hacienda toda al ladron.
La bendicion le he de hurtar,
pues me llama la ocasion. (*Vase.*)

Salon del palacio.

ESCENA VII.

DON DUARTE. SANCHA.

SANCHA.

Por Dios, señor don Duarte,
que vos solo me faltais
de mi copia, y ya llegais
á darme memoria y parte
de vuestros deseos ardientes,
que en palacio no son pocos,
porque esta jaula de locos
no cabe de pretendientes.
El rey está aficionado
á una niña que es como él,
la infanta doña Isabel
con quien está concertado.
Don Ramiro y don Dionís
estan perdidos los dos.

DON DUARTE.

¿Por quién?

SANCHA.

Dadme cuenta vos
de la dama á quien servís,

porque no quiero yo agora
que ameis los tres á una dama,
y dar celos á quien ama,
en riesgo de tal señora.

DON DUARTE.

Vargas, tu mano es tan buena,
que al órgano he comparado
la corte, que no tocado
de esas tus manos, no suena.
Una tecla vengo á ser
del órgano cortesano;
si tú no pones la mano,
no he de sonar ni tañer.
Quiero bien á doña Ines;
por ella, Vargas, suspiro.
Don Dionís ó don Ramiro,
¿preténdenla?

SANCHA.

No, otra es.

DON DUARTE.

Pues, Vargas del alma mia,
dile mi pena mortal.
Toma esta joya en señal.

SANCHA.

Tomar es bellaqueria,
porque alcahuete por toma
no se imagina bien de él,
y una mitra de papel
le dan sin bulas de Roma;
y alcahuete que lo usa
por su deleite no mas,
ó no le culpan jamas,
ó no falta quien le escusa.
Dadme vos una memoria,
porque, ó no ha de ser quien es
Vargas, ó con doña Ines
habeis de hacer pepitoria. (1)

DON DUARTE.

Pues á Dios, tercero mio. (*Vase.*)

---

(1) Uniendo las manos.

SANCHA.

La infanta viene: hoy sabré
en qué punto está la fe
que en don Ramiro confio.

ESCENA VIII.

DOÑA FELIPA.—SANCHA.

DOÑA FELIPA.

Vargas, muy quejosa vengo
de vuestra prolija ausencia.

SANCHA.

Sabe Dios la diligencia
que yo en vuestras cosas tengo.

DOÑA FELIPA.

No se me luce, en verdad.

SANCHA.

Bien parece, mi señora,
que no sabeis vos agora
mi cuidado y voluntad.

DOÑA FELIPA.

¿Es cuidado que os desvela?

SANCHA.

Esa palabra me agrada;
que viene bien comparada
mi diligencia á la vela,
pues yo me consumo y quemo
para alumbraros á vos;
que os sirvo, y bien sabe Dios
lo que lo siento y lo temo.

DOÑA FELIPA.

No sé como puede ser,
supuesto que vos no amais
al galan por quien terciais,
porque vos no sois muger.

SANCHA.

Es verdad, muy bien decís;
pero importa diligencia,
como tienen competencia

don Ramiro y don Dionís;
pues cada cual forma queja
y se pretende ofender,
y otra fábula han de ser
de la lechuza y corneja,
que una á otra se rompia
el nido y los huevos de él,
y de un rigor como aquel
ningun polluelo nacia.

DOÑA FELIPA.

Pues yo que consideré
que en ocasiones de amor
quien lo siente habla mejor,
por mí misma negocié.
Y al fin, pues he negociado
por mí misma, yo tambien
quiero conseguir el bien
que he por mí misma alcanzado.
Con nombre de don Dionís,
volvió Ramiro al terrero,
y aquesta noche le espero
por mi esposo.

SANCHA.

¿Qué decís?

DOÑA FELIPA.

Que queda ya concertado
el tiempo en que le he de ver,
sin tener que agradecer
á vuestro poco cuidado. (*Vase.*)

ESCENA IX.

SANCHA.

Espera, enemiga mia,
sirena del mar, escucha,
pues de la grave tormenta
que yo lloro y siento, gustas.
¿Que ya el concierto está hecho?
¿que ya me llevas y usurpas
en un dia cuanto el alma

abrasada en tantos busca?
Suspiros y pensamientos
que ya se encuentran y juntan,
vientos han de ser que paren
en tempestades confusas.
Loca estoy: bien estoy loca;
que á quien faltó la ventura,
falta el jüicio, y no siente
el rigor de su fortuna.
Jüicios enamorados
con facilidad se turban;
que como es poca su luz,
quedan con un soplo á escuras.
¡Ah de palacio! hola, gente,
guardaos; que suelta su furia
la tormenta de mis celos
en el mar de mis injurias.
Ayuda, amor, que la tormenta es mucha.
Mas ¿cómo puede dar un ciego ayuda?

ESCENA X.

CABELLO.—SANCHA.

CABELLO.
¿Quién da voces por aquí?
Vargas ó Sancha, ¿qué angustias
te obligan á que alborotes
la gente que nos escucha?

SANCHA.
Tente, necio, no te anegues
en el mar donde fluctúan
las desdichas que me llevan
al puerto de mis locuras;
tente, que te mojas, tente.

CABELLO.
¿Ya tenemos garatusas?
¿A dónde diablos me mojo?
O estás sin seso, ó te burlas.

SANCHA.
¿No ves en el mar de agravios

las olas negras y turbias
de mis celos, que combaten
la casi rota chalupa
de mi burlada esperanza?
Échate á nado, si gustas
de ayudarme en la tormenta.

CABELLO.

Tu jüicio las afufa.

SANCHA.

¡Ah perro! ¿anegar me dejas?
Lealtad al fin como tuya.
Yo te mataré, villano.

(*Golpéale.*)

CABELLO.

¡Ay! ¡que me pelas! Escucha.

SANCHA.

Conmigo te has de embarcar.

CABELLO.

¿Cómo, si está mas enjuta
la tierra que estan tus cascos?
(*Aparte.* En creciente anda la luna.)

SANCHA.

No me repliques, traidor.

CABELLO, *aparte.*

¿Quién me trujo aquí?

SANCHA.

Desnuda
la ropa y échate á nado.

(*Quítanse las capas los dos.*)

CABELLO.

Échome á nadar, con Judas.
Válgate el diablo por Vargas.

SANCHA.

Ea, nada.

CABELLO.

Si me empujas.
¡Cuerpo de Dios, y qué amarga
que estaba el agua, y qué sucia!

(*Escupe.*)

SANCHA.

Ea, sube en mi galera.

CABELLO.

¿Esta es galera?

SANCHA.

¿Eso dudas?
la galera de mi amor,
que cortando las espumas
de imposibles y de estorbos,
á vela y remo procura
llegar á *buena esperanza.*

CABELLO.

Yo llego á mala ventura.

SANCHA.

Ea, ¿no tomas un remo?

CABELLO.

¿Luego vengo á ser en suma
galeote?

SANCHA.

Soylo yo,
villano, ¿y eso preguntas?
En la galera de amor
todos reman, todo es chusma;
que aunque no hay amor forzado,
forzadas almas injuria.
Ea, que no faltará
bizcocho negro de angustias,
que en vinagre de sospechas
mojes, que es comida suya.
Vaya.

CABELLO.

Vaya con el diablo.

SANCHA.

¿Remas?

CABELLO.

¿No lo ves?

SANCHA.

Procura
no dar enojo al agravio,
que es cómitre de la trulla.
Buen vïage.

CABELLO.

Buen vïage.
¡Heme aquí sin tener culpa,

de lacayo, galeote!

SANCHA.

¡Qué bien que la quilla surca
las olas de mis temores!
Mas ¿no ves como se ofusca
entre nubes de sospechas
el cielo de mis venturas?

CABELLO.

Ya lo veo. (*Aparte.* ¡Oh si se hiciese
pedazos ya, y mi fortuna
me librase de esta loca,
que me ha de matar sin duda!)

SANCHA.

Perdidos somos.

CABELLO.

Seamos.

SANCHA.

¿No ves las galeotas turcas
que nos vienen dando caza?

CABELLO.

¡Y cómo!

SANCHA.

¿Cuántas son?

CABELLO.

Muchas.
Una, dos, veinte, docientas.

SANCHA.

Mientes, perro, no es mas de una;
pero esa llena de celos,
que son turcos.

CABELLO.

Sean lechuzas.

SANCHA.

Huyamos. Boga, canalla.
(*Dale.*)

CABELLO.

Quedo. (*Aparte.* ¡Mal haya la puta
de mi abuela!) Que me matas.

SANCHA.

Lo que se usa, no se escusa:
eso se usa en la galera.
Rema apriesa; que se junta

el enemigo y dispara
balas de agravios y injurias.
La galera se va á fondo;
ya la han entrado, ya busca
á mi don Ramiro ingrato
la infanta: ¡ amor la destruya!
Capitan de la galera
la ha hecho mi desventura,
y si cautiva á mi amante,
que ha de matarme ¿ quién duda?
¡Oh! ¿quién se volviera agora
la cabeza de Medusa
para convertille en piedra?
Mas ¿por qué, si es piedra dura?
Solo un remedio hay, Cabello,
que en aquesta coyuntura
pueda esconder á Ramiro,
y hacer mi dicha segura.

CABELLO.

¿Y es?

SANCHA.

Que te hagas ballena,
y pues que la infanta busca
á Ramiro, te le tragues;
que no hallándole, no hay duda
que se vaya y que nos deje.
¡Linda traza!

CABELLO.

Como tuya.
¿Cómo diablos he de ser
ballena yo?

SANCHA.

No haya escusas.
Abre la boca.

CABELLO.

Ya la abro.

SANCHA.

Ea, trágale: ¿qué dudas?
(*Hace que se traga una cosa grande.*)

CABELLO.

Vaya.

SANCHA.

¡Ah perro! no le muerdas.

CABELLO.

Que no le muerdo, con Judas.
Sin ser de Madrid, me has hecho
ballenato. ¿Hay mayor burla?

SANCHA.

Ya le busca mi enemiga,
y á todos por él pregunta:
no le ha hallado; ya se fue;
venció mi amorosa industria.
Bien puedes volverle á echar:
escúpele aquí.

CABELLO.

¿Que escupa?
Ves aquí escupo.

SANCHA.

¿Qué es de él?

CABELLO.

¿Qué diablos sé yo?

SANCHA.

¿Tú le hurtas,
traidor?

CABELLO.

¿Yo? ¿pues para qué
le quiero?

SANCHA.

Échale.

CABELLO.

Sin duda
que como entró por la boca,
salió por la puerta sucia.

SANCHA.

¡Ah villano! ya te entiendo;
ya sé que esta noche gustas,
llevándoselc á la infanta,
hacer que sea esposa suya.
Concierto es de entre los dos:
ser su alcahuete procuras.

CABELLO.

¿Quién vió ballena alcahueta,
por mas cuentos ó aventuras

que haya visto en Amadís?

SANCHA.

Ballena infame, no huyas:
dámele, pues le tragaste,
que es carne, y no tienes bula.

CABELLO.

Quedo, con todos los diablos;
que eres de casta de bubas,
que me vas pelando todo.
Barrabás te aguarde. (*Vase.*)

SANCHA.

Escucha.
Mas huye, cruel Ramiro; que aunque huyas,
adonde sobra amor, vence la industria. (*Vase.*)

Parque con vista esterior del palacio. Noche.

ESCENA XI.

DOÑA FELIPA, *en el parque.*

El que te pintó con alas,
amor, fue su pensamiento
decir que en atrevimiento
á cualquier mónstruo te igualas.
Bien te puedes disponer
á darme en esto, ocasion,
tus alas; que el corazon
otras dos ha menester;
y con cuatro alas querria
ser efimeron de amor,
aunque es gusano, en rigor,
que nace y muere en un dia.

ESCENA XII.

RAMIRO.—DOÑA FELIPA.

RAMIRO.

(Para sí al salir.)

El reloj que traigo al pecho,
que es la memoria y cuidado,
la hora pienso que ha dado
que señala mi provecho.
¿Si halláré ya prevenida
á la infanta, en quien deseo
hacer el dichoso empleo
para el caudal de mi vida?
Ella es; quiero llegar.

DOÑA FELIPA.

¿Es don Dionís?

RAMIRO.

No señora;
que si lo he sido hasta agora,
ya no es tiempo de engañar.

DOÑA FELIPA.

Determinado venís.

RAMIRO.

Si ya os gozo, no es razon
usar la equivocacion
del nombre de don Dionís.
Hasta agora mi temor,
mi cuidado y mi secreto
usaba este ardid discreto,
y era este nombre mejor.
Hasta agora en ser tercero
tenia, señora, gusto;
pero desde aquí no es justo
sino el nombre verdadero.

DOÑA FELIPA.

Decís muy bien, don Ramiro;
desengañado venís;
pero el nombre de Dionís

con buenos ojos le miro;
que como por aquel nombre
vengo hoy á adquirir mi bien,
justo es que le quiera bien;
que ese nombre os ha hecho hombre.

RAMIRO.

Yo quiero el nombre por mio;
llamadme así, si conviene,
pues un mismo nombre tiene,
con ser diferente, el rio.
¿No es rio, señora mia,
las aguas y la corriente
que lleva? ¿y no es diferente
agua y rio cada dia?

DOÑA FELIPA.

Claro es.

RAMIRO.

¿No llega á tener
cada dia nombre nuevo?
Pues ansí soy rio que llevo
al mar de amar y querer
mi larga corriente y curso,
haciendo con su mudanza
mas fértil á mi esperanza,
y mas caudal mi discurso.
Nombre pudiera mudar
el rio y yo cada dia;
mas si vos, señora mia,
el mismo me quereis dar,
juzgareis como prudente
que yo soy rio, y no quiero
mudar el nombre primero,
aunque ya soy diferente.
Si de este nombre os servís,
y en él mis provechos miro,
góceos á vos don Ramiro,
y llamadme don Dionís.

DOÑA FELIPA.

¡Qué bien lo decís!

RAMIRO.

Señora,
perdonadme cuando sea

mi pensamiento de aldea;
que no la olvido hasta agora.
Y mal la pienso olvidar,
pues pienso, señora mia,
que allá fui un tronco que habia
en el campo por labrar,
y á vos, divino escultor,
os parecí de provecho,
pues de un leño me habeis hecho
un ídolo del amor.

DOÑA FELIPA.

Vuestra soy, y ansí no os puedo
alabar, porque es muy poca
la gloria en su misma boca.
Gente viene, y tengo miedo:
entrad, esposo y señor;
que con esa confianza
hoy se muda la esperanza
en la posesion de amor.

RAMIRO.

Vamos, que vuestra hermosura
aumentará el ansia mia,
como el agua clara y fria
que aumenta la calentura.
Y porque mi amor entiendas,
te doy la mano.

DOÑA FELIPA.

Señor,
como eres buen pagador,
nunca te dolieron prendas. (*Vanse.*)

ESCENA XIII.

SANCHA, *de muger, en el parque.*

Permitido es el engaño,
conforme á ley de derecho,
contra aquel que hubiere hecho
por otro engaño algun daño;
y si es sola la intencion

ya dispuesta y prevenida,
por ley justa y permitida,
puedo robar al ladron.
Don Ramiro ha de venir
por la infanta, á quien gozar
pretende; aquí me ha de hallar;
su dama me he de fingir.
Alma, á buen hora venís;
ya he entendido la cautela
con que su amor se desvela
con nombre de don Dionís.
Aunque finja aqueste nombre,
pues en sus engaños miro,
ya sé que con don Ramiro
viene encubierto el renombre.

ESCENA XIV.

DON DIONÍS.—SANCHA.

DON DIONÍS.
(*Para sí al salir.*)
La hora es esta esperada
de un alma que aguarda en ella
gozar de su infanta bella
la posesion deseada.

SANCHA, *aparte.*
Él es; que no puede ser
haber entrado hasta aquí
otro galan.

DON DIONÍS.
¿Sois vos?

SANCHA.
Sí.
(*Aparte.* ¡O amor! grande es tu poder.)

DON DIONÍS.
¿Cómo, mi bien, no venís?

SANCHA, *aparte.*
¡Que mi gloria ha de ser tanta!
Pero llámale la infanta

por su gusto don Dionís,
y ansí le he de llamar yo
por gozalle con recato;
que es, siendo Ramiro, ingrato,
y siendo don Dionís, no.

DON DIONÍS.

(*Habla algo bajo.*)
Señora, esa dilacion
me ofende; que descubierto
tras de la tormenta el puerto,
la gloria tras la pasion,
ya parece tirania
dilatarme tanto el bien.

SANCHA.

Eso digo yo tambien.

DON DIONÍS.

Venid, pues, infanta mia;
que no soy dueño de mí
desde que el alma os miró.

SANCHA.

¿No teneis voluntad?

DON DIONÍS.

No.

SANCHA.

¿Y yo en vuestro nombre?

DON DIONÍS.

Sí.

SANCHA.

Pues yo os mando que me deis
la mano.

DON DIONÍS.

¿Mándasme á mi?
Alma y mano vesla aquí,
y los brazos, porque entiendas
cuan poco me duelen prendas.
¿No soy buen pagador?

SANCHA.

Sí. (*Vanse.*)

Salon de palacio.

ESCENA XV.

EL REY. DON PEDRO. DON ALFONSO. ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

Vengais con bien, gran prior.

DON ALFONSO.

¡Señor! ¿Vuestra magestad
me recibe? ¡Gran favor!
aunque se debe á mi edad,
y con mi edad á mi amor.

REY.

A los servicios lo debo
tambien, y si es tan debído
favor, justa causa llevo,
y ansí los brazos os pido
para pagaros de nuevo.
¿Cómo llegó mi señora
la reina?

DON ALFONSO.

Con mucho gusto
de Castilla que la adora,
aunque lleva con disgusto,
señor, vuestra ausencia agora.
Mil regalos os envia,
y quisiera mil abrazos.

REY.

¡Ay madre del alma mia!

DON PEDRO.

Tambien esperan mis brazos,
prior, su nueva alegria.

DON ALFONSO.

Señor, deme vuestra alteza
sus manos.

DON PEDRO.

El rey nos mira.
Basta ya.

DON ALFONSO.

De su grandeza
la fama misma se admira
por su valor y nobleza.

REY.

¿No se dice allá en Castilla
el gobierno y la prudencia
de mi tio?

DON ALFONSO.

Es maravilla
del mundo, que en su presencia
no se permite decilla.

DON PEDRO.

Hasta agora, gran señor,
no se ha podido mostrar
sino la paz y el favor:
agora comienza á usar
vuestra magestad valor;
que en la guerra que publica
contra el África, sospecho,
si envia á quien le suplica,
que ha de mostrarle mi pecho
una voluntad muy rica.

REY.

No quiero yo que vais vos,
señor infante, á la guerra,
no yendo juntos los dos.

DON PEDRO.

Si por ángel de la tierra
y del mar os puso Dios,
(que el ángel que vió San Juan
en mar y tierra, mostraba
que el buen rey y capitan
en tierra y en mar estaba
diestro, animoso y galan)
bien podeis cuando tengais
edad, salir en persona;
pero agora no salgais;
que vuestra edad os perdona

por el valor que mostrais.

REY.

Ya veremos en consejo
lo que mas conviene. A Dios:
bien acompañado os dejo.
Dichoso el rey que en los dos
tiene su amigo y espejo.
(*Vase con el acompañamiento.*)

ESCENA XVI.

DON PEDRO. DON ALFONSO.

DON PEDRO.

Divino y raro valor
muestra el rey.

DON ALFONSO.

Con tal maestro,
no puede menos, señor.

DON PEDRO.

Por merecerlo, le muestro
tantos estremos de amor;
pero de alguna tristeza
parece en el rostro noble
la señal y la aspereza.
Decilda; que siento al doble
esa pena.

DON ALFONSO.

Vuestra alteza
me ayude á sentir tambien
mi desconsuelo.

DON PEDRO.

¿Qué ha sido?
¿Quién os ha ofendido?

DON ALFONSO.

¿Quién
sino el cielo? que he perdido,
señor, la mitad del bien.
A don Ramiro envié
á la corte....

DON PEDRO.

Ya está en ella
de suerte, que en él se ve
ser la mas luciente estrella
de Portugal.

DON ALFONSO.

Ya lo sé;
mas doña Sancha, su hermana,
á quien yo dejé en la aldea,
no parece; que inhumana
nuestra fortuna, desea
hacer mi esperanza vana.
En Momblanco estuve ayer,
y no he tenido otro indicio
de cuantos pude tener,
sino decir que es oficio
la mudanza en la muger.

DON PEDRO.

Ese justo sentimiento
no sabré decir, prior,
con cuanto estremo le siento.

DON ALFONSO.

Y yo me espanto, señor,
que no me mate el tormento.

DON PEDRO.

De don Ramiro sabré
si tiene noticia alguna.

DON ALFONSO.

No se lo digais....

DON PEDRO.

¿Por qué?

DON ALFONSO.

Hasta ver si mi fortuna
me ampara y me guarda fe.

ESCENA XVII.

CABELLO. TABACO.—DICHOS.

TABACO.

(*Hablando con Cabello sin ver al infante y al prior.*)

¿Hablas de veras, Cabello?

CABELLO.

¿No te lo dice su cara?

TABACO.

¡Que Sancha es el enanillo!
¡Válgate el diablo por Sancha!
Digo que es la piel del diablo.
¿Mas que la corte enmaraña?

CABELLO.

No lo has de decir á nadie.

TABACO.

No hablaré mas que una urraca.—
Pero el gran prior ¿no es este?
¡O señor de mis entrañas!
vengas con los buenos años;
pon en mi boca esas patas.
Triste estás: ¿qué es lo que tienes?

DON ALFONSO.

No sé, Tabaco: levanta.

TABACO.

Acá está tambien Cabello.
Llega.

CABELLO.

¿Qué haces, diablo? Calla.

DON ALFONSO.

Cabello, ¿qué haces tú aqui?

TABACO.

¿Pues no sabes lo que pasa?
(*Hácele señas Cabello de que calle.*)
No lo diré, si (1) esta vez,

---

(1) Sino, mas que.

á nadie: sabrás que Sancha,
(*Aparte al infante.*)
la pastora de Momblanco,
que á todos nos enredaba,
y tú, señor, querias tanto,
ya no es Sancha, sino Vargas.

DON PEDRO.

¿Qué dices?

TABACO.

Lo que este dice.

CABELLO.

¡Qué bien el secreto guardas!

DON PEDRO, *aparte.*

Tiene razon. El enano
es Sancha: desde que en casa
entró, me ha tenido en duda
y sospechoso su cara.
Bien dije yo que otra vez
la habia visto.

TABACO.

¡Hay tal muchacha!

DON ALFONSO.

¿Pues qué es aqueso, señor?

DON PEDRO.

Que ya ha parecido Sancha
por el modo mas notable
que en este siglo oyó España.

DON ALFONSO.

¿De qué modo?

DON PEDRO.

Está en palacio,
y con la mejor maraña
que vió el mundo, sirve al rey,
en enano disfrazada.

DON ALFONSO.

¿Cómo es aquesto, Cabello?

CABELLO.

(*Aparte.* Agora colgarme manda.)
Lléveme el diablo, si tengo
mas culpa yo que una albarda.
Murió un enano en Momblanco,
vistióme de aquesta traza,

y con las enanas ropas,
sin saber dó me llevaba,
me trujo aquí á Santaren.

DON ALFONSO.

Desde hoy se alegran mis canas.
¡Estraordinario suceso!
Vayan á llamarla.

DON PEDRO.

Vayan.

ESCENA XVIII.

EL REY. DON DUARTE.—DON PEDRO. DON ALFONSO. TABACO. CABELLO.

REY.

¿Qué alboroto es este, infante?

DON PEDRO.

Si un rato, señor, aguardas,
verás de un agudo ingenio
marañas estraordinarias.

ESCENA XIX.

SANCHA, *de dama.*—DICHOS.

SANCHA.

¿El gran prior ha venido?
¡Señor mio!

REY.

¡Vargas!

DON ALFONSO.

¡Sancha!

REY.

¿De muger?

SANCHA.

Si muger soy,
rey y señor, ¿qué te espantas?

DON ALFONSO.

¿Qué atrevimiento ha sido este?

SANCHA.

De amor, que como tiene alas,
las toma para emprender
los imposibles que alcanza.
Robóme el alma Ramiro
desde mi primera infancia,
vínose aquí, y yo tras él
vengo en busca de mi alma.
Con tu licencia, es mi esposo.

DON ALFONSO.

¿Qué dices?

SANCHA.

Agora acaba
de consumarse, señor,
matrimonio y esperanza.

DON ALFONSO.

¿Qué dices, loca? ¿No ves
que eres de Ramiro hermana?

DON PEDRO.

¡Jesus mil veces!

SANCHA.

¡Ay cielos!
Engañóme la ignorancia.
Mano me ha dado de esposo,
y poniendo su palabra
por obra, al fin me gozó.

TABACO.

Pues *averígüelo Vargas.*

DON PEDRO.

Llamad á Ramiro aquí.

SANCHA.

Encerrado está en la cuadra,
que ha sido de aqueste incesto
tercera muda.

DON DUARTE.

¡Desgracia
notable!

SANCHA.

Aqueste es que sale.

ESCENA XX.

DON DIONÍS.—LOS MISMOS.

SANCHA.

¡Don Dionís!

DON DIONÍS.

Infanta amada....

SANCHA.

¿Luego no eres don Ramiro?

DON DIONÍS.

¿Luego no eres tú la infanta,
que gozando por esposa,
aseguró mi esperanza?

DON PEDRO.

¿Cómo es eso, don Dionís?

DON DIONÍS.

Pudiera ser, ya no es nada.

SANCHA.

Señor, lo que pasa es
que Ramiro sirve y ama
á la infanta, mi señora:
supe que habian dado traza
de desposarse esta noche,
y yo que celosa estaba,
creyendo ser don Ramiro
don Dionís, dentro la cuadra
de la infanta, como esposo,
le dí posesion del alma.

DON PEDRO.

Del mal lo menos.

DON DIONÍS.

¿Quién es
muger que á todos engaña?

SANCHA.

Yo soy Sancha, una pastora.

DON DIONÍS.

¡Ay cielos! muger tan baja
¿ha de ser mi esposa?

DON PEDRO.

Paso,
don Dionís, que es doña Sancha,
hija del rey don Duarte,
y del rey Alfonso hermana.

DON DIONÍS.

¡Válgame el cielo!

SANCHA.

¿Qué dices?

DON PEDRO.

La verdad.

DON ALFONSO.

Y confirmada
por mí, señor, que á Ramiro
y á doña Sancha, la infanta,
he criado en trage humilde,
por mandado del rey.

REY.

Basta.
Dadme, hermana, aquesos brazos.

CABELLO.

Válgate el diablo por Vargas.

DON DIONÍS.

Perdonad, infanta hermosa.

SANCHA.

Ya doy por bien empleada
la burla que me hice á mí,
pues sois dueño de mi alma.

ESCENA XXI.

RAMIRO.—DICHOS.

RAMIRO.

Vos seais muy bien venido.

DON ALFONSO.

Don Ramiro....

RAMIRO.

Doy mil gracias
al cielo, que ven mis ojos

mi contento en esas canas.
(*Al rey.*)
Gran señor, si amor disculpa,
si me anima tu privanza,
y si merece el amor
con que al cielo me levantas,
perdon de un yerro amoroso,
sabrás que soy de la infanta
tu prima, del infante hija,
tu tio....

REY.

¿Qué eres? Acaba.

RAMIRO.

Esposo. Dame la muerte.

REY.

Los brazos te doy. Levanta.

DON DIONÍS.

¿Los brazos?

REY.

De hermano.

RAMIRO.

¿Cómo?

DON PEDRO.

Y mi sobrino.

RAMIRO.

¿Qué aguarda
mi dicha?

DON PEDRO.

Llamad aquí
á doña Felipa.

ESCENA XXII.

DOÑA FELIPA.—EL REY. DON PEDRO. DON ALFONSO. RAMIRO. SANCHA. DON DIONÍS. DON DUARTE. TABACO. CABELLO.

DOÑA FELIPA.

Es tanta
mi vergüenza, gran señor....

DON PEDRO.

Ya vuestra vergüenza tarda.
Don Ramiro es vuestro esposo,
y don Dionís de la infanta
doña Sancha.

SANCHA.

Tus pies beso.

DON DUARTE.

Si hoy es dia de hacer gracias,
á doña Ines te suplico
que me des.

DOÑA FELIPA.

Ines, mi dama,
será, conde, vuestra esposa.

REY.

Y yo prometo dotalla.

DON DUARTE.

Vivas infinitos años.

TABACO.

Pues que nadie á mí me casa,
Cabello, casaos conmigo.

DON PEDRO.

No mas enanos en casa.
Dad á Felipa, Ramiro,
la mano en prendas del alma.

RAMIRO.

Si al buen pagador, señor,
no le duelen prendas, bastan
aquestas para obligarme
á darlas con justa paga,
como en la *parte segunda* (1)
prometo, si esta os agrada.

---

(1) Ignoramos si la escribió Tellez: la mayor parte de sus comedias quedó sin publicar.

EXAMEN

DE

AVERÍGUELO VARGAS.

Los defectos de esta comedia son los mismos que el lector advertiria en *Ventura te dé Dios, hijo* y en otras de nuestra coleccion; pero á no gozar de tanta celebridad el drama, y á no recordar que se representaba en Madrid con aplauso pocos años hace todavia, quizá no lo hubiéramos reimpreso, por la suma indecencia del desenlace y de algunas espresiones. Tellez, habilísimo para sacar partido de los contrastes, conoció cuan singular y agradable espectáculo ofreceria en las tablas una niña, pequeña en edad y en cuerpo, que se presentase animada de la travesura y aun del frenesí que puede inspirar y producir una fuerte pasion amorosa; y ciertamente que en el teatro de tal modo triunfa Sancha de los espectadores, que sus desenfados y sus desvergüenzas parecen gracias, y no sabemos si decir que hasta sus culpas toman el caracter de ligerezas infantiles. Hay en esta comedia una invencion que, desenvuelta mas estensamente, hubiera podido formar un cuadro completo de interés vivísimo, cual es la de fingirse Sancha hermana de Ramiro, y saber que lo es realmente cuando cree que le ha entregado su honor: ¡terrible momento en el cual queda bien castigada de sus travesuras! Tal vez únicamente en virtud de este castigo soportaban el final de la comedia los espectadores de otros tiempos: ahora nada podria disimularlo. Porque en desenlace tan infeliz no es sola la culpable una niña mimada, criada en el desahogo de un pueblo, acostumbrada á hacer siempre su gusto, é incapaz de conocer las consecuencias de su estravio; lo es tambien una infanta portuguesa, que no se muestra al principio tan ardientemente enamorada como otras damas de Tellez, y atropella despues, solamente por un antojo, todos los respetos debidos á su gerarquia, pues no se ve en un conflicto tan fuerte que su liviandad venga á ser disculpable de alguna manera. Pero en medio

de estos defectos gravísimos, tiene la comedia de *Averíguelo Vargas* mérito grande, así en el plan de la fábula como en los caracteres y en la elocucion, mucho menos conceptuosa que la de *Amar por razon de estado*, y por lo mismo mas propia y dramática. El enredo camina natural y derechamente, sin mas embarazo que la coronacion del rey niño; y para eso es tan magnífica la escena á que da lugar este episodio, que perdonamos con gusto el que no esté enlazado con la accion principal mas hábilmente. El disfraz de Sancha, supuesta siempre la pequeñez de la estatura para pasar por enano, es mucho mas verosimil que casi todos los disfraces que Tellez dispone en otras comedias, porque al presentarse el fingido Vargas en Santaren, solo le desconocen personas que no le habian visto sino pocos instantes y en trage diverso. Apocados y necios suelen ser por lo comun los galanes que Tellez pinta; con hipérboles afectados suelen por lo comun espresar su amor los amantes de Tellez; Ramiro galantea con cierta resolucion, hija de su noble sangre, y casi siempre con la sencillez de la verdadera ternura. En él habla menos el ingenio que el corazon. Tambien en boca de la infanta emplea el amor su lenguage, y si dejamos á un lado á Sancha, figura exagerada y escepcional, apenas hay comedia en todo el teatro de Tellez en que los afectos esten pintados con mayor naturalidad. El rey, con ser un niño y dejarse ver poco en la escena, parece mas monarca que don Fernando I de Nápoles y el hijo de Sancho el Bravo. Don Duarte es un cortesano sagaz que se distingue mucho entre la turba de segundos galanes de nuestro teatro antiguo, verdaderas figuras de alquiler las mas de las veces.

ACTO PRIMERO.

Pasando la accion de la comedia en el año de 1441, el título de *Averíguelo Vargas* no puede recaer sobre el célebre consejero contemporáneo de Carlos V. Tellez, suponiendo que esta locucion se hallaba en uso un siglo antes, se sirvió de ella para dar á su obra un nombre que escitase la curiosidad. No se le puede disculpar igualmente de haber introducido aqui un *Tabaco*, hombre de *humos* y *humor*, con anterioridad al descubrimiento de América.

DESDE TOLEDO Á MADRID,

COMEDIA.

PERSONAS.

DON BALTASAR.	CARREÑO. } criados.
DOÑA MAYOR.	CASILDA. } criados.
DON ALONSO, *viejo.*	PACHECO. } criados.
DON LUIS.	GARCIA. } criados.
DOÑA ELENA.	MEDRANO, *cochero.*
DON FELIPE.	*Carreteros.*
DON DIEGO.	

La escena es en Toledo, y por el camino desde esta ciudad á Madrid.

ACTO PRIMERO.

Toledo.—Alcoba de doña Mayor en casa de don Alonso. Una luz en un bufetillo. Puerta en el fondo por la cual se ve una escalera.

ESCENA I.

DON BALTASAR, *en trage bizarro de camino, baja por la escalera envainando la espada.*

DON BALTASAR.

Milagro fue no matarme,
cuando el tejado salté.
La casa ignoro en que entré.
¿Si en ella podré librarme
de la justicia? Escalera

es esta, luz hay aquí.—
Si le maté, defendí
mi vida.—La vez primera
que llego, Toledo, á verte,
¿de este modo me recibes?
¿Á estrangeros apercibes
agrados, y á mí la muerte?
Rüido en la calle siento;
diligencias por mí hará
la justicia; abierto está
y con luz este aposento;
entraré á favorecerme
en él de quien le habitare.

(*Viénese á la alcoba.*)

Su piedad mi vida ampare;
que bien puedo prometerme
de la autoridad y traza
de esta noble habitacion
que sus señores lo son:
el riesgo que me amenaza
asegura la nobleza
que en tales casas se cria.

(*Cierra de golpe la puerta de la alcoba.*)

Sin advertir lo que hacia,
cerré la puerta. La pieza
está tan bien adornada,
que califica á su dueño.—
¡Señores! ¿No hay nadie?—Al sueño
el que habita esta posada
pagará el comun tributo.
Una cama de tabí
está descompuesta aquí:
socorro pido sin fruto.
Poco há que sola quedó,
porque entre su ropa advierto
que á semejanza del muerto
que el alma desamparó,
conserva el calor vital
en muestras de lo que fue.
¡Válgame el cielo! ¿Qué haré?
¿Vióse confusion igual?
Hallándome aquí encerrado,

doy sospecha á una bajeza,
indigna de la nobleza
que mi sangre ha profesado.
¿No es mejor salir y dar
cuenta al dueño de esta casa
del infortunio que pasa
por mí, y humilde obligar
su generoso favor?
¿Quién lo duda? ¡Ay Dios! la puerta
(*Procura abrirla y no puede.*)
que halló mi temor abierta,
la cerró el mismo temor.
¿Qué es esto, enemiga estrella?
De golpe es, y sin la llave,
solo amor y el hurto sabe
averiguarse con ella.
Si arranco la cerradura
con la daga, soy perdido,
pues los golpes y el rüido,
que al dueño avisar procura,
ha de aumentar la sospecha
de quien puertas descerraja:
por todas partes me ataja
la fortuna, satisfecha
de ordinario en perseguirme.
¡Válgame Dios! ¡qué de cosas
se eslabonan prodigiosas,
de que no puedo evadirme!
¿Hay sucesos mas atroces?
Si el huésped viene y me ve
aquí, ¿cómo prevendré
¡cielos! las primeras voces
que han de alborotar la casa
y calle, que me persigue,
antes que cortés le obligue
á escucharme lo que pasa?
Una ventana hay aquí;
echarme de ella es mejor.
(*Asómase.*)
Su altura me causa horror.
¡Cielos! ¿dónde me metí?
Muger parece que mora

esta cuadra; estrado es este,
porque mas riesgos me apreste
mi estrella perseguidora;
pues claro está que al instante
que me vea, hará mayor
mi presencia su temor,
y que no ha de ser bastante
mi humildad á asegurarla.
Sí, muger es principal;
que tanto adorno y caudal
basta, ausente, á autorizarla.
Sillas bajas, contadores,
bufetillos de marfil
y ébano, ajuar femenil,
arquillas, aguas de olores
en pomos, (si ya no son
Jordanes, cuyas virtudes
efímeras juventudes
venden á la ostentacion)
publican quien es el dueño.
Sobre este bufete estan
ropa y basquiña, que dan
muestra de no ser pequeño
el valor de quien las viste.
Apenas el oro en ellas
permite lugar de vellas:
á venir yo menos triste,
en la beldad contemplara
de quien son curiosa esfera.
Encima la cabecera,
(¡qué poco el temor repara!)
hay medias y zapatillas,
en cuyo ambar y rosetas
pudieran gastar poetas
dos resmas de redondillas.
¡Qué pequeña el alma es
que se organiza en su estrecho!
Traiga este melindre al pecho
quien le calza, y no en los pies.
Las ligas, aunque dobladas,
muestran la curiosidad
de su limpia ociosidad,

guarnecidas y encarnadas.
Almohadilla y bastidor
estan sobre aquel estrado;
no es tan ocioso el cuidado
de quien hace esta labor.
De cera es esta bujía,
y de plata el candelero:
al paso que considero
la autoridad, policía
y adorno que viendo estoy,
crece en mí con el respeto
el recelo: á estraño aprieto
forzosos motivos doy.
¿No será bueno matar
la vela, por si entra á escuras,
y sin verme, mis venturas
me pueden fuera sacar?
Sí; que detras de la puerta,
en acabando de abrir,
seguro podré salir.
Pero no; que la luz muerta,
los indicios acreciento
de mi sospechosa entrada.
Si de gente acompañada
vuelve, y en este aposento
me ven, ¿quién podrá obligarlos
á que mis desgracias crean?
¡Qué de males me rodean!
¡qué mal que puedo escusarlos!
(*Paséase.*)
Mucho tarda: ¿qué he de hacer?
Rendiré á sus pies mi espada;
pero estando ensangrentada,
mas la obligaré á temer,
que á lastimarse de mí.
Persuadiréla cortés,
arrojándome á sus pies;
podrá ser la obligue ansí.
Y cuando no, y voces diere,
padre ó tio acudirá,
que piadoso escuchará
lo que humilde le dijere;

lastimaráse de un caso
tan digno de su favor,
hará alarde su valor,
dando á mis desdichas paso,
desmentirá mi presencia
sospechas ocasionadas;
de mocedades pasadas
su vejez tendrá esperiencia;
diréle cuyo hijo soy....
Si en Córdoba acaso estuvo,
ó noticia alguna tuvo
de mis padres, libre estoy.
Algo aliente mi sosiego
con esto. ¡Qué de ello tarda!
¡lo que padece el que aguarda!
Cada vez que á tocar llego
la cerradura, imagino
que tengo de hallarla abierta.
¡Que cerrase yo la puerta!
Nunca es cuerdo el desatino.
Cansado de pasearme
estoy; quiérome asentar.

(Se sienta en una silla á la cabecera de la cama.)

Anoche con caminar,
agora con desvelarme,
en el sosiego primero
convido al sueño y reposo;
mas no duerme el cuidadoso
que espera lo que yo espero.
¡Válgame Dios! ¿si murió
el ignorante atrevido,
que ciego é inadvertido,
por otro me acometió?
«Confesion,» dijo. ¡Oh enfadoso
sueño, que á quien le tributa,
si como pobre ejecuta,
cobra como poderoso!
Por lo menos dormitar
se me puede permitir;
que al rüido del abrir,
fácil será despertar.

(Duérmese, y pocos momentos despues abren la puerta.)

ESCENA II.

CASILDA, *con candelero de plata y vela de cera, alumbrando á* DOÑA MAYOR, *en enaguas, con un rebociño, y con la llave colgada de un cordon á la cintura.*—DON BALTASAR, *dormido.*

DOÑA MAYOR.

Jurara, Casilda, yo
que me dejé abierto aquí.

CASILDA.

Si cerró el viento tras tí,
tu descuido reprendió.

DOÑA MAYOR.

Esta vez pensé quedar
sin padre.

CASILDA.

Cuando muriera,
nunca otro mál nos viniera.

DOÑA MAYOR.

¿Estás loca?

CASILDA.

Es un pesar
el de herencias, segun siento,
que aunque cubierto de luto,
llora risas por el fruto
que espera, como el sarmiento.
No son mortales los daños
que la hacienda consoló.

DOÑA MAYOR.

Mas quiero á mi padre yo:
Dios me le guarde mil años.
¡Rigurosos accidentes!

CASILDA.

Jurara que se moria.

DOÑA MAYOR.

Ya duerme.

CASILDA.

Tal bateria

hubo de paños calientes.

DOÑA MAYOR.

¡Qué enfermedad tan pesada!

CASILDA.

En los viejos es comun;
que en ellos, sin ser atun,
no come el mal sino hijada.

DOÑA MAYOR.

Vete, Casilda, á acostar,
pues hay luz en mi aposento.
¿Qué hora es?

CASILDA.

Campanas siento,
que deben de despertar
al alba.

DOÑA MAYOR.

¿Tan tarde?

CASILDA.

Agora
madruga la primavera,
de las flores camarera,
y abotónalas, señora.

DOÑA MAYOR.

¿Poetizas?

CASILDA.

¿Qué he de hacer?
Andar al uso es razon:
de críticos y vellon
no nos podemos valer;
probóme tambien la tierra.—
¿Cuándo piensas levantarte?

DOÑA MAYOR.

A las diez.

CASILDA.

Vendré á llamarte
y á vestirte.

DOÑA MAYOR.

Vete y cierra.

(*Vase Casilda con la luz que trajo, y cierra.*)

ESCENA III.

—

DOÑA MAYOR. DON BALTASAR, *dormido.*

DOÑA MAYOR.

Durmiera yo con sosiego,
de desvelos jubilada,
á estar desembarazada
el alma, que al gusto entregé
de mi padre, mas que al mio.
A casarme á Madrid voy,
y enamorada no estoy;
voluntad, ¿no es desvario?
Direis que sí, y con razon;
que tiene (ó será ignorancia)
amor la primera instancia,
y esotro la apelacion.
(*Quítase el rebociño.*)
Dormir sobre ello es forzoso.
Ni le quiero mal ni bien;
no resistiendo el desden,
bien me suena esto de esposo.
Componer mi cama quiero.
(*Toma la vela, va á la cama y ve á don Baltasar.*)
¡Ay cielos! ¿quién está aqui?
Muerta soy. ¡Triste de mí!
(*Cae desmayada con el candelero en la mano: apágase la luz, y al ruido de la caida, despierta don Baltasar.*)

DON BALTASAR.

(*Hablando al pronto como quien sueña.*)
No hay prision donde hay acero:
ofendíle acometido.—
Aun no debo estar despierto.
Ó se ha gastado ó se ha muerto
la luz. ¡Qué de ello he dormido!
¡Ay cielos! ¿quién esta aqui?
Un bulto siento á mis pies.
¡Jesus mil veces! ¿Quién es?
¿Si el hombre á quien muerte dí,

viene por disposicion
del cielo á enfrenar mi vida?
Sin culpa fui su homicida;
él se buscó la ocasion:
esfuerzo, animad el pecho,
y averiguad desventuras.
¡Cerrado, solo y á oscuras
en tan no esperado estrecho!
(*Tienta los cabellos y ropa de la dama.*)
¡Válgame Dios! si el sentido
del tacto vengo á creer,
esta que toco es muger:
los cabellos y el vestido
aumentan mi confusion.
¡O siempre engañoso sueño!
¿Si es el esperado dueño
de esta noble habitacion?
Sin duda debió de entrar,
y el asombro repentino
de verme aqui cuando vino,
la debió de desmayar.
(*Tiéntale el pulso y la frente.*)
No pulsa el vital calor,
su frente parece hielo.
¿Si es muerta? ¿Hay mas males, cielo,
todo, esta noche, rigor?
Abierta se dejaria
la puerta, si descuidada
la espanté desde la entrada.
(*Alza la vela del suelo.*)
¿Qué es esto? ¿otra luz traia?
Huyendo quiero escusar
la muerte que espero cierta:
á tiento busco la puerta;
pero mal la podré hallar,
si impidiendo mi salida
la fortuna, la cerró:
¡mi verdugo he sido yo!
Con una muger sin vida,
y aqui encerrado, quien venga
¿qué satisfaccion oirá,
ó qué escusa obligará

á que compasion me tenga?
Podrá ser que viva esté.

(*Pónele á tiento la mano sobre el corazon, ásela de los brazos, y procura volverla en sí.*)

Saltos le da el corazon,
que del mio alientos son.
¿Cómo en sí la volveré?
Señora, señora mia,
alentaos, volved en vos,
no temais.

DOÑA MAYOR.

¡Madre de Dios!

DON BALTASAR.

Ya torna.

DOÑA MAYOR.

¡Virgen Maria!

DON BALTASAR.

Viviendo, restitüís
otra vida, que aunque ignora
quien sois....

DOÑA MAYOR.

(*Levántase asustada, teniéndola don Baltasar de los brazos.*)

¿Qué es esto? ¡A tal hora
y en tal parte, don Lüis!
¿El tiempo cohechais al sueño,
y para que mas me ofenda,
hurtais vuestra misma hacienda,
que hoy creyó llamaros dueño?
¿Tanto hay desde aquí á dos dias,
que acortais al vicio plazos?
Soltad, descortés, los brazos
que aborrecen groserias;
no intenteis, amante falso,
hazañas que desdorais,
mientras liviano trocais
el tálamo en cadahalso;
que es bárbaro proceder
el que mancha vuestra fama,
aun para una comun dama,
cuanto y mas vuestra muger.
Pues si la ocasion buscastes

en que mi padre estuviese
enfermo, y la noche os diese
el tiempo que malograstes,
vuestro grosero interes
ha despertado mi olvido;
que no será buen marido
quien fue amante descortés.
Mal voluntad grangeais
que de vos haciendo caso....

DON BALTASAR.

Paso, mi señora, paso;
que no soy el que juzgais.
No deis voces, sosegaos,
lastimaos de mí, por Dios.

DOÑA MAYOR.

¡Cómo! ¿No sois don Luis vos?

DON BALTASAR.

No, señora; reportaos.

DOÑA MAYOR.

¡Ay cielos!

DON BALTASAR.

Un caballero,
de su estrella aborrecido,
y esta noche perseguido
de desgracias, forastero,
(y tanto que ayer llegué
á esta ciudad) acosado
de la justicia, al sagrado
de esta casa, donde entré,
peligros atropellando,
pide en su naufragio puerto.
Dejé á un ignorante muerto;
sentí venirme alcanzando
quien solo pone temor
con el nombre y la presencia;
no sabe hacer resistencia
con la justicia el valor;
escusé con retirarme
ímpetus de la crueldad:
la noche y comodidad
de estas calles á ampararme
se ofrecieron. Entré en una

estrecha, (las mas lo son)
metióme mi confusion,
guiada de mi fortuna,
por una casa pequeña;
á su tejado subí;
salté al de esta desde allí:
el temor todo lo enseña.
Él me guió á que bajase
por la escalera presente;
ví luego esta cuadra enfrente;
entré, y sin que consultase
al discurso, la cerré,
haciendo imposible ansí
mi salida; requerí
puerta y ventana; esperé,
y de discursos cansado,
de temores combatido,
de puro velar, dormido,
y durmiendo, desvelado,
dí la ocasion lastimosa
que á declararos me atrevo;
aunque si con ella os muevo
á compasion, ya es dichosa.

DOÑA MAYOR.

No sé si compadecerme
de vos, ó si me engañais;
que los que de noche entrais
donde sin recelos duerme
el recato, ya traviesos,
ya indignos usurpadores
de las haciendas y honores,
soleis disculpar escesos
con desgracias que fingís,
y lástimas que inventais;
puesto que ocasion me dais,
conforme vos la decís,
de que á la parte mejor
atribuya este accidente;
que á no estar vos inocente
de culpas, contra el valor
que esas palabras arguyen,
siempre los atrevimientos

se acompañan de instrumentos
que las llaves sostituyen.
Lámpara hay en la escalera:
esperadme aquí, y traeré
una luz.

DON BALTASAR.

Dichosa fue
mi desdicha; ya quisiera
ver dueño de discrecion
tan digna de celebrar.
La vela debeis buscar.

DOÑA MAYOR.

Matóla mi turbacion.
(*Busca la vela, y dásela él.*)

DON BALTASAR.

Y yo en el suelo la hallé,
examinando asustado
peligros de mi cuidado.

DOÑA MAYOR.

Dádmela y la encenderé.

DON BALTASAR.

Veisla aquí: tomad.

DOÑA MAYOR.

¿Qué es de ella?

DON BALTASAR.

Esta es.

DOÑA MAYOR.

Esperadme aquí.
(*Abre la puerta y vase.*)

DON BALTASAR.

Manteca de azâr senti
al tocarla: si es tan bella
como blanda, suerte mia,
será, afrentando el metal,
candelero de cristal
el trono de la bujía.
(*Vuelve doña Mayor con luz.*)
¡Qué divina perfeccion!—
Poco á poco resplandece
la mañana que enriquece
flores que su afeite son;
pero tanta agregacion

junta, al mismo sol cegara:
luz los ojos, luz la cara,
luz en las manos tambien.
Pródiga de luces, ten;
que mas te quisiera avara.
Si tantos rayos produces,
¿qué hará, cuando á veros llega,
la voluntad que se anega
entre piélagos de luces?
Si á los ojos las reduces,
ellos sobran; da lugar
á que te puedan mirar
los que deslumbrar procuras;
que mejor me estaba á oscuras,
si por verte he de cegar.

DOÑA MAYOR.

¡Bien al huesped aplaudís
que agora necesitais!
¡bien la opinion restaurais
que cortés restituís!
Aunque lisonjas fingís,
obligada las aceto,
no poco ufana, os prometo,
que os haya en algo servido,
por el talle, bien nacido,
por las palabras, discreto.
¿De dónde sois?

DON BALTASAR.

Cordobés.

DOÑA MAYOR.

¿Dónde asistís?

DON BALTASAR.

En Madrid.

DOÑA MAYOR.

¿Y á qué venís acá?

DON BALTASAR.

Oid.

DOÑA MAYOR.

Dejaldo para despues;
que amanece ya.

DON BALTASAR.

Interes

será tener ocasion
de volveros á ver.

DOÑA MAYOR.

Son
mis males mas presurosos.

DON BALTASAR.

¿Cómo?

DOÑA MAYOR.

Rigores forzosos
violentan mi inclinacion.
Cásanme, y llévanme fuera
de Toledo.

DON BALTASAR.

¿Cuándo? (*Aparte.* ¡Ay cielos!)

DOÑA MAYOR.

Esta tarde.

DON BALTASAR, *aparte.*

Entrad por celos,
amor, para que yo muera.

DOÑA MAYOR.

Madrid mañana me espera
para cautivarme.

DON BALTASAR.

Ya
Madrid madrastra será.
¿Y espéraos el venturoso,
mi enemigo y vuestro esposo,
allí?

DOÑA MAYOR.

No.

DON BALTASAR.

¿Luego aquí está?

DOÑA MAYOR.

Por mí vino. ¿Pasais vos
adelante?

DON BALTASAR.

Pasaré....
de amor á celos, en fé
de que me matais los dos.
¿Qué es esto, tirano Dios?

DOÑA MAYOR.

¡Qué adelante pasais!

DON BALTASAR.

Mas
de lo que pensé jamas;
que amor que celoso adora,
pasa adelante, señora,
en vez de volver atrás.
Mas cuando no á acompañaros,
mal dejará de seguiros
quien adelanta suspiros
que vuelan á aposentaros.

DAÑA MAYOR.

Ni quiero crédito daros,
ni admitir empeños puedo;
que puesto caso que quedo
entretenida en oirlos,
no podré restituirlos
en saliendo de Toledo.
Yo he de casarme en llegando;
¿de qué sirve edificar
torres que se han de quedar
en los cimientos? Buscando
con los pensamientos ando
como sacaros de aquí,
sin que corra en vos y en mí
riesgo el crédito y honor,
y entre todos el menor
es peligroso.

DON BALTASAR.

¡Ay de mí!
¡Que os pierdo al tiempo que os gano!

DOÑA MAYOR.

Mas fuerza es daros remedio.
La cuadra, pared enmedio,
es de don Pedro mi hermano;
solo fia de mi mano
la llave, cuando se ausenta;
estálo agora: si intenta
vuestra cordura no dar
en casa que sospechar,
(que temo que alguno os sienta)
que os encerreis me parece
en ella, mientras que pasa

la noche, y se abren en casa
las puertas, pues ya amanece.
Este medio se me ofrece;
pues tiene luego de entrar
tanto deudo á despedirse,
que abriéndoos, sin advertirse,
tendreis de salir lugar.
¿Qué os parece?

DON BALTASAR.

Que os partís,
que os casais, que muerto quedo;
que ¡nunca yo de Toledo
fuera huésped!

DOÑA MAYOR.

Bien fingís.
Seguidme.

DON BALTASAR.

¿Qué don Lüis
es este que me atormenta?

DOÑA MAYOR.

Juventud, nobleza y renta
califican su valor;
mas donde falta el amor,
de lo demas no hagais cuenta.

DON BALTASAR.

¡Sin amor, y os cautivais!

DOÑA MAYOR.

Quiérelo mi padre así.
¿Qué he de hacer? Ya consentí.
Pero vos ¿cómo os llamais?

DON BALTASAR.

¿Para qué lo preguntais?
Don Baltasar fuí primero;
ya que os amo y desespero,
esfera de celos soy:
llamadme *celos* desde hoy,
que es el nombre que mas quiero.

DOÑA MAYOR.

¿Dónde posais?

DON BALTASAR.

Posé ayer
con don Felipe Chacon,

y hoy posaba mi ambicion
en vos misma: ¿qué he de hacer,
si ya en ageno poder
lloro mi esperanza vana?

DOÑA MAYOR.

Seguidme.

DON BALTASAR.

¿Que, en fin, mañana
os casais?

DOÑA MAYOR.

Don Baltasar,
creed que me he casar,
por vos, muy de mala gana. (*Vanse.*)

Calle frente á la casa de don Félipe.

ESCENA IV.

DON DIEGO *y* CARREÑO, *de camino.*

DON DIEGO.

¿Que en Madrid no me habeis visto?

CARREÑO.

Ni en Madrid, ni en otro cabo.

DON DIEGO.

Ciego estais.

CARREÑO.

¿No es caso bravo?
No os conozco, vive Cristo.

DON DIEGO.

Vuestro nombre ¿no es Carreño?

CARREÑO.

Ese apellido me dió
el padre que me engendró.

DON DIEGO.

Pues yendo con vuestro dueño
de dia y noche á mi casa,
tan domésticos en ella

los dos, que forma querella
de lo que en su ofensa pasa;
habiendo don Baltasar
sido casi su señor,
pues que le tuvo su amor
en puntos de desposar,
¿sois vos tan desconocido
como él?

CARREÑO.

Bizarro mancebo,
confieso lo que la debo
á esa dama; mas no he sido
tan dichoso que alcanzase
á conoceros allí:
ved lo que quereis de mí,
y por ignorancia pase
la inadvertencia; que basta
la noticia que me dais
de esa casa donde estais
tan ducho. Vengo de casta
olvidadiza; no puedo
desdecir de mi linaje.
Si en Madrid fuisteis su page,
y pretendeis en Toledo
acomodaros, anoche
llegamos estropeados
de asentaderas: cuidados
y celos, en vez de coche,
en dos mulas nos trajeron,
(por mejor decir, batanes)
que á entrambos, de cordobanes, (1)
tafiletes nos volvieron.
No sé lo que aquí estaremos;
pero en mi pobre racion
tendreis el mejor quiñon,
y la cama partiremos
con los demas requisitos
de una lacaya amistad,
en que goceis por mitad

(1) Suplido.

chinches, pulgas y mosquitos.

DON DIEGO.

La oferta, Carreño, estimo,
no obstante que me agraviais
en que no me conozcais.
Yo soy de doña Ana primo.

CARREÑO.

¡Primo suyo vos, señor!
Feliz quien tal prima tiene,
y desde la corte viene
á ser su procurador.
En esto de primos sé
poco, y aunque no mirase
en vos cuando allí os hallase,
desde agora os serviré,
por la primogenitura
que alegais, como acrêdor
del regalo y el favor
que debo á su fermosura.
¡Qué de veces liberal
añadió al real y cuartillo
otro, que aunque era sencillo,
era suyo y era un real!
Aun no he roto las valonas
que me dió de tres en tres:
mi señora doña Ana es,
digna de arrastrar coronas.
¡Mal haya el malo y los celos
que bodas descompadraron,
á mi dueño desterraron,
y en mi renovaron duelos!
porque si ella mi ama fuera,
sarna solo me faltaba.
Mas ya que todo se acaba,
¿á dónde de esta manera
camina vuestra mercé?

DON DIEGO.

Agravios que en honra tocan,
hasta las piedras provocan.
Su esposa mi prima fue
en la opinion de quien via
la frecuencia con que entraba,

y su casa visitaba
de noche como de dia.
Papeles no averiguados
del tiempo en que se escribieron,
bastantes indicios fueron
para despertar cuidados;
mas no para despreciar
tal muger, tal opinion.

CARREÑO.

Tiene estraña condicion,
si empieza don Baltasar.
No dará á torcer su brazo,
si le queman: es temoso;
y todo amante celoso
vé por tela de cedazo.
No hay hacerle averiguar
lo que hay en esto, y que deje
este camino; es herege
cuando da en cabecear.
Pero si dió vuestra prima
en guardar papeles tanto,
que lo sienta no me espanto.
¿Quién guarda lo que no estima?

DON DIEGO.

Antes de puro olvidados,
los juzgaba ya perdidos.

CARREÑO.

Ya sabeis que despedidos
los papeles y criados,
son enemigos de casa,
que unos y otros, por vengar
su enojo, suelen cantar
á cuantos ven, lo que pasa.
Mas si se quieren los dos,
y la verdad le decís,
ya que en su busca venís,
asegurándole vos,
volverá el pájaro al nido.

DON DIEGO.

No es eso lo que pretendo.
Doña Ana teme, y yo entiendo,
que se da por ofendido

don Baltasar porque aquí
tiene dama que divierte
su primero amor de suerte
que la olvida; y siendo ansí,
no le está bien á mi prima
dar satisfaccion en duda
á quien ingrato se muda,
y sus prendas desestima.
Si esto puedo averiguar,
ausencias y desengaños
suelen, restaurando daños,
aborrecer y olvidar;
pero si recelos son
los que de Madrid le sacan,
(que aunque atormentan, se aplacan,
dándoles satisfaccion)
entonces descubriré
quien soy, y á lo que he venido.
Doña Ana esto me ha pedido:
es mi sangre, y no podré
permitir que pierda el seso,
amante cuanto celosa.

CARREÑO.

Sois cuerdo como ella hermosa;
mas lo que yo alcanzo en eso
es que si don Baltasar
estuviera arrepentido
tanto de haber ofendido
á Dios, como de dejar
á doña Ana, ya pudiera
envidiarle un capuchino.
Mil veces de este camino
entendí que se volviera,
porque tirando del freno
á la tal cabalgadura,
y vuelta la fachadura
á Madrid, entre sereno
y nublado, (entre lloroso
y airado, quiero decir)
suspiros vi despedir
de un Durandarte amoroso;
y suspirando yo y todo,

por la falta que me hacia
el cojin que no traia,
hubo suspiros de modo
en toda aquella jornada,
que tambien nos imitaron
las mulas, pues rebuznaron
ausencias de la cebada;
y afirman, sin ser perjuros,
los grafieles del meson (1)
que en mulas, rebuznos son
suspiros cabalgaduros.
Deciale yo: «señor,
pon tus celos en olvido;
vuelve á casa, pan perdido;
celos, espuelas de amor,
aunque pican al amante,
andan, segun un poeta,
como rocin de Gaeta,
mas hácia atrás que adelante.
¿Qué hemos de hacer sin Madrid?
Fuerza es que tu error confieses;
vuelta, vuelta, los franceses.
con corazon á la lid,"
y él picaba, respondiendo:
«no ha de verme la tirana
de sus ojos; ya doña Ana
se ha acabado; yo me entiendo;
la ausencia mis celos sane;"
hasta que en una vereda,
con la grande polvareda,
perdimos á don Beltrane.
Digo que á Madrid perdimos
de vista. Ved segun esto,
si su amor es manifiesto;
y pues que no despedimos
las mulas, cuan poco habrá
que negociar, si le veis,
para que allá nos torneis.

---

(1) *Los mozos*, á quienes Tellez convierte en secretarios del burco.

DON DIEGO.

Y él agora ¿dónde está?

CARREÑO.

Apeámonos los dos
en casa de un caballero
su amigo, que aquí frontero
vive; mas no sé, por Dios,
donde fue anoche á jugar,
que aunque le hemos esperado
con lo cocido y asado,
ni se ha venido á acostar,
ni sé que sea cortesia
hacer que un huésped aguarde,
tan noble, desde ayer tarde,
hasta agora que es de dia.

DON DIEGO.

¿Y no quereis vos con eso
que tenga sospechas yo
de que á mi prima dejó
porque aquí le quita el seso
algun toledano hechizo?

CARREÑO.

Yo por lo menos no sé
que haya hasta aquí quien le dé,
por rondarla, romadizo.
El jugar alivia duelos,
y habráse mi amo picado;
que Galeno ha recetado
las pintas contra los celos.
Mas veisle allí donde viene
con don Felipe Chacon.

DON DIEGO.

En esta averiguacion,
Carreño, asentar conviene
si he de darme á conocer,
y á mi prima restaurarle,
ó si tengo de dejarle.
Fácil os será saber
si tiene dama, ó el juego
esta noche le entretuvo,
y en sabiendo donde estuvo,
volver á avisarme luego.

CARREÑO.
Puntüal procurador
haceis: yo os imitaré;
pero ¿dónde os hallaré?

DON DIEGO.
Hácia la iglesia mayor. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Felipe.

ESCENA V.

DON BALTASAR. DON FELIPE.

DON FELIPE.
Sucesos me habeis contado
imposibles de creer.

DON BALTASAR.
Las siete debian de ser,
cuando en la sala encerrado
que es de su hermano aposento,
oigo abrir una criada
que risueña y despejada,
me dijo: «estareis contento,
caballero, de haber sido
inquieto desvelador
de quien, no sé si de amor,
esta mañana ha dormido
por vos tan poco, que está
dando esmalte á dos ojeras.
Contádome ha sus quimeras,
porque si á casarse va
hoy á Madrid, ¿qué otra cosa
sus vanos desvelos son?
Salid, y de esta ocasion
infeliz, aunque amorosa,
os olvidad, pues perdeis
á un tiempo lo que ganais.—
Vida matando me dais,
respondí: ¿cómo quereis
que ingrato olvide favores

de quien mi dicha es deudora?
Socorrió vuestra señora
mi peligro en los temores
que ya sabreis; ¿podré yo,
si de ellos me he de acordar
mientras viviere, olvidar
á su hermoso dueño? No.—
Id, caballero, con Dios,
replicó, y salid conmigo.
Mas ¿qué me dareis si os digo
que está llorando por vos?—
Respondíla: esta cadena,
aunque incrédulo lo dude.—
La gente de casa acude,
dijo, andad en hora buena,
y haciéndoos encontradizo
en Cabañas ó en Olías,
aliviad melancolías
de quien os juzga su hechizo,
por ser la cosa primera
que os encarga mi señora.—
Ventura es de quien la adora,
dije. Bajé la escalera,
y por divertir la gente
de casa que en el zaguan
estaba, dijo: don Juan,
escríbame brevemente.
Volví en vuestra busca luego,
donde noticia os he dado
de la noche que he pasado,
de mis desdichas, del fuego
que nuevamente me abrasa,
del imposible que adoro,
de un sol de quien me enamoro,
que hoy me ha muerto, y hoy se casa.

DON FELIPE.

Notable aventura ha sido.
Doña Mayor de Toledo
será la dama, si puedo
sacar de lo que os he oido
la verdad por conjeturas.
Don Lüis de Salazar

con ella se ha de casar,
porque hechas las escrituras
desde Madrid, supe yo
que en Toledo le esperaban.
Sus partes y hacienda alaban;
pero su ventura no,
supuesto que ha de ser dueño
de quien no le quiere bien.
Pero séos decir tambien
que no es el favor pequeño,
que su prima doña Elena
me hace, y vive en su casa.

DON BALTASAR.

¡Ay don Felipe! ¿esto pasa?
Irremediable es mi pena.

ESCENA VI.

CARREÑO.—DON BALTASAR. DON FELIPE.

CARREÑO.

¡Esperalde por ahí
con la cena y con la cama!

DON BALTASAR.

¡Carreño!

CARREÑO.

Una casi dama
preguntando está por tí.

DON BALTASAR.

¿Qué dices? ¡Ay huésped mio!
¿Si me busca la criada
de mi medio mal casada?

DON FELIPE.

Podrá ser.

CARREÑO.

De desafio
trae el manto ó la visera,
que solo enseña medio ojo.
No eres negociante flojo.
¿Tan presto hay estafetera?

¿Ayer venido, hoy buscado?
No se lo arriendo á tu sueño.

DON BALTASAR.

Di que entre, y calla, Carreño.

CARREÑO.

Entre, y callo: oye el recado.

ESCENA VII.

CASILDA, *tapada.*—DICHOS.

CASILDA.

La persona que sabeis,
que os buscase me mandó,
y este para vos me dió.
(*Dale un papel.*)
De respuesta servireis
vos mesmo, si agradecido,
no olvidais obligaciones
primeras: y ahorrad renglones,
y cumplid lo prometido.
(*Quiérese ir y detiénela don Baltasar.*)

DON BALTASAR.

¿Ansí os vais? ¿Qué prisa es esta?

CASILDA.

Dala el desposado.

DON BALTASAR.

Oid.

CASILDA.

Desde Toledo á Madrid
podreis ser vos la respuesta. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON BALTASAR. DON FELIPE. CARREÑO.

CARREÑO.

Rey de armas es la muger;

retos sus palabras son;
mas dama con cedulon
vive Dios que es de alquiler.

DON BALTASAR.

¿Hay dicha mas infelice?
¿hallazgo mas perdidoso?

DON FELIPE.

El caso está bien dudoso;
mas sepamos lo que os dice.

DON BALTASAR, *leyendo.*

Esta mañana han hallado
muerto á un criado de casa;
ved si es cuerdo quien se casa
en dia tan desdichado.
Una litera ha buscado
la necia solicitud
de quien me mata en salud;
porque si como imagino,
muriere en este camino,
no quede por atahud.
De esto ¿qué se os dará á vos?
Antes debeis alegraros,
pues para desempeñaros,
yo pagaré por los dos:
siendo ansí, quedaos con Dios;
pero si me engaño y muero,
hallaos presente; que quiero
mandaros el alma en muestra
que como de hacienda vuestra,
sois vos solo el heredero.
¿Qué os parece? ¡Hay tal papel,
tal amar, tal persuadir!

CARREÑO.

Él se debió de escribir,
en vez de tinta, con miel.

DON FELIPE.

Sentido y discreto está;
pero ¿qué pensais hacer?

DON BALTASAR.

Hazañas de un bien querer:
transformaciones verá
en mí Toledo, no escritas

de Ovidio.

DON FELIPE.

¿De qué manera?

DON BALTASAR.

Impedireis la quimera
de mi amor, por inauditas,
si os las cuento: todo junto
lo sabreis en estando hecho.

CARREÑO, *aparte.*

¡Pobre doña Ana! sospecho
que están tocando á difunto
por vuestro amor: á su primo
le voy á dar esta nueva.

DON BALTASAR.

Vamos.

DON FELIPE.

¿A dónde?

DON BALTASAR.

A hacer prueba
de lo que á mi dama estimo.
Hácia el hospital de afuera,
amigo, tengo que hacer.

DON FELIPE.

¡Allí! ¿pues qué?

DON BALTASAR.

Conocer
al dueño de la litera
alquilada.

DON FELIPE.

Alto, venid.

DON BALTASAR.

Vereis, pues celos me abrasan,
las maravillas que pasan
desde Toledo á Madrid.

ACTO SEGUNDO.

Campo á vista de Olías. Una venta á un lado.

ESCENA I.

DON ALONSO. DOÑA MAYOR. MEDRANO.

(*Suena dentro ruido de coche.*)

DON ALONSO, *dentro.*
Para, para.
DOÑA MAYOR, *dentro.*
Medrano,
¿estais sordo? Parad el coche, hermano;
que voy muerta.
MEDRANO, *dentro.*
¡La flema!
Dalas muchacho, pues el sol no quema,
que ya se ve Cabañas.
DOÑA MAYOR, *dentro.*
Señores, ¿quieren que eche las entrañas?
Parad, ó arrojaréme
del coche.
DON ALONSO, *dentro.*
Parad: ¡hola!
MEDRANO.
Pararéme,
con treinta diablos; ca,
no malpara. ¡Qué presto se marea
la dama! Yo la digo
que tomara en Madrid este castigo;
que hay hembra que una noche
no se acostó, por solo andar en coche.
(*Salen don Alonso, doña Mayor y Medrano.*)

DOÑA MAYOR.

(*Muy á lo melindroso.*)
¡Jesus! ¡cuál vengo! el alma
traigo en los dientes.

MEDRANO.

Échela en la palma.
¡Gentiles damerías!
Legua y media han andado. Esta es Olías;
estas sus ventas llenas
de palominos, vaca y berengenas.
A este andar, llegaremos
en dos años.—Marina, remojemos.
(*Entra en la venta.*)

ESCENA II.

DOÑA MAYOR. DON ALONSO.

DOÑA MAYOR.

¿Qué solo hemos andado
legua y media no mas? ¡Hay tal enfado!
No imaginé yo que era
tan largo el mundo.

DON ALONSO.

Ponte en la litera,
si te hace mal el coche,
y lleguemos á Illescas esta noche.

DOÑA MAYOR.

¡Litera! ni por pienso.
¿Turibulada yo sin ser incienso,
y entre dos machos feos,
sujeta á descorteses bamboleos?
No, padre, no me agrada;
descanse en ella tu dolor de hijada;
que será cosa esquiva
querer que vaya en tumba, estando viva.

DON ALONSO.

¡Oh! ¡qué melindres tienes!
Mayor, repara que á casarte vienes:
olvida niñerías.

y logra seso, como logras dias.

DOÑA MAYOR.

Pues si perdida vengo,
¿qué he de hacer? Desde luego te prevengo
que no será posible
pasar de aquí, si tu vejez terrible
no quiere que me muera,
yendo á Madrid en coche ó en litera.
Dejemos la jornada,
ó á Toledo volvamos si te agrada;
pues es mejor dar vuelta,
que entre polvo y calor morir envuelta,
dentro de un calabozo
portátil, para ver de mí mal gozo.
Yo no quiero casarme,
si primero pretendes enterrarme.
Méteme en un convento,
y no en un coche, estrecho monumento,
pues cuando en él me vea,
aunque cause tristeza, no marea.

ESCENA III.

DOÑA ELENA. DON LUIS.—DOÑA MAYOR. DON ALONSO.

DON LUIS.

Pues, esposa querida....

DOÑA ELENA.

¿Qué aguardamos, Mayor?

DOÑA MAYOR.

Estoy perdida.
Señor don Luis, advierta
que he de llegar, si voy en coche, muerta.
No estoy acostumbrada
á un balanzo tras otro. La jornada
es larga; si procura
mi salud, ó me den cabalgadura
con sillon, ó en Olías
nos desposemos.

DON LUIS.

Dichas fueran mias
el acortar los plazos
que ha de lograr mi amor en vuestros brazos.
Poco hay de aquí á Cabañas.

DOÑA MAYOR.

Menos hay de la boca á las entrañas.
Señores, yo no puedo
conmigo mas: ó vuélvanme á Toledo,
ó llévenme de suerte,
que en vez de bodas no lloren mi muerte.

DOÑA ELENA.

Alquilen un jumento;
irá mi prima en él mas á contento;
pues aquí es facil cosa
hallar jamúas.

DOÑA MAYOR.

¡Invencion airosa
será, por vida mia,
que entremos en Madrid al medio dia,
en coche el desposado,
y la novia en jumento angarillado,
dando á risas motivo
ir yo galanteándole al estribo!

DON ALONSO.

¿Pues qué traza daremos
para que tus melindres contentemos?

DOÑA MAYOR.

¿No van cuatro criados
á mula, á su placer acomodados?
Escojan la mas mansa,
pues la litera angustia, el coche cansa;
que habiendo aquí herederos,
que en Toledo son casi caballeros,
si diligencia pones,
no faltarán jamúas ó sillones.
Búsquenme una emprestada,
ó sino demos fin á la jornada.

DON LUIS.

Si solo estriba en eso,
démosla gusto.

ESCENA VI.

DON BALTASAR, *de mozo de camino.* MEDRANO. CASILDA.—DICHOS.

DON BALTASAR.

Bonda (1) pan y queso
para beber un trago.

MEDRANO.

Berrico, ¿no comeis?

DON BALTASAR.

Nunca me pago
de manjar que se asienta
en las tripas; con pollos hago cuenta.—
Mis amos, pues ¿qué esto?
¿ya se han cansado? Vamos de aquí presto,
que es de noche.

DON ALONSO.

No quiere
ir en coche Mayor.

DON BALTASAR.

¿No? Pues espere:
la mula que yo llevo
anda como una dama.

DON ALONSO.

Es de mancebo,
que llaman de camino.
Buena será.

DON BALTASAR.

A mi cuenta no hay pollino
que ande mas manso y llano.
Si gusta de ir en ella,
busquen unas jamúas que ponella.

DOÑA MAYOR.

Mancebo acomodado

---

(1) Basta.

sois para vos.

DON BALTASAR.

De cinco que me han dado,
un coche y la litera,
escogí la mejor y mas ligera;
que todo sobrestante
ha de mirar por sí, Cristo delante.

DON LUIS.

Alto, pues nos la ofrece,
busquemos, entretanto que anochece,
vendidas ó emprestadas
jamúas ó sillon en las posadas.

DON ALONSO.

Deudos tengo en Olías;
Gonzalo de Aguilera ó Juan de Frias
podrán acomodarnos
de todo, aunque sospecho han de estorbarnos
esta noche el camino.
Cumplámosla este antojo ú desatino.

DON LUIS.

Vamos á hablarlos luego.

DON ALONSO.

¡Líbreme Dios de tu desasosiego!
(*Vanse don Alonso, don Luis y Medrano.*)

ESCENA V.

DOÑA MAYOR. DOÑA ELENA. DON BALTASAR. CASILDA.

DOÑA ELENA.

Llegaremos de noche.

DOÑA MAYOR.

No es mi estómago, prima, para coche.
¿Mas vos, de qué manera
habeis de caminar?

DON BALTASAR.

¡Yo! á la ligera.
Yendo á su lado, quiero

servirla al pie de su palafrenero.
Ya que nos detenemos,
señora doña Elena, merendemos:
vaca hay salpimentada,
palominos fiambres y ensalada.

DOÑA ELENA.

Vaya; ¿no vienes, prima?

DOÑA MAYOR.

No estoy para comer, antes me anima
el fresco que aquí corre.
Tráiganme en que me asiente.

(*Don Baltasar entra en la venta y saca una silla de costillas.*)

CASILDA.

¡Brava torre
empina nuestro Olías!

DON BALTASAR.

De costillas es esta.

CASILDA.

Y de hartos dias.

DOÑA ELENA.

¿No entra el señor Berrío
á merendar?

DON BALTASAR.

Ya yo he bebido frio.

(*Siéntase doña Mayor.*)

DOÑA ELENA.

¿De nieve?

DON BALTASAR.

Lo del pozo
suple esa falta.

DOÑA ELENA.

¡Qué alentado mozo!

(*Vanse doña Elena y Casilda.*)

ESCENA VI.

DOÑA MAYOR. DON BALTASAR.

DOÑA MAYOR.

Pues, señor don Baltasar,
¿qué es esto?

DON BALTASAR.

Lograr venturas,
que en desdichados son cortas,
y largas penas anuncian;
añadir nuevos cuidados
á los primeros que buscan
por donde se libre una alma
que mas se enreda y anuda;
alargar lo mas que puedo
la vida, si no la cura,
de una voluntad doliente,
en vísperas de difunta;
cumplir órdenes severas,
pues vuestras crueldades gustan
que os salga al encuentro y oiga
la sentencia que pronuncian
vuestro rigor y mis celos;
porque si la ausencia escusa
tormentos por lo distante,
y agravios que no se escuchan,
presente yo á vuestras bodas,
sin medio que disminuya
tanto pesar, me atormenten
de una vez mis ansias juntas.

DOÑA MAYOR.

¿Ansí se desautoriza
valor y sangre que ilustra
persona de tantas partes?
¿No pudiera hallar la industria
artificio mas decente?

DON BALTASAR.

Sí, pero menos segura

traza, señora, de hablaros
el tiempo breve que dura
esta infelice jornada;
pues cuando su fin se cumpla,
le tendrá, viéndoos agena,
la vida que os llama suya.

DOÑA MAYOR.

Encareced ponderable
lisonjas que os atribuyan
el descrédito que siempre
da el amor á quien las usa;
que yo no he de imaginarme
tan fénix en la hermosura
que en mí fingís, engañado
de una vela casi á escuras,
que en tiempo tan breve crea
finezas que dificultan
muchos dias de frecuencia,
largo amor y pruebas muchas.

DON BALTASAR.

Pues á no quedar yo corto
en exagerar en suma
el fuego que por los labios
exhala llamas ocultas,
¿paréceos á vos, señora,
que osaran poner en duda
indecencias de este trage
el valor que disimulan?
No estrañeis ver que me alabo;
que cuando mi amor procura
imposibles en el vuestro,
contra el hado y la fortuna,
si quiera para obligaros
á compasion de quien gusta
morir si os pierde, es razon
que os saque de tantas dudas.
Don Baltasar es mi nombre,
Córdoba la antigua alcuña
que me dió apellido y patria;
en seis mil ducados funda
su mayorazgo mi padre,
y para que mejor luzcan

en mí, que sucedo en ellos,
guardoso los acumula.
Manda que asista en la corte
para que pleitos concluya,
pues si dichoso los venzo,
conforme me lo aseguran,
el estado de marques
con diez mil ducados junta
mi dicha, y tendréla entonces,
si su dueño os intitula.
Sacad de esto lo que os amo,
y mirad si á ser de burlas
la fe amante que os adora,
osara poner en duda
mi crédito por buscar
peligrósas aventuras
para veros, cuando advierto
que desdichas apresuran
vuestro tálamo y mis penas,
pues siendo mañana, anuncian
triste vejez á mis padres,
y á mis años sepultura.
¡Nunca yo en Toledo entrara,
ó ya que en él entré, nunca
me sacara aquella noche
mi desgracia, para injuria
de una vida malograda,
y de un alma que confusa
en vuestros mismos favores,
riesgos de muerte la turban!
¿Qué he de hacer, Mayor hermosa,
vos casada, y yo sin culpa
condenado, por quereros,
á envidiar al que os usurpa
dos almas, que mi esperanza
trazaba enlazar en una?
Será dueño de la vuestra
mañana, y estando junta
la mia, Mayor, con ella,
fuerza es que á servirle acuda.
Ved el señor que me dais,
ved los celos con que lucha

un amor desesperado,
ved á lo que se aventura
quien á su pesar se casa,
y escarmienten desventuras
agenas recelos propios,
que la voluntad enlutan.
Llamado os salgo al encuentro,
y en este papel me jura

(*Sácale.*)

amor que me le teneis;
si ya me olvida y se muda,
en fe de la accion que tengo,
presento las escrituras.
Dilatad resoluciones
mientras competencias duran;
no os desposeis en llegando;
muger sois, fingid escusas;
discreta sois, buscad trazas;
amante sois, haya industrias,
con que difiriendo plazos
que mi esperanza repugnan,
aproveche al que os adora,
ser por vos mozo de mulas.

DOÑA MAYOR.

Como yo de vos creyera
lo que la esperanza duda,
y no recelara engaños
de cortesanas astucias,
sospecho, don Baltasar,
que pusiera en aventura
por vos todos los respetos
que en la sangre me ejecutan.
El poco conocimiento
que tengo de vos, rehusa
lo que el corazon otorga.
Licenciosas travesuras
os entraron en mi casa,
muerto un hombre en la apretura
de sus calles: ved ¡qué abonos
en vuestro favor resultan!
Obligado, me obligasteis,
vos cortés, yo dando ayuda

á vuestra seguridad;
quedé sola, entró en disputa
la voluntad y el recato,
y mientras entrambos luchan,
aquella favoreciéndoos,
y este fulminándoos culpas,
sin dormir, á despertarme
entró el sol, á coyuntura
que amor, abogado vuestro,
iba haciendo la resumpta
de las prendas que os abonan.
Levantéme, por ninguna
de las partes declarada,
puesto que inclinada á la una;
llegó mi padre á este tiempo,
y con él el que procura,
sacándoos á vos del pecho,
que á su imperio me reduzca.
Dieron prisa á esta jornada,
cuanto mas corta, importuna;
pues si la de Ulises fuera,
lo que la brevedad turba,
se aclarara con el tiempo:
yo sin amar al que injuria
la vuestra, instantes los plazos,
y amor que imposibles busca,
todos estos fueron causa
que os suplicase la pluma
lo que no osara la lengua,
en principios de amar, muda.
Que me viésedes deseaba
(antes que llorase viuda
el alma, casado el cuerpo)
en el camino; mas nunca
pudiera yo imaginar
del valor y la cordura
que consideraba en vos,
la indecente travesura
de transformacion tan baja;
ni he leido que haya alguna
de las que Ovidio entreteje,
que ansi admire y ansi encubra.

Prométoos que cuando os ví
concertar cabalgaduras
con mi padre esta mañana,
diestro en la desenvoltura,
interesable en el precio,
malicioso en las preguntas,
y grosero en el lenguage,
que hizo el almà conjeturas
sobre si érades de veras
lo que pareceis de burla;
mas satisfíceme luego;
que el alma no se deslumbra,
cuando quiere bien, por sombras
que verdades disimulan.
Aumentastes mis cuidados,
y agradecida, confusa,
me sacaron de Toledo
ejecuciones caducas,
mi viejo en esa litera,
y en la aborrecible tumba
del coche mi prima y yo,
don Luis y Casilda, á mula
vos y los demas criados,
fingiendo luego mi astucia,
por feriar esta ocasion,
desmayos, ansias y angustias
que han parado en lo presente.
Juzgad, si cuentas se ajustan,
cual de los dos debe á cual,
y quien alcanza en la suma.

DON BALTASAR.

En todo sois mi acrêdora;
mas ¿qué importa, si desfruta
diligencias de mi suerte
quien esperanzas me anubla?
En Madrid entrais mañana,
y á la noche, (¡ay Dios! ¡qué obscura
será para mí!) os desposan,
si en diez leguas no resultan
de mi fé y vuestros favores
trazas, que cuerdas destruyan
vejeces de vuestro padre,

contrastes de mi fortuna.

DOÑA MAYOR.

En menos término un rayo
pedernales desmenuza,
sorbe una tormenta armadas,
y Roma en Numancia triunfa.
Donde hay amor, no hay estorbos,
ni desecha coyunturas
la necesidad maestra,
si los aprietos la apuran.
Ya yo no camino en coche;
al estribo de la mula
(que siendo vuestra, sabrá
terciar en nuestras consultas)
esta noche dispondremos
la que fuere mas segura
á vuestro amor y á mi fama.

DON BALTASAR.

Pondré en ella el *non plus ultra*
de los prodigios, si salgo
con este.

DOÑA MAYOR.

Tengo preguntas
considerables que haceros,
y es bien que en ellas discurra;
mas quédense por agora,
que viene mi padre.

DON BALTASAR.

Ayuda,
amor; que no es noble hazaña
la que no se dificulta.

ESCENA VII.

DON ALONSO. DON LUIS.—DOÑA MAYOR. DON BALTASAR.

DON ALONSO.

¿Tendrémoste ya contenta?
Hallado habemos jamugas:
¡plegue á Dios que no te cansen

ó no caigas!

DON BALTASAR.

Es la rucia
una oveja; no hayan miedo;
no anda mas llano una burra.
Yo iré á su lado, y verá
cual se la tengo.

DOÑA MAYOR.

¿Quién duda?

DON LUIS.

Ea, mi bien, caminemos;
la noche, aunque no hace luna,
es clara; poned el coche,
hermano mozo de mulas.

DON BALTASAR.

Hablemos bien, si es que sabe.

DON LUIS.

¿No es vuestro nombre este?

DON BALTASAR.

Lucas
Berrío soy en mi casa,
gracias á taita y al cura:
tios tengo familiares,
y un hermano que aun estudia
en Alcalá, y un pariente
que es racionero de Murcia.

DON LUIS.

Todo eso es calificado
y á propósito: ¿qué injuria
os hago dándoos el nombre
de vuestro oficio?

DON BALTASAR.

Nenguna,
si el de mi oficio me diera.

DON LUIS.

¿No curais cabalgaduras?

DON BALTASAR.

No, mas soy su sobrestante.

DON LUIS.

¿Por vuestra vida?

DON BALTASAR.

Y la suya.

DON LUIS.

¿Que tambien hay diferencia
en esos cargos?

DON BALTASAR.

Y mucha.
Los que en calzones de lienzo,
monterilla con la punta
al cogote y alpargates,
á pata en invierno sudan,
son mancebos de camino;
mas los que en cabalgadura
acompañan, con espuela,
sombrero, calza de abuja,
su borceguí encima de ella,
manga ó jubon de camuza,
capotillo de rajeta,
valona y liga que cruza,
espada y daga de ganchos,
estos tales se entetulan
sobrestantes del ganado.
No tengamos barahunda:
hablar como se ha de hablar,
y Cristo con todos. Unzan.

DON LUIS.

Vaya, no riñais por eso.

ESCENA VIII.

MEDRANO, *con látigo de cordel en mano.*--DICHOS.

MEDRANO.

Alto de aquí.

DON BALTASAR.

¿Está la rucia
ensillada?

MEDRANO.

Y con sus andas,
de veinte y cinco.

DON BALTASAR.

Pues suba.

DON LUIS.

Yo, esposa, os pondré á caballo.

(*Va á coger en brazos á doña Mayor, y detiénele don Baltasar.*)

DON BALTASAR.

Paso, hidalgo; que no se usa
quitalle el oficio á nadie:
cada cual al suyo acuda.

DON LUIS.

Apártate allá, grosero.

DON BALTASAR.

Polido, no estará ducha
su persona á estos trabajos.

(*Quiere don Baltasar poner á caballo á doña Mayor, y le detiene don Luis.*)

DON LUIS.

¡Ah bárbaro!

DON BALTASAR.

¿Echamos pullas?
Mire que ha de derriballa;
que es cosquillosa la mula
para quien no la conoce.

DOÑA MAYOR.

¿Cosquillosa?

DON BALTASAR.

Es mala cuca.

DOÑA MAYOR.

Pues ya no quiero ir en ella.

DON ALONSO.

¿Díjelo yo?

DON BALTASAR.

A quien la cura
y da de comer, se amansa.

DOÑA MAYOR.

Pues póngame en ella Lucas,
y vaya siempre á mi lado.

DON BALTASAR.

Pegaréme como pulga;
mas pagándolo.

DOÑA MAYOR.

Se entiende.

DON BALTASAR.

Alto, pues: venga. ¿Es de pluma?

(Lleva á doña Mayor en brazos, y vanse todos.)

Una calle en Cabañas.

ESCENA IX.

CARREÑO *y* DON FELIPE, *de camino.*

DON FELIPE.

Aquí tienen de hacer noche,
si van á comer á Illescas.

CARREÑO.

No son las posadas frescas;
pero todo carro ó coche
en Cabañas da cebada.

DON FELIPE.

¡Qué mal lugar escogieron!

CARREÑO.

Venteros leí que fueron
(como quien no dice nada)
sus fundadores: sacad
de estos principios qué tales
serán los mas principales
de esta insigne vecindad.

DON FELIPE.

Los mas de ellos son mesones.

CARREÑO.

Aunque es poblacion pequeña,
la autoriza la cigüeña
de su pozo.

DON FELIPE.

Dió invenciones
á las tramoyas estrañas
que celebra el vulgachon.

CARREÑO.

Sí; no fue mala invencion
la del pozo de Cabañas.

DON FELIPE.

No hiciera mala comedia
quien la traza aprovechara
de vuestro amo.

CARREÑO.

Será rara,
como no acabe en tragedia;
que lo temo, vive Dios.

DON FELIPE.

¡Qué notable desatino!

CARREÑO.

Es capricho peregrino,
y aprobándosele vos,
¿qué mucho le ejecutase?

DON FELIPE.

Pues yo ¿tengo culpa de eso?
Víle tan fuera de seso,
que porque no se empeñase
en disparates mayores,
concedí en todo con él.

CARREÑO.

Sois lindos cascos vos y él
para embadurnar amores.
¡Válgate el diablo por hombre!
Acabado de apear,
¡al instante hubo de hallar
reconcomios!

DON FELIPE.

No te asombre;
que fue la ocasion terrible.
De noche un hombre encerrado,
por la hermosura asaltado
poderosa y apacible
de la mas bella muger
que á Toledo da valor;
obligado á su favor,
y tras riesgos del temer,
ocasiones del amar,
influencias de los cielos;

y comenzando por celos,
viendo que se va á casar
con persona que aborrece,
las dichas que le apercibe,
cuán amorosa le escribe,
lo que este lance le ofrece,
cuarenta y dos mil escudos
que autorizan su hermosura....
¿qué prudencia, qué cordura,
qué laberintos, qué nudos
de Alejandro bastarán,
Carreño, á enfrenar el seso
de un mozo amante y travieso?

CARREÑO.

Bien; mas si á casarse van
á Madrid, ¿de qué provecho
será la transformacion
de mozo de mulas?

DON FELIPE.

Son,
cuando se ven en estrecho
el amor y la fortuna,
mas activos y eficaces:
si en ellos discursos haces,
no saldrás con medra alguna.
Todo hombre considerado
luce sus intentos tarde:
peca el sabio de cobarde,
y de atrevido el soldado.
Si Alejandro reparara
en imposibles, no fuera
señor del mundo, ni hiciera
á tantos peligros cara.
Colon, á no atropellar
estorbos de dia en dia,
no añadiera monarquía
á España de tanto mar.
Ni sabe amar el prudente,
ni vence el considerado,
ni admite razon de estado
el celoso ni el valiente.

CARREÑO.

¡Qué guisado que lo halló
todo: mulas de alquiler,
coche y litera! De ayer
venido, hoy se convirtió
en mancebo de camino.

DON FELIPE.

Dióle amor la traza y modo;
el dinero sale á todo
con remedos de divino.
Sobornamos á su dueño,
y salí yo su fiador.
¿Por qué piensas que el amor
supo en Júpiter, Carreño,
llover dorado granizo
que á Dánae dejó preñada?
Porque no hay puerta cerrada
para este absoluto hechizo.
Dióle este metal sus bulas
para todo; no te espantes,
si el oro vence gigantes,
que venza el que alquila mulas.

CARREÑO.

Y vuesa merced ¿qué intenta
aguardándolos aquí?

DON FELIPE.

Quiero prevenir ansí
peligros que el hado inventa.
Haciéndome encontradizo
con ellos, ayudaré
su engaño, y estorbaré
de un amor arrojadizo
desesperadas locuras,
que le pueden estar mal.

CARREÑO.

Usted es amigo leal
para tales aventuras;
quiera Dios que la presente
nos absuelva á culpa y pena.

DON FELIPE.

De su prima doña Elena
soy ya há dias pretendiente,

y no ha de ayudarnos poco
si le cuento estas marañas.
Prevengamos en Cabañas
camas y cena. (*Vase.*)

CARREÑO.

Si un loco
guia á otro, ¡buen suceso
se aliña! Vaya con Dios,
que no hayan miedo los dos
que echen alforzas al seso.

ESCENA X.

DON DIEGO.—CARREÑO.

DON DIEGO.

En fin, Carreño, ¿vuestro amo
con tan indecente traza
se enamora y se disfraza?

CARREÑO.

Es tal, que al primer reclamo
da en la liga: apenas vió
la hechicera toledana,
cuando olvidando á doña Ana,
á la luz se derritió
de una vela, que alcahueta
de estos disparates fue.
Quien compra lo que no ve
al sol, cuando se prometa
montes de oro, si despues
se le vuelven en carbon,
quéjese de su eleccion.

DON DIEGO.

Y de su necio interés,
si el burlarse de mi prima
á la cara le saliere.

CARREÑO.

Pretenda lo que él quisiere:
que aunque mas su amor le anima,
es imposible alcanzar

el fin de su pensamiento.
Desposaránse, al momento
que se acaben de apear
en Madrid, el desposando
y la novia, segun queda
concertado, sin que pueda
lograr trazas que está dando
nuestro amante literero,
y soplaráse las manos
cuando llore ardides vanos.

DON DIEGO.

Si yo no le doy primero
el castigo que merece
hombre de tan poca fe.

CARREÑO.

Mas vale que él se le dé
á sí mismo, si os parece,
y que doña Ana del modo
le olvide que él la ha olvidado:
perderálo escarmentado
todo quien lo quiso todo.

DON DIEGO.

Vive Dios, que he de decir
quien es á los que acompaña.

CARREÑO.

Intentareis una hazaña
que se os ha de deslucir,
porque ó le han de dar la muerte,
ó él os la ha de dar á vos,
y cualquiera de los dos
que la pierda, es caso fuerte.
Y cuando esto no suceda,
¿de qué servirá afrentar
á un noble que, por amar,
desacreditado queda,
en tan desvalido trage?
Yo á lo menos, lo que hiciera
á ser vos, le persuadiera
á solas con buen lenguage,
dándole un gentil jabon,
y advirtiéndole lo mal
que en hombre tan principal

parece transformacion
tan indigna de creer,
y el peligro á que se espone
quien á burlar se dispone
tan generosa muger
como vuestra prima hermosa;
pues si se muda ligero,
es mi señor caballero,
y la sangre que es lustrosa,
levántase aunque tropieza.
Temerá el verse por vos
descubierto, y querrá Dios
que acuerdos de la belleza
que deja, y los imposibles
que pretende, abran sus ojos,
y paren estos enojos
en tálamos apacibles.
Considerad lo que haceis,
y advertid cuan poco gana
de mi señora doña Ana
fama y opinion.

DON DIEGO.

Teneis
mas seso que vuestro dueño.
Admito ese parecer;
pero guárdese de hacer
desprecio de mí, Carreño;
no eche culpa á su castigo,
si en Cabañas le avergüenzan.

CARREÑO.

A venir carros comienzan.
A Dios, y haced lo que os digo. (*Vanse.*)

Campo á vista de Cabañas.—Es de noche.

ESCENA XI.

Dentro DON BALTASAR, DON ALONSO, DON LUIS *y* DOÑA MAYOR.

DON BALTASAR.
Jo, mula de Barrabás:
¿qué demonios te han tomado?
DON ALONSO.
Tenelda.
DON LUIS.
¿Hala derribado?
DON BALTASAR.
Dalle, dalle: ¡correr mas!
Señora, téngase bien.
DOÑA MAYOR.
¡Ay Lucas! ¡que me derriba!
DON BALTASAR.
Tírela del freno arriba.
¡Ah! malas landres te den.
(Piérdese la voz de don Baltasar.)

ESCENA XII.

DON ALONSO. DON LUIS. DOÑA ELENA. MEDRANO. CASILDA.

DON ALONSO, *dentro.*
Pára el coche.
DON LUIS, *dentro.*
Pára el coche.
MEDRANO, *dentro.*
Caminen, que no caerá.
DON LUIS, *dentro.*
Parad: ¡hola! acabad ya.

MEDRANO, *dentro.*

¡Voto á san Nuflo!

(*Salen todos.*)

DON ALONSO.

De noche,

¡y no hay quien vaya tras ella!

DON LUIS.

¿Qué camino hay sin desastre?

DON ALONSO.

Quiera Dios que no la arrastre.

DOÑA ELENA.

Vaya alguno á socorrella.

CASILDA.

Adelantáronse tanto
los de caballo á tomar
posadas, que en el lugar
deben ya de estar.

MEDRANO.

¿Qué espanto

los asombra? ¿en angarillas
no va? ¿qué diablos nos cansa?

DON ALONSO.

¡Esta era la mula mansa!

MEDRANO.

Mansa es; pero tien cosquillas:
debiósele de asentar
la silla en la matadura.

CASILDA.

Ya no parecen.

DOÑA ELENA.

¡Qué obscura

noche!

DON LUIS.

Quiero irla á buscar.

MEDRANO.

¿No va á su lado Berrío?
Ya pueden haber llegado
al pueblo, y aun remojado.

CASILDA.

¿Si cayó?

MEDRANO.

¡Buen desvarío!

Ya nos atronara á voces
la señora.

DON ALONSO.

¿Hay tal correr?

MEDRANO.

Ella se sabrá tener.
Suban; que no tira coces;
que es la rucia una cordera.
Vamos; no tengan temor;
que ella se tendrá.

DON LUIS.

Señor,
subid en vuestra litera,
y los demas en el coche;
partiré entre tanto yo,
y sabré donde paró.

DON ALONSO.

Cosas he visto esta noche
en tres leguas, que sobraran
para ciento.

MEDRANO.

Donde van
mugeres, siempre hallarán
enfados que en risas paran.
Dos tiros de piedra habrá
de aquí á Cabañas: subir.

DON ALONSO.

En efeto, ¿quereis ir
en su busca?

DON LUIS.

¿Quién podrá
vivir, si cual yo la adora,
entre tanto que no sabe
lo que ha sucedido?

MEDRANO.

Acabe.
¡Estémonos aquí un hora!
No es tan zurda la muchacha;
él verá cual se agarró.

DOÑA ELENA.

¡Miren qué mula la dió
el Lucas!

MEDRANO.

No la hay sin tacha:
mas la rucia es un borrico.
Acabemos, pues; subamos.

DON ALONSO.

En la posada esperamos.

DON LUIS.

Yo voy pues.

MEDRANO.

Dalas, Pèrico. (*Vanse.*)

Otra vista de campo.

ESCENA XIII.

DOÑA MAYOR, *en zapatillas.* DON BALTASAR, *trayéndole los chapines.*

DON BALTASAR.

¡Linda traza!

DOÑA MAYOR.

Como vuestra,
aunque con algun peligro.
Mil veces pensé caer.

DON BALTASAR.

Media legua hemos corrido.

DOÑA MAYOR.

¿Qué pueblo es aquel?

DON BALTASAR.

Magan.
Mientras duermen sus vecinos,
y los que mi amor estorban
buscándoos andan perdidos,
consultemos este rato,
hermosa Mayor, arbitrios
que sustenten mi esperanza,
sin estorbos ni registros.

DOÑA MAYOR.

¿Y la mula?

DON BALTASAR.

Está paciendo.

DOÑA MAYOR.

¿No hay donde atalla?

DON BALTASAR.

No quiso
criar árboles la Sagra,
por darse toda á los trigos.
Raso está todo este campo,
y apropósito este sitio
(por lo que de prado tiene
con yerba, aunque mal florido)
para disponer los dos
ó mi tormento ó mi alivio.
Sentémonos, si os parece.

DOÑA MAYOR.

Advirtiéndoos al principio
lo que de vuestra nobleza
supongo, y que de vos fio
respetos, que ocasionados
no profanan bien nacidos.

DON BALTASAR.

Cortés amaros pretendo
con deseo casto y limpio,
segura mi voluntad
y mis gustos comedidos.
Sin manos viene mi amor;
solo en la lengua y oidos
jurisdiccion limitada
que os respete, les permito.

(*Siéntanse.*)

DOÑA MAYOR.

Sois cordobés caballero:
de tal patria, en fin, tal hijo;
para cautivarme mas,
no busqueis otros hechizos;
mas ¿con cuales obligasteis
la mula á que del camino
derrotada, ansí corriese,
ocasionando mis gritos?

Que á no asirme á las jamugas,
y el ir vos siempre conmigo,
no hay duda que me arrastrara.

DON BALTASAR.

Tiene amor, en fe de niño,
invenciones y poder
para ejecutarlas, y hizo,
en mi favor estudioso,
mi Mayor, las que habeis visto.
Enfadábame el llevar
al lado tanto registro,
interrumpiendo cansados
ya el hablaros, ya el oiros;
y como no me va menos
que vivir el persuadiros
que de término tan breve
amante atajeis peligros,
valíme de las tinieblas
y del ramo de un espino,
plumage de unos cambrones,
que al bruto sin culpa aplico
debajo la gurupera,
el cual al instante mismo
que sin ser enamorado,
le escoció lo pungitivo
de los celos, y en tal parte,
á puras coces y brincos
procuró librarse de ellos,
de puro correr, corrido;
porque celos y cambrones
son deudos muy parecidos.
Él picado y yo celoso,
echamos por esos trigos;
mas sin perderos los brazos,
que medraron mis alivios
por tocaros y teneros,
hasta llegar á este sitio
donde gozoso os apeo,
á la mula abrojos quito,
ella pace y yo descanso
mientras adorando os miro.

DOÑA MAYOR.

¿Qué no sabrá hacer amor?

DON BALTASAR.

No hubiera bien entendidos,
si no hubiera enamorados.

DOÑA MAYOR.

Dejemos, señor Berrío,
burlas, y hablemos de veras.
Ya os acordais que os he dicho
que tengo dificultades
muchas, que si aquí averiguo
y salen en vuestro abono,
á pagároslas me obligo.
¿Teneis en la corte empleo?

DON BALTASAR.

Túvele; pero os afirmo
que ensayé en ella el amor
que á vos perfecto os dedico.

DOÑA MAYOR.

¿Por vida de lo que mas
quereis? si así os necesito (1)
á no mentirme.

DON BALTASAR.

Estad cierta
como que adorándoos vivo,
que mas allá que la muerte
aborrezco aquese vicio.

DOÑA MAYOR.

Pues siendo ansí, ¿por qué causa
os ausentastes?

DON BALTASAR.

Motivos
hallé en ella suficientes
para apelar al olvido
despues de un año de amante,
que ya me parece un siglo.

DOÑA MAYOR.

¿Era su nombre?

---

(1) Obligo.

DON BALTASAR.

Doña Ana.

DOÑA MAYOR.

¿Su calidad?

DON BALTASAR.

Sé deciros
que en la sangre y en la hacienda
se igualó con mis servicios.

DOÑA MAYOR.

¿Celos os descompusieron?

DON BALTASAR.

Celos se engendran de indicios,
agravios de desengaños,
que por mis ojos he visto.

DOÑA MAYOR.

¿Desengaños? Pues ¿quiere á otro?

DON BALTASAR.

Quiere agora, querrá y quiso;
que diz que engendran caracter
los amores primerizos.

DOÑA MAYOR.

Pues ¿con qué seguridad,
si dentro el alma os admito,
crédula á vuestras palabras,
viviré, segun lo dicho,
si vos primero la amasteis,
y celos, del amor hijos,
pródigos desbaratados,
llorando sus desperdicios
caen brevemente en la cuenta,
y se vuelven al cariño
del primero amor, su padre?

DON BALTASAR.

Ya, hermosa señora, os digó
que pasaron de ser celos
á ser agravios los mios.
Mirad que soy caballero.

DOÑA MAYOR.

¡Qué de ellos habemos visto
calificar sus engaños
á sombra de este artificio!
Ahora bien, don Baltasar,

entretanto que averiguo
despacio en Madrid sospechas,
que temo, pero no admito,
yo os prometo no casarme,
por mas que intenden prolijos
apresurar mis tormentos
mi padre y vuestro enemigo;
mas con dejarme á mí cierta
de que sabeis resistiros,
no viendo á mi opositora.

DON BALTASAR.

¿Verla yo? Tiemblo de oirlo.

DOÑA MAYOR.

Estais celoso, y los celos,
por lo que de otros colijo,
en convertirse á otra ley,
tienen algo de moriscos.

DON BALTASAR.

Pues elegid vos el modo
de aseguraros.

DOÑA MAYOR.

Elijo
uno, puesto que bastante
costoso, como inaudito.

DON BALTASAR.

Que no repareis en eso:
ya le espero.

DOÑA MAYOR.

Ya le esplico.
Yo con vos he de enojarme
al fin de nuestro camino,
y tengo de hacer que os prendan
en Madrid.

DON BALTASAR.

¿Por qué delito?

DOÑA MAYOR.

Por la muerte del criado
que á nuestro amor dió motivo.
Él era un lacayo pobre,
y dejando muger y hijos,
concertándoos con la parte,
su vejacion redimimos:

entre tanto podré yo
saber lo que solicito,
y quitándoos ocasiones,
asegurar celos mios.
No ha de haber réplica en esto.

DON BALTASAR.

Severa sois en arbitrios;
mas yo los acepto; vaya,
si siendo obediente os sirvo.

ESCENA XIV.

DON LUIS.—DOÑA MAYOR. DON BALTASAR.

DON LUIS.

(*Sin ver á doña Mayor y don Baltasar, ni ser visto de ellos.*)

¿Hay tal desaparecerse?
Mas de una legua he corrido
por rodeos y altibajos,
y no puedo descubrirlos.

DOÑA MAYOR.

Ansí aseguro sospechas.

DON BALTASAR.

Lo que yo en eso os suplico,
es que apresureis amante
la informacion que os permíto,
porque acortemos estorbos.

DON LUIS, *aparte.*

Hablar hácia allí he sentido.
¡Válgame Dios! ¿si son ellos?
Pasos y atencion aplico.
(*Escúchalos de cerca.*)

DOÑA MAYOR.

Si yo verdadero os saco,
y sois, como lo imagino,
quien vos decís y yo espero,
presto saldreis de ese oficio
al que mi amor interesa.

DON LUIS, *aparte.*

Ó se engañan mis oidos,
ó es doña Mayor la que habla.
Pero ¿á quién, recelos mios,
promete amantes retornos
que él diligencia y yo envidio?
¿Tan melindrosa poco há,
pidiendo socorro á gritos,
corriendo descaminada,
pronosticando peligros
su padre, llorando todos,
yo buscándola perdido,
y ella con tanto sosiego
sentada, y en tan distinto
lugar conversando alegre?
¡Qué de cosas que malicio!

DON BALTASAR.

Sentirálo vuestro padre
de muerte.

DOÑA MAYOR.

Yo tengo hechizos
con que acariciar vejeces
de quien en la edad es niño.

DON BALTASAR.

En fin, ¿hemos de casarnos?

DOÑA MAYOR.

Al punto que saque en limpio
la verdad de tantas cosas.

DON BALTASAR.

¿Y don Luis?

DOÑA MAYOR.

Es desvarío
pensar que ha de cautivarme
amante á quien no me inclino,
cuando le hace ventajas
tantas el señor Berrío.

DON LUIS.

(*Saca la espada y vase para ellos.*)
¡O aleve! Viven los cielos,
que tengo de dar castigo
á tu bárbara eleccion
y al infame desatino

de tu desigual amante.

(Levántanse los dos, saca la espada don Baltasar y opónese á don Luis.)

DOÑA MAYOR.

¿Qué es esto?

DON BALTASAR.

Hidalgo, pasito.
Sosiéguese: ¿qué le toma?

DOÑA MAYOR.

¿Estais en vuestro jüicio,
don Luis? Templaos: ¿qué es esto?

DON LUIS.

¡Pluguiera á Dios que perdido
mi seso, ó nunca os amara,
ó nunca llegara á oiros
bajezas y indignidades,
que si bien las apercibo,
juzgo imposible el creerlas!
En fin, Mayor, habeis sido
muger; en fin, escogeis
á un rústico, cuyo oficio
sirviendo brutos, se llama
mozo de mulas.

DON BALTASAR.

Ya he dicho
que hable bien y no tengamos
carambolas; que si esgrimo
la de Joanes, al primero
hurgon, perdónele Cristo.

DON LUIS.

¡Oh infame!

DON BALTASAR.

Apártese allá,
señor galan; se lo aviso.

DON LUIS.

¿Vos su esposo? ¿yo olvidado?
¿Ella aleve, y yo ofendido?
¿Doña Mayor muger vuestra?
Primero....

DON BALTASAR.

Todos venimos
de Adan, y yo puedo ser

de toda muger marido
con la cara descubierta.

DOÑA MAYOR.

¡Don Lüis! ¡Lucas Berrío!
¿Qué disparates son estos?
Sosegaos, ú daré gritos.
(*Aparte á don Luis.*)
¡Hay locura semejante!
¿Luego vos habeis creido
lo que aquí nos escuchastes?
¡Jesus! ¡qué gran desatino!
Envainad, que sois un bobo:
poco mi seso acredito
con vos. Lucas, á enfrenar.

DON BALTASAR.

Voy; pero lo dicho dicho. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DOÑA MAYOR. DON LUIS.

DOÑA MAYOR.

En fin, ¿me habeis injuriado?
¡Qué de ello perdeis conmigo
desde hoy! ¿Que á tal disparate
lleguéis vos á persuadiros?

DON LUIS.

Pues si lo oigo, ¿qué quereis?
¿Desmentiré mis sentidos?
¿No sois muger? ¿Qué milagro
que imiteis vuestro principio?

DOÑA MAYOR.

Ya os dije que sois un bobo:
túveos yo por entendido.
¡Alquiladora de mulas
doña Mayor! ¡oh qué lindo!
Medrábamos en corcoba.
¡Jesus! ¡Jesus! me santiguo
una y mil veces! ¿Que sean

los celos tan persuasivos,
ó tan necios, que se arrojen
á creer de mi jüicio
tan gran desalumbramiento?

DON LUIS.

A tener los celos tino,
no anduvieran siempre á ciegas;
pero si lo son los mios,
¿á qué propósito agora
cuando yo os busco molido,
temeroso vuestro padre,
sentados y entretenidos
favoreceis amorosa
á un bárbaro con indignos
desaciertos y esperanza,
cuando menos, de marido?

DOÑA MAYOR.

Andad; que no estais en vos.
Es el tonto mas sencillo
el Lucas, que vió Toledo.
Hasta aquí la mula vino
sin parar, desatinada,
y él á las ancas asido,
ya que no pudo tenerla,
me tuvo á mí; que os afirmo
que si de mí se apartara,
mil veces hubiera sido
malogro á vuestros deseos,
y lástima á nuestro siglo.
Cansóse, en fin, y canséme
de suerte, que me convino
sosegar aquí este rato,
y él á mi lado, perdido
de correr, sentado y necio,
que estaba sin seso dijo
por mí, y dispuesto á casarse,
consintiese ó no, conmigo.
Propúsome su linage,
(que es por lo menos, corito)
su patrimonio, sus deudos,
sus gracias, sus ejercicios;
y yo por entretenerme,

dí ensanchas á su capricho,
ofreciéndole informarme,
y abonándole testigos,
mejorar con él mis bodas.

DON LUIS.

¡Qué decís!

DOÑA MAYOR.

Que no sois digno
de que os tenga por discreto
quien vuestro desaire ha visto.

DON LUIS.

¿Que de esos es nuestro mozo?
Un vïage entretenido
me prometo segun eso.
No hay celos sin desvaríos:
perdonadme, esposa bella,
y entretengamos fastidios
con él de aquesta jornada,
dando á sus simplezas ripio.

ESCENA XVI.

DON BALTASAR.—DOÑA MAYOR. DON LUIS.

DON BALTASAR.

¡Miren qué mucho que echase
la mula por esos trigos!
Seis dedos sobre los lomos
de matadura la hizo:
¡maldiga Dios al sillon!
Suba.

DON LUIS.

(*Aparte á doña Mayor.* Ya me maravillo,
mi bien, que no os arrastrase.)
Lucas, no haya mas; amigo
hasta la muerte.

DON BALTASAR.

Es trempano.

DON LUIS.

Yo ya con vos no compito:
doña Mayor me desprecia
y os tiene amor.

DOÑA MAYOR.

Infinito.

DON LUIS.

No quiero muger con celos:
de novio vuelto en padrino,
he de alegrar vuestras bodas.

DON BALTASAR.

¿Se convida?

DON LUIS.

Me convido.

DON BALTASAR.

Encaje, pues, esos huesos.
(*Danse las manos.*)

DON LUIS.

¿Quereis, pues estoy rendido,
que suba un rato á las ancas?

DON BALTASAR.

¿Con mi muger? Palo, digo.

DON LUIS.

Acabad.

DON BALTASAR.

¿Y la señora
en el sillon?

DON LUIS.

Sin peligro
irá, si yo cuido de ella.

DON BALTASAR.

¡Y que vaya á pie el marido!
Oste, puto; en mi curato
no ha de haber (de esto le aviso)
beneficiado ó teniente
con quien parta los bodigos.
Llevaréla de la rienda;
irá usted su poquito,
un rato á pie y otro andando;
que Cabañas está á tiro
de arcabuz: alto, señores.

DON LUIS.

Estraño sois.

DON BALTASAR.

No sufrimos
la mula y yo, ni ancas ella,
ni Lucas sota-maridos.

(*Toma en brazos á doña Mayor y vanse.*)



ACTO TERCERO.

Portal de una posada en Illescas.

ESCENA I.

DON ALONSO. DON FELIPE.

DON ALONSO.
Basta, que dais en hacernos
merced toda esta jornada;
en Cabañas la posada,
pollos y gazapos tiernos
en Illescas.... A este andar
porfiando en regalarnos,
claro está que ha de pesarnos
ver que se haya de acabar
tan presto nuestro camino.

DON FELIPE.
Ya que en él os encontré,
por dichoso me tendré
que, en fe de vuestro vecino,
me toque el título honroso
de vuestro aposentador.

DON ALONSO.
Yo soy vuestro servidor,
y me juzgo venturoso
yendo en vuestra compañía.

DON FELIPE.
El curso que de ordinario
tengo hecho, siendo cosario
de este camino, podria,
aunque la jornada es breve,
enseñarme á descubrir
regalos con que os servir:
por lo menos traigo nieve

y ternera, que no es poco
para tan seco lugar.
Mientras guisan de almorzar,
si con el sueño os provoco,
soy de parecer que un rato
reposeis.

DON ALONSO.

Como he venido
en litera, helo dormido
lindamente; y me recato
de camas que á tantos son
comunes.

DON FELIPE.

Camas y lodos
déjanse pisar de todos,
como mozas de meson;
mas yo siempre me prevengo
de sábanas y almohadas
caseras, por las posadas.

DON ALONSO.

El mismo cuidado tengo;
y de ordinario las llevo
en un baul como agora.

DON FELIPE.

No saldremos en esta hora;
por eso en el meson nuevo
previne dos salas frescas,
que es mas capaz y mejor.

DON ALONSO.

Mientras va doña Mayor
á ver la Virgen de Illescas
y oye en su altar una misa,
el almuerzo prevendremos,
porque esta noche lleguemos
á Madrid.

DON FELIPE.

Si se da prisa
el cochero; que hay que andar
seis leguas, y la de Parla
es larga.

DON ALONSO.

Tiempo hay de andarla,

pues el sol nos da lugar,
que agora empieza á nacer.
¿A qué vais vos á la corte?

DON FELIPE.

No á pretension que me importe:
soy mozo, y no sé perder
fiestas que ilustran hazañas
con que España alegre está:
convida á toros Bredá,
y el Brasil pone las cañas;
quisiera dar á un rejon
crédito delante el rey.

DON ALONSO.

Son guarda de nuestra ley
su castillo y su leon;
y así no me maravillo,
contra quien su fe no entienda,
que tal leon la defienda,
y la ampare tal castillo.

DON FELIPE.

¡Qué de enemigos tenia
el infierno convocados!

DON ALONSO.

Dicen que en tiempos pasados
seguro el leon dormia,
viéndose en la posesion
pacífica de su imperio;
juzgaron á vituperio
los lobos que así el leon
en los dos mundos tuviese
imperio tan absoluto,
sin que se escapase bruto
que su nombre no temiese;
y habiendo entre todos liga,
como durmiendo le vieron,
sus estados repartieron,
¡tanto la ambicion instiga!
y consultando sus robos,
afirman, mas será error,
que alguno que era pastor,
se coligó con los lobos.
Por cuatro partes marcharon,

y arriesgando su fortuna,
le acometieron á una;
mas no le desafiaron,
que fue accion poco bizarra.
El leon que los sintió,
dió un bramido, bostezó,
y enseñóles una garra,
con que, el ánimo perdido,
no hay quien del temor no muera:
si despertara, ¿qué hiciera
quien mata con un bramido?
No hay quien ose esperar ya
despues que el *Alba* salió,
ú diga quien lo intentó
como en la *Feria* le va.
Brame España, que atropella
lobos con blason eterno;
que las puertas del infierno
no prevalecen contra ella;
y dadme licencia á mí
que dé á nuestros mozos prisa.

DON FELIPE.

Pienso que salen de misa.

DON ALONSO.

Pues esperadlas aquí. (*Vase.*)

ESCENA II.

—

DOÑA MAYOR, DOÑA ELENA *y* DON LUIS; *ellas adornados los sombreros de medidas* (1) *y estampas.*—DON FELIPE.

DOÑA MAYOR.

¡Qué imagen tan milagrosa!

DOÑA ELENA.

Solo el verla da consuelo.

DOÑA MAYOR.

Es depósito del cielo.

(1) Cintas tocadas á la imagen de Nuestra Señora.

¡Qué devota! ¡qué amorosa!

DOÑA ELENA.

Cargada voy de medidas
y de medallas de plata.

DOÑA MAYOR.

Como en ellas se retrata,
cuanto á Dios por ellas pidas,
tendrá salida mejor;
que para un amante fiel,
copias que imita el pincel
son sus cartas de favor.

DON LUIS.

Devotas las dos salís.

DOÑA MAYOR.

De solo haberla mirado,
el dolor se me ha quitado
de cabeza.

DON LUIS.

Si dormís
al fresco de esta mañana,
cansancios restauraréis
que esperimentado habeis
en la noche toledana.

DOÑA MAYOR.

¡Y qué enfadosa que ha sido!

DOÑA ELENA.

Señor don Felipe, ¿es hora
de caminar?

DON FELIPE.

No, señora;
pero rato há que lo ha sido
de que almorcemos; que está
llamándonos quien lo guisa.

DOÑA ELENA.

El comenzar por la misa,
buen fin al camino da.

DON FELIPE.

Segun refran castellano,
por oirla y dar cebada,
nunca se pierde jornada.

DOÑA MAYOR.

Este es proverbio cristiano.

DOÑA ELENA.

Poco lo debe de ser
quien por esta villa pasa,
y á la Virgen en su casa
ni visita ni va á ver.

DON FELIPE.

¿Qué es lo que la habeis pedido,
por mi vida, Elena bella?

DON LUIS.

¿Qué ha de ser, siendo doncella?
Por lo menos, un marido.

DOÑA ELENA.

¿Pues he de pedirla dos?

DON LUIS.

Para escoger, no tan malo.

DOÑA ELENA.

Son tales, que los igualo
á todos: líbreme Dios
de súplica tan costosa;
acreditad mas mi seso.

DOÑA MAYOR.

¡Ay prima! ¿para qué es eso,
si allá te queda otra cosa?

DOÑA ELENA.

Juzgas por tu pecho el mio.

DOÑA MAYOR.

Yo, cuando en eso repares,
los maridos tengo á pares.

DOÑA ELENA.

¿Y son?

DOÑA MAYOR.

Don Luis y Berrío.

DOÑA ELENA.

Y vienen como perdices,
chico con grande; ¿mas quién
juzgas que te está mas bien?

DOÑA MAYOR.

¿Pues eso, Elena, me dices?
¿Hay tal Lucas en el mundo?
¿Quién puede hacerle ventaja?

DOÑA ELENA.

En dar á una mula paja,

no debe tener segundo.

DOÑA MAYOR.

Tú lo verás algun dia,
y envidiarás mis desvelos.

DON LUIS.

Burlas son; pero los celos,
ni aun de burlas, Mayor mia.

DOÑA MAYOR.

¿Burlas? ¡Gentil desvarío!
Pues ¿osaráse igualar
en talle, en gracia, en hablar,
vuesa merced con Berrío?
Vamos; que le quiero ver.

DOÑA ELENA.

Basta, que en donosa has dado.

DOÑA MAYOR.

Sobrestante del ganado
no es marido de perder.

(*Vanse doña Mayor y don Luis: don Felipe detiene á doña Elena.*)

ESCENA III.

DON FELIPE. DOÑA ELENA.

DON FELIPE.

Esperad, señora, un poco,
y pagad agradecida
á quien con vuestra partida
está, si no muerto, loco.
¡Qué de inconvenientes toco,
viendo que á la corte vais!
Si en su mar os engolfais,
ya doy mi amor por perdido;
que es cortesano el olvido,
y ya en mí le ejecutais.
Ausente, y sin despediros,
presente, y sin deteneros,
yo olvidado por quereros,
vos ingrata por partiros,

malogrados mis suspiros,
mi esperanza sin reparos,
siguiéndoos por obligaros,
y vos huyendo de verme,
¿qué fe puedo prometerme
de menosprecios tan claros?

DOÑA ELENA.

Pues ¿sobre qué fundamento
intimais quejas tan grandes?
¿embárcome para Flandes?
¿despliego velas al viento?
¿voy á la corte de asiento,
¿ó á celebrar convidada
de una prima concertada
una boda prevenida,
por ir vos, entretenida,
por ser suya, deseada?
No llegará el coche apenas
á san Isidro, la ermita
que á Manzanares limita
márgenes de sus arenas,
cuando alegres norabuenas
de desposada reciba,
y entre música festiva,
mientras que la palma toca,
desde la mano á la boca,
libre entre, y salga cautiva.
¿Tan largo plazo es seis dias
que podré con ella estar,
si vuelta luego he de dar,
para esas melancolías?

DON FELIPE.

Temen las sospechas mias
novedades cortesanas;
pero júzguense por vanas,
y decidme qué ocasion
da tanta priesa á esa accion;
que habrá muchas no livianas,
pues que bodas apresuran
antes de entrar en la corte.

DOÑA ELENA.

Gozar los gustos sin porte,

es lo que hoy todos procuran.
De los gastos se aseguran
los que en secreto se casan;
que ostentaciones abrasan
facultades caudalosas,
y las que son mas lustrosas
duran poco y presto pasan.
Ya está la industria discreta
en la corte introducida;
la gala mas recibida
por barata, es la bayeta;
la mejor boda es secreta,
y ya, en fin, en nuestros dias
mercedes y señorías
se entierran á media noche,
llevando el cuerpo en un coche,
por ahorrar de cofradías.
Por eso don Luis se casa
segun la ley del provecho,
hallándose lo mas hecho
primero que entre en su casa.

DON FELIPE.

Prudencia es vivir con tasa;
tambien lo pienso imitar.

ESCENA IV.

—

CASILDA.—DON FELIPE. DOÑA ELENA.

CASILDA.

Señores, alto, á almorzar;
que llama el viejo.

DON FELIPE.

Advertid
que entrais, Elena, en Madrid,
y los naufragios del mar.
(Vanse doña Elena y don Felipe.)

ESCENA V.

CARREÑO.—CASILDA. *Despues* CARRETEROS, *dentro.*

CARREÑO.

Mientras allá dentro almuerzan,
y á cabar viñas va el zafio,
¡o tú.... (parezco epitafio
de estos que vocablos fuerzan)
¡o tú que empiezas con *Ca*,
y llamándote *Casílda*,
tu nombre acaba en *asílda*,
porque te he de asir quizá,
si acaso se te ha pegado
el amor que es sarampion,
que de meson en meson
mil mozos ha salpicado,
advierte que desde ayer
que te advertí billetera,
mi voluntad casildera
casildar debe querer,
porque casi me encasildo,
Casilda, por tí y me abraso:
si con Casilda me caso,
casi engendraré un cabildo
de casildicos entero,
que en cada casa y lugar
se casen por casildar
con el nombre casildero.

CASILDA.

¿En qué bodegon comimos,
señor tahur de vocablos?

CARREÑO.

Señora afeita retablos,
en ese donde estuvimos.
¿No es hembra? Yo ¿no soy hombre?
¿Qué la sobra ó qué me falta?
Sepa que el alma me asalta
la semejanza del nombre

que al mio principios da
con las dos letras primeras
que el suyo.

CASILDA.

¡Ay Dios! ¡qué frioleras!

CARREÑO.

¿Casilda no empieza en *ca*?
¿En *ca* Carreño no empieza?
Pues si principios juntamos
y con ellos nos casamos,
dueño yo de tal belleza,
del *ca* que mi nombre saca
y el *ca* que en Casilda vemos,
no es milagro que engendremos
un niño que diga *caca*.

CASILDA.

Algo espeso es el conceto.

CARREÑO.

Guisóle un ingenio ralo;
vaya el ralo para malo;
tú eres cuerda, yo discreto;
si don Baltasar se casa
con mi sà doña Mayor,
¿quién te puede estar mejor,
pues todo se cae en casa?
Accion los lacayos tienen
á fámulas de las damas,
pues son amos y son amas.
(*Ruido de carros y panderos dentro.*)

CASILDA.

¿Qué es aquello?

CARREÑO.

Van y vienen
de Madrid y de Toledo
carros, que dándose vaya,
son galeras de esta playa.

CASILDA.

Pues oigámoslos.

CARREÑO.

No puedo,
si no quedo tu privado,

y en astillero mi amor.

CASILDA.

Lo que fuese del señor,
eso será del criado.
(*Cantan dentro al son de panderos.*)

UNA VOZ.

El sombrero de tema
y el rostro zaino,
mi moreno me mira
á lo renegado.

MUCHAS VOCES.

¡Jesus! ¡qué enojo!
¡Jesus! ¡qué enojo!
Morenico dell alma,
levanta el rostro.

OTRA VOZ.

De Madrid á Getafe
ponen dos leguas;
veinte son si la calle
se pone en cuenta.

MUCHAS VOCES.

¡Jesus! ¡qué larga!
¡Jesus! ¡qué larga!
No me lleves por ella,
Diego dell alma.

CARRETERO PRIMERO, *dentro.*

Deja de tañer el muerto,
pues eres pandero vivo.

SEGUNDO.

¿Quién te mete en eso, chivo?

TERCERO.

Dalas, carretero tuerto,
y callen los mariones.

CUARTO.

Señores berengeneros,
si pares, digo los cueros,
si cueros, digo los nones.

PRIMERO.

Ballenatos, ¡la ballena!
que se os escapa el rio abajo.

SEGUNDO.

¿Cuántas ha dado el badajo?

PRIMERO.

Ballenato.

SEGUNDO.

Berengena.

TERCERO.

Zupia.

CUARTO.

Mienten los vinorres.

PRIMERO.

Echa ese estiercol, borracho.

SEGUNDO.

¡Ah mula! Dalas, muchacho.

MUCHAS VOCES.

Que te corres, que te corres.

UNA VOZ, *canta.*

Labradoras Getafe,
Leganés mozos,
Torrejon casaditas,
Pinto uno y otro.

MUCHAS VOCES.

¡Jesus! ¡qué lindos!
¡Jesus! ¡qué lindos
Torrejon, Valdemoro,
Getafe y Pinto!

CARREÑO.

Esta sí ¡cuerpo de Dios!
que es tierra alegre y sin miedo.
¡O gran Madrid! ¡o Toledo!
Dios me mate entre los dos.

ESCENA VI.

DON LUIS.—CASILDA. CARREÑO.

DON LUIS.

Alto, Casilda, de aquí,
á almorzar.

CASILDA.

¿Han ya acabado
los señores?

DON LUIS.

Ya han alzado
las mesas.

CARREÑO.

(*Hablando aparte con Casilda.*)
Hermana, sí
ó no: de presto; decildo.

CASILDA.

Dejarámelo pensar.

CARREÑO.

Carreña te has de llamar,
vive el cielo.

CASILDA.

¿Y tú?

CARREÑO.

Casildo.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA VII.

DON BALTASAR.—DON LUIS.

DON BALTASAR.

Hase quebrado una rueda,
y es fuerza arrancar mas tarde.

DON LUIS.

¡Un turco la flema aguarde
de un coche!

DON BALTASAR.

Medrano queda
dando prisa al aderezo.

DON LUIS.

¿Mas que no llegamos hoy
á Madrid?

DON BALTASAR.

¿No? yo le doy
mi fe, si á correr empiezo
y las reatas acoto,
que llegue con mas de un hora
de sol allá. Escuche agora;
mientras está el coche roto,

pues mi padrino ha de ser
y me tengo de casar,
¿no seria bueno hablar
á mi suegro, y no perder
tiempo?

DON LUIS.

Sí, que el que comienza
lo mas hace; habladle vos.

DON BALTASAR.

¿Yo?

DON LUIS.

¿Pues quién?

DON BALTASAR.

¡Bueno por Dios!

DON LUIS.

¿Por qué no?

DON BALTASAR.

Tengo vergüenza.

DON LUIS.

¿Qué hiciera la desposada?

DON BALTASAR.

Yo en estas cosas soy nuevo;
dígaselo él.

DON LUIS.

No me atrevo.

DON BALTASAR.

Pues si no, no hay hecho nada;
descasaréme *sofato*, (1)
en no tratándose aquí:
á ella le va mas que á mí.

DON LUIS.

(*Aparte.* ¡Hay mas simple mentecato!)
¿No aguardareis coyuntura
en Madrid?

DON BALTASAR.

¡Gentil espacio!
¿Somos novios de palacio?
Aquí hay confites y cura:
boda que llega á enfriarse,

(1) Ipso facto.

diz que llega á arrepentirse:
ó dejallo ú concluirse.

ESCENA VIII.

DON ALONSO. DOÑA MAYOR. DOÑA ELENA. DON FELIPE.
CASILDA. CARREÑO.—DICHOS.

DON ALONSO.

¡Miren dónde fue á quebrarse
la rueda!

DOÑA MAYOR.

¿Qué hemos de hacer,
sino sufrir y esperar?

DON ALONSO.

Dura un hora en un lugar
mas que un dia.

DON LUIS.

Entretener
os quiero mientras partimos.
Habeis de saber, señor,
que medra doña Mayor
de consorte.

DON ALONSO.

Ya supimos
que Berrío la ha mirado
con achaques de marido.

DON BALTASAR.

¿Quién? ¿yo? La señora ha sido
quien en tal flaqueza ha dado.

DON ALONSO.

¿Luego ella os ruega?

DON BALTASAR.

¿Pues no?
¿En esa ignorancia estan?
A la vista de Magan,
cuente ella lo que pasó;
que yo de mis viñas vengo.

DON ALONSO.

Será como lo decís.

¿Mayor no ama á don Lüis?

DOÑA MAYOR.

Poca voluntad le tengo.

DON ALONSO.

¿Y le ha parecido bien
Lucas?

DOÑA MAYOR.

Estremadamente.

DON ALONSO.

Don Lüis, como prudente,
conociendo su desden,
no quiere muger forzada.

DOÑA MAYOR.

Solo en eso fue discreto.

DON ALONSO.

Soy padre suyo, en efeto;
temo verla mal casada.
¿No haré un acertado empleo,
si se la doy á Berrío?

DOÑA ELENA.

¿Pues no? ¡Jesus, señor tio!
Yo infinito lo deseo.

DON LUIS.

Ya yo le he dado mi voto.

DON FELIPE.

Lo demas fuera rigor.

CASILDA.

Medraré con tal señor.

CARREÑO.

A ese parecer me acoto.

DON ALONSO.

Pues yo no lo contradigo,
ya que todos me lo alaban.

DON BALTASAR.

Ténganse: ¿luego pensaban
que está acabado conmigo?
Sepamos primeramente
el dote que me han de dar.

DON ALONSO.

Si Mayor me ha de heredar,
no hay en eso inconveniente.
Decidnos vos vuestra hacienda.

DON BALTASAR.

¿Piensan que el casarse es paja?
Quien destaja, no baraja.
Yo tengo, porque lo entienda,
un solar en Lavapies,
que segun mi hermano dijo,
en muriéndosele un hijo,
se ha de partir entre tres;
en Torrejon dos majuelos,
que agora se han de plantar;
item mas, un melonar
que he comprado en Cienpozuelos,
y si acierta la calaña,
no es su ganancia pequeña;
item mas, tengo una haceña
y una casa en la montaña,
que aunque se las llevó el rio,
fácil alzarse podrán:
¿no es bueno el coche en que van?
pues la mitad de él es mio;
tres mulas y un macho romo,
y mi soldada cumplida
para la pascua florida,
treinta ducados.

DON ALONSO.

¡Y cómo
que es caudaloso el mancebo!

DON BALTASAR.

Sendos vestidos de paño,
sin este que compré antaño;
tres jubones, este nuevo,
y dos que echándoles mangas,
harán tambien su fegura.

DON ALONSO.

¡Como quiera es la ventura!
Andaos á caza de gangas,
¡y dejad perder tal yerno!

DON BALTASAR.

Tengo cinco camisones,
dos sombreros, tres valones,
y un gaban para el invierno;
en Indias un par de tios,

un sobrino colegial,
y el dotor del hospital
es deudo de deudos mios;
un familiar viejo y rico
de la santa esquisicion....
Quedábaseme un lechon
tamaño como un borrico,
ademas del racionero
de Murcia, que dije ya.
¿Es barro esto?

DON ALONSO.

Bueno está:
mi yerno sois y heredero.
Aqui habeis de desposaros;
las manos los dos se den.

DON BALTASAR.

¿Aquí?

DON ALONSO.

Sí.

DON BALTASAR.

¿En un santiamen?

DON ALONSO.

Porque no podais tornaros
atrás; que me estará mal,
si tan buen lance perdemos.

DON BALTASAR.

A mí, mas que mos casemos.

DON LUIS, *aparte*.

¡Qué alegre está el animal!

DON BALTASAR.

Mas yo holgaréme, señor,
que otros tambien se casaran,
y el trabajo acompañaran
del matrimoño. Mijor
será dar al tiempo riendas:
presto los meses se pasan;
de doce en doce se casan
los mas por carrastollendas;
para entonces lo dejemos.

DOÑA MAYOR.

¿Para entonces? No, Berrío;
no, padre; no, Lucas mio.

DON BALTASAR.

A mí, mas que nos casemos;
pero á solas, sentirélo.

DON FELIPE.

Pues hagamos una cosa;
deme doña Elena hermosa
la mano, pues quiso el cielo
que la adore.

DOÑA ELENA.

En hora buena.

DON ALONSO.

Alto, si ello está de Dios,
cásense de dos en dos.

DOÑA MAYOR.

Por muchos años, Elena.

DOÑA ELENA.

Para servir á mi prima
y á mi primo el sobrestante.

DON BALTASAR.

Señores, báilese y cante.

DON LUIS, *aparte.*

¿No ven como se le arrima?

DON ALONSO, *aparte.*

Por Dios que es el mejor rato
que nunca pensé tener.

DON BALTASAR.

Asentémonos, muger.

(*Toma la mano á doña Mayor, van á sentarse juntos, y apártalos don Luis.*)

DON LUIS.

Aparta allá, mentecato.

DON BALTASAR.

Pues ¿qué tenemos?

DON ALONSO.

Dejalde.

DON FELIPE.

(*Aparte á don Luis.*)
¡Oh! si nos desbaratais
la fiesta....

DON ALONSO.

Muy bien estais:
yerno, asentaos; Mayor, dalde

la mano; yo gusto de eso.

DON LUIS.

(*Aparte á don Alonso.*)

Para burlas bueno está.
Ea, acábese esto ya.

DON ALONSO.

(*Aparte á don Luis.*)

¿Estais en vos? ¡Gentil seso!
Pues hácenos merced Dios
en darnos con que alegrar
molestias del esperar,
¿y alborotáisnoslas vos?

DOÑA ELENA.

(*Aparte á don Luis.*)

Quien no tiene gusto en esto,
preciarse de hombre no es justo.

DON LUIS.

(*Aparte á los que le hablan.*)

¡Oh pesia á tal, con el gusto
tan pesado y tan molesto!
¿Quereis que permita yo
que la mano á un bruto dé?

DON ALONSO.

(*Aparte á don Luis.*)

Dejadnos por Dios.

DON LUIS.

(*Aparte á ellos.*)

Sí haré.

DON BALTASAR.

Pues Casilda ¿en qué pecó?
Busquémosla un desposado.

DON ALONSO.

Ha dicho bien.

DON FELIPE.

Mi criado,
como Casilda lo quiera,
no tendrá gusto pequeño;
que yo sé que la enamora.

CASILDA.

Pues se casa mi señora,
vaya.

DON FELIPE.
Llégate, Carreño.

CARREÑO.
Llego : esos nudos aplica.

CASILDA.
Tuyos con el alma son.

CARREÑO.
Casamiento de meson
fayancas me pronostica.

CASILDA.
Aquí hay guitarra y pandero,
que es provision de posadas.

DON ALONSO.
Pues bailen las desposadas.

DON BALTASAR.
Aseguremos primero
las bodas. Señora, diga:
¿quiere, en fin, ser mi muger?

DOÑA MAYOR.
¿Pues no lo habia de querer?
Digo que sí.

DON BALTASAR.
¿Y que se obliga
á quedarlo desde aquí
para delante de Dios?

DOÑA MAYOR.
Mil veces sí. ¿Quereis vos
ser mi marido?

DON BALTASAR.
Resí.

DON LUIS, *aparte.*
Vive Dios, que me dan pena
estas burlas. ¡Que haya humor
que guste de esto!

DON BALTASAR.
El señor
¿da el sí á la señora Elena?

DON FELIPE.
De marido y de mi dueño.

DON BALTASAR.
¿Y ella?

DOÑA ELENA.

El alma con el sí.

DON BALTASAR.

¿Y Casilda?

CASILDA.

Ya le dí
la mano.

DON BALTASAR.

¿Quiere Carreño
ser su esposo?

CARREÑO.

Y enterralla.

DOÑA ELENA.

Testigos hay, no los llamen.

DON BALTASAR.

Todos dicen *amen*, *amen*,
sino es don Sancho que calla.
(*Señalando á don Luis.*)

DOÑA MAYOR.

¿Qué importa, si os quiero yo?

DON BALTASAR.

Eso bonda: alto, á bailar,
y al que le diere pesar,
que le haga mala pro.
(*Bailan.*)

ESCENA IX.

MEDRANO.—DICHOS.

MEDRANO.

Ya está aderezado el coche;
vengan á poner el hato.

DON ALONSO.

Yo he tenido un lindo rato.

DON LUIS.

Vamos; que aunque sea de noche,
habemos hoy de llegar.

DON ALONSO.

Ea, Lucas, que en Madrid

se hará lo demas: uncid.

DON BALTASAR.

Allá nos pueden velar
el domingo, Dios delante,
señor suegro.

DON ALONSO.

Ansí ha de ser.

DON BALTASAR.

Entre, señora muger.

DOÑA MAYOR.

Entro, señor sobrestante.

(Vanse todos, y al entrarse don Baltasar, sale don Diego y le detiene.)

ESCENA X.

DON DIEGO.—DON BALTASAR.

DON DIEGO.

Esperad, Lucas Berrío,
(si en fe de vuestra nobleza
juzgais á título honroso
que os hable de esta manera)
admitid mil parabienes
del hábito en que en Illescas
os halla quien esperaba
dároslos de una encomienda.
Váyale á pedir albricias
á vuestro padre el que intenta
(porque alegren tales cargos
su vejez) medrar con ellas;
que cuando la accion honrosa
del marquesado se pierda,
por eso la equivaldrá
el ser mozo de litera.
Don Baltasar, ¿es posible
que en vos mocedades puedan
degenerar vuestra sangre,
y alargar tanto la rienda
á ilícitas travesuras,

que en tan civil trage os vea
quien desmintiendo á sus ojos,
se holgara que nunca os vieran?
¿Vos mozo de mulas bajo?
Afrentad enhorabuena
vuestra sangre; pero no
á la mia hagais afrenta.
Doña Ana de Castro os quiso
tanto, que andando en las lenguas
de toda su vecindad,
es causa que el seso pierda.
Persuadiónos, engañada,
á la pretension honesta
que enlazando corazones,
logra en tálamos la Iglesia:
amonestada con vos
dos veces, y la tercera
á punto de publicarse,
¿qué faltas vistes en ella
para ocasionar venganzas
á la sangre portuguesa,
que en respetos semejantes
ó pierde el seso ó se venga?
Agradeced mi templanza;
que injuriado, bien pudiera,
publicando aquí quien sois,
sacaros á la vergüenza.
Amor todo lo perdona;
demos á la corte vuelta;
abrid al honor los ojos;
caballero sois; no pueda
mas el vicio que la fama
en vos. Doña Ana os espera;
reparad obligaciones;
ó si no, salgamos fuera
del lugar, donde la espada
os obligue á hacer por fuerza,
guiada de mi justicia,
lo que no puede la lengua.

DON BALTASAR.

Don Diego, bien sabeis vos
lo que mi crédito arriesga,

si con quien está casada,
al cielo ofender intenta.

DON DIEGO.

¡Casada! ¿Cómo ó con quién?

ESCENA XI.

—

DOÑA MAYOR.—DON BALTASAR. DON DIEGO.

DOÑA MAYOR.

(*Para sí al salir.*)

Desposada estoy de veras,
aunque lo juzgue de burlas
mi padre. ¡Gentil quimera
nos ha pasado este dia!
¿Qué jüicio habrá que crea
que por mano de mi padre
á darme la suya venga
quien tan lejos de su gusto
me quiere, y que lo consienta
el mismo que á desposarse
conmigo da tanta priesa?
Yo á lo menos con el alma
se la dí; si es verdadera
su voluntad, hecho está,
suceda lo que suceda.

DON DIEGO.

Las cédulas que alegais,
bastantes estorbos fueran,
á no morir peleando
don Rodrigo, en fin Almeida.

DOÑA MAYOR, *aparte.*

¿Qué es esto, cielos? ¿qué escucho?
¿Ya hay perseguidor que venga
á desbaratar mis dichas?
¿Tan presto empezais, sospechas?

DON DIEGO.

Testigo podeis ser vos,
cuyos ruegos y promesas
no han sacado de doña Ana

mas que permitidas muestras
de amor, si habrá don Rodrigo
en cuanta correspondencia
con ella tuvo, alcanzado
cosa que agraviaros pueda.
Viuda está en la voluntad;
pero en lo demas defienda
el recato de su fama
su constancia y su entereza.
Ella os adora, y aquí
vuestra mocedad intenta
imposibles que esta noche
burlar (1) vuestro amor es fuerza.
Don Lüis ha de casarse,
segun dicen, á las puertas
de Madrid; pues ¿qué intentais
de tan difícil empresa?
Yo he de impediros á vos;
y si la vida me cuesta,
ó habeis de cumplir palabras,
ó habeis de morir por ellas.
Determinaos brevemente.

DOÑA MAYOR, *aparte.*

Amor, escuchad respuestas
de una volnutad mudada
que el oro de su fe prueba.
Veamos qué le responde.

DON BALTASAR.

Ahora bien, don Diego, venzan
obligaciones antiguas
mis inclinaciones nuevas.
Recelos bien indiciados
pudieron sacarme fuera
de jüicio y de la corte:
hoy hemos de entrar en ella.

DON DIEGO.

Si se casan esta noche,
como decís, poco cuesta
dar fin á esta travesura,

(1) Que burlen.

pues ya á entibiarse comienza.

DON BALTASAR.

No receleis desde agora
que animando diligencias,
mi competidor amante
por mí á doña Mayor pierda.
Ya veis que siendo de dia,
y caminando con ella,
si me ausento ó mudo trage,
doy que notar en Illescas:
sospechará don Lüis
alguna cosa en ofensa
de la opinion de su dama,
no igualándola Lucrecia.
Proseguiré este vïaje,
y aguardando á que anochezca,
la dejaré en san Isidro,
donde su tálamo aprestan,
y en hábito generoso,
verá vuestra prima bella
las ventajas con que amores
celosos su fuego aumentan.

DOÑA MAYOR, *aparte.*

¡O mudable! ¿ansí se pagan
primores que menosprecian
leyes de padre que obligan
al yugo de la obediencia?
Ya yo soy tu esposa, ingrato.
Cuando incasable me dejas,
¿tu valor y mi fe agravias?
Pues antes que tal consienta,
te he de hacer quitar la vida.

DON DIEGO.

Agora que os aconseja
la sangre que ilustre os honra,
contra lo que el gusto aprueba,
os doy los brazos de amigo.

DOÑA MAYOR, *aparte.*

¡Ay Dios! ¡si de tigre fueran!

DON DIEGO.

En san Isidro os aguardo.

DON BALTASAR.

Son vigilia de su fiesta
los celos en los amores.
Dad á mi enojada prenda
mil disculpas de mi parte.

DON DIEGO.

Y mil placeres con ellas. (*Vase.*)

ESCENA XII.

—

DON ALONSO. DOÑA ELENA. DON LUIS. CASILDA. MEDRANO.—
DON BALTASAR. DOÑA MAYOR.

DON ALONSO.

Mayor, ¿qué aguardas? Partamos;
que es tarde.

DON LUIS.

Lucas, daos priesa;
sacad la mula á mi esposa.

DON BALTASAR.

¿Su quién?

DON LUIS.

Iba á decir, vuestra.
Acabemos, pues, que es tarde.

DOÑA MAYOR.

Primero que suba en ella,
lleven preso á ese homicida.

DON ALONSO.

¿A quién?

DOÑA MAYOR.

A ese hombre. ¿Qué esperan?

DON ALONSO.

¿Estás en tí?

DOÑA MAYOR.

No lo he estado:
ya desengañada y cuerda,
convalece mi jüicio.
Vaya preso.

DON BALTASAR.

¿Habla de veras?

DOÑA MAYOR.

(*Aparte á él.*)

Porque os casasteis de burlas.

DON BALTASAR.

¿Qué hice yo porque me prendan?

DOÑA MAYOR.

Vos matasteis á Gonzalez.

DON ALONSO.

¿Cómo?

DON BALTASAR.

¿Yo?

DOÑA MAYOR.

Vos, buena pieza.
Ahora se lo contaba
á otro hombre, y sin que me vieran,
lo escuché desde aquí todo.

DON BALTASAR.

(*Aparte á ella.*)

¡Mi bien!

DOÑA MAYOR.

No me hable á la oreja.

DON BALTASAR.

(*Aparte á doña Mayor.*)

¿No quedamos que en Madrid
me prendiesen?

DOÑA MAYOR.

(*Aparte á don Baltasar.*)

Ya van fuera
las burlas: esto es verdad;
ansí mi agravio se venga.

DON ALONSO.

¿Que este hombre mató á Gonzalez?

DOÑA MAYOR.

Sí, señor. ¡Miren cuál queda
la pobre Mari-Rodriguez
con dos criaturas pequeñas!
Leche su madre me ha dado,
y está la afligida vieja
casi ciega de llorar.

DON ALONSO.

Llamad la justicia.

DON BALTASAR.

Fuera.
Ninguno se acerque, digo,
si no es que aburrida tenga
la vida: apártense á un lado.
(*Hácese lugar por en medio de todos, y vase.*)

ESCENA XIII.

DON ALONSO. DOÑA MAYOR. DOÑA ELENA. DON LUIS. CASILDA. MEDRANO.

DON ALONSO.

Tenedle, cerrad las puertas.

MEDRANO.

Es hombre que dice y hace.

DOÑA MAYOR.

Vayan tras él; si no, adviertan
que no he de salir de aquí
hasta tanto que le prendan.

DON ALONSO.

Déjale: vaya con Dios;
que embargarán la litera
y el coche por la justicia,
con que agora nos detengan.
Hagamos nuestra jornada;
que cuando allá no parezca,
siendo el medio coche suyo,
aunque poco, al fin es prenda.
El solar de Lavapies
lo pagará, ú de mi hacienda
remediaré viuda y hijos.

DOÑA MAYOR.

¿Eso dices?

DON ALONSO.

Calla, necia,
no lo oigan en la posada;
que no lo sabrán apenas,
cuando la justicia estorbe
nuestro camino.

ESCENA XIV.

DON FELIPE. CARREÑO.—DICHOS.

DON FELIPE.

¿Hay pendencia?
¿Qué es esto, señores?

DON ALONSO.

Nada.

DOÑA MAYOR.

(*Hablando aparte con don Felipe.*)
¡Ay don Felipe! desprecia
mi amor vuestro falso amigo:
id tras el; que se me ausenta,
y se va á casar con otra.

DON FELIPE.

¿Qué decís?

DOÑA MAYOR.

Que el verme muerta
y el perderle todo es uno.
Mi desdicha en vos espera.

DON ALONSO.

Saquen las cabalgaduras.

DON LUIS.

¡Que tantas cosas sucedan
desde Toledo á Madrid!

DON ALONSO.

Pues aun nos faltan seis leguas.
(*Vanse todos, menos don Felipe y Carreño.*)

DON FELIPE.

Carreño, prevenme postas.

CARREÑO.

Pues ¿para qué?

DON FELIPE.

Hay cosas nuevas
que sabrás por el camino.

CARREÑO.

Dios nos saque con bien de ellas.

Vista esterior de la ermita de san Isidro, estramuros de Madrid.

ESCENA XV.

PACHECO. GARCIA.

PACHECO.

¿Está ya aderezada
la cena?

GARCIA.

Y de esperar, casi pasada.

PACHECO.

No hayais miedo que tarden.
Mejor es aguardar, que no que aguarden.

GARCIA.

En fin, ¿en esta ermita
resuelven desposarse?

PACHECO.

Solicita
amor ahorrar de plazos,
y escúsanse convites y embarazos.

GARCIA.

¿Cuántos serán de mesa?

PACHECO.

Seis ó siete no mas. Démonos priesa.

GARCIA.

¿En qué, si há ya dos horas
que desean parir las cantimploras?

PACHECO.

Será comadre el vidro
del nevado licor; mas san Isidro
nos brinda con la fuente
que de Ivan aplacó la sed ardiente.

GARCIA.

Quita las calenturas.

PACHECO.

No las de amor, que honesto, son seguras.

GARCIA.

¡Quién viera dilatada
esta ermita, á tal santo dedicada!

PACHECO.

¡Milagroso aldeano,
que ya en el cielo es rey y es cortesano!

GARCIA.

Bien aquí pareciera
un convento magnífico.

PACHECO.

Estuviera
devoto y adornado,
y dejara á Madrid autorizado.

GARCIA.

Su patrona es la villa;
algun dia lo hará. ¿Y en la capilla
han de cenar?

PACHECO.

Escojan;
que en el campo calores no congojan,
pues ha de ser de noche.

GARCIA.

Ameno está aquel prado.

PACHECO.

Este es el coche.

GARCIA.

Andad, que son dos carros.
¿No escuchais de sus mozos los desgarros?

ESCENA XVI.

—

DON FELIPE. CARREÑO.—PACHECO. GARCIA. *Luego* DON ALONSO, *dentro*.

DON FELIPE.

(*Hablando con el criado en el fondo.*)
Si doña Ana ha podido
resucitar á amor puesto en olvido,
y con ella se casa
don Baltasar, doña Mayor se abrasa

de celos; y en su pena
interesada, perderé á mi Elena.

CARREÑO.

Yo no poco me holgara
que en favor de doña Ana sentenciara
la voluntad traviesa;
que es digna de adorar la portuguesa.

DON FELIPE.

¿Dónde se habrá escondido
don Baltasar, que hallarle no he podido?

CARREÑO.

En casa de doña Ana.

DON FELIPE.

En ella me apeé; mas salió vana
mi diligencia.

CARREÑO.

¿Y llora?

DON FELIPE.

Risueño llanto contemplé en su aurora.
(*Llegando á Pacheco y Garcia.*)
Hidalgos, ¿son criados
del señor don Lüis?

GARCIA.

Sus paniaguados.

DON FELIPE.

¿Tendránle prevenida
la cena aquí?

GARCIA.

Y con nieve la bebida.

DON FELIPE.

Pues yo me aparté de ellos
en Illescas no há mucho, y son aquellos,
si no me engaño.

DON ALONSO, *dentro.*

Pára.

PACHECO.

¡Hola! á poner á asar.
(*Vanse los criados.*)
¡O noche clara!
¡qué de nubes que esperas,
de celos, confusiones y quimeras!
(*Vanse don Felipe y Carreño.*)

ESCENA XVII.

DON ALONSO. DOÑA MAYOR. DON LUIS. DOÑA ELENA. CASILDA.

DOÑA MAYOR.
No tienen que persuadirme;
que mientras no le pusieren
en la carcel, no hay casarme.

DON ALONSO.
¿Pues qué dependencia tienen
de su prision estas bodas?

DOÑA MAYOR.
Yo me entiendo y Dios me entiende.

DON LUIS.
Mi bien, si en la Babilonia
de la corte no parece,
¿por eso es razon que yo
lo padezca?

DOÑA MAYOR.
Diligencie
vuesa merced mi venganza,
ó no diga que me quiere.

DON ALONSO.
¡Válgate Dios por camino!
Mayor, ¿qué es esto que tienes?
¿Si las congojas del sol
te han quitado el seso?

DOÑA MAYOR.
Lleven
al homicida á la carcel,
y entonces verán qué alegre
á don Luis le doy la mano;
pero si no, desesperen.

CASILDA.
Ella ha dado en ser temosa.

DOÑA ELENA.
Prima....

DON LUIS.
Esposa....

DON ALONSO.

Hija....

DOÑA MAYOR.

¿Quieren
que me arroje de aquí abajo?
Ó se vayan, ó me dejen.

DON LUIS.

Casémonos; que casados,
aunque la hacienda me cueste,
no descansaré hasta hallarle.

DOÑA MAYOR.

No he de casarme hasta verle
en la carcel por mis ojos.
Denme este gusto, y sosieguen
con que seré esposa al punto
del señor don Luis.

DON LUIS.

¿Qué tiene
que ver lo uno con lo otro?

DOÑA MAYOR.

Yo me entiendo y Dios me entiende.

ESCENA XVIII.

DON FELIPE.—DICHOS.

DON FELIPE.

Señores....

DOÑA MAYOR.

¡Ay don Felipe!
¿Pareció Lucas?

DON FELIPE.

Dejéle
en Santa Cruz retraido.

DOÑA MAYOR.

¿Ven como él le dió la muerte?

DON ALONSO.

¿Pues de cuándo acá amas tanto
al difunto?

DOÑA MAYOR.

Dióme leche
su madre, y he de vengar
la sangre de un inocente.

DON LUIS.

Pues estando retraido,
¿cómo habemos de prenderle?

DOÑA MAYOR.

Yo sé donde le hallarán,
si le buscan diligentes,
esta noche.

DON ALONSO.

Dinos donde.

DOÑA MAYOR.

Prenderánle, como acierten
en casa de una doña Ana
de Castro, infaliblemente.

DON LUIS.

¿Dónde vive?

DOÑA MAYOR.

¿Qué sé yo?
Diránlo sus portugueses.

CASILDA.

Buscad á san Pedro en Roma.

DON LUIS.

Ella está loca.

DON ALONSO.

¿Qué sientes,
hija? ¿Si me la han aojado?

DOÑA MAYOR.

Yo me entiendo y Dios me entiende.

ESCENA XIX.

—

DON BALTASAR, *muy bizarro.* CARREÑO.—DICHOS.

DON BALTASAR.

Mil veces sean bien venidos
á Madrid vuesas mercedes.

DON ALONSO.

Y vos, señor, bien llegado.
¿Qué mandais, pues?

DON BALTASAR.

Que se quieten
todos estos sobresaltos,
y doña Mayor alegre
con su mano mi esperanza.

DON LUIS.

¿Cómo es eso?

DON BALTASAR.

No se altere
ninguno: Lucas Berrío
está aquí, si ya no quieren
que sea don Baltasar
de Córdoba, que pretende
llevar su esposa á su casa.

DON LUIS.

¿Quién es su esposa?

DON BALTASAR.

Bien pueden,
si todos fueron testigos,
á sí mismos responderse.
¿No nos desposó su padre
en Illescas? ¿Qué pretenden?

CARREÑO.

Encorozar nuestra novia,
si la hacen casar dos veces.

DON ALONSO.

Esa fue boda de burlas.

DON BALTASAR.

Yo de veras hablé siempre.

DOÑA MAYOR.

Y yo tambien.

DON LUIS.

¡Oh traidores!
Armas tengo que me venguen.

(*Quiere echar mano, y detiénele don Luis.*)

DON FELIPE.

Perdereisos: don Lüis,
deteneos, y mas prudente,
envidiad conformidades

que se aman y os aborrecen.
Don Baltasar es tan noble,
que en Córdoba resplandece
para gloria de su fama
la luz de sus ascendientes;
seis mil ducados de renta
la senectud le promete
de un siglo de años que presto
marques imagina verle:
mirad con quien competís.

DON LUIS.

Nada mi sangre le debe,
mis agravios, sí, infinito;
pero Madrid tiene jueces
y mi satisfaccion armas. (*Vase.*)

CARREÑO.

Eso sí, vaya y pleitee,
dejándonos á la novia.

ESCENA XX.

DON DIEGO.—DICHOS, *menos* DON LUIS.

DON DIEGO.

Don Baltasar, hoy suceden
las cosas á vuestro gusto.
Don Rodrigo, cuya muerte
fingió el vulgo mentiroso,
está en la corte y previene
confirmar cédulas noble
con las obras, que agradece
mi prima, ya esposa suya.

DON BALTASAR.

Siglos en vez de años cuenten.

DOÑA MAYOR.

De ese modo asegurada,
solo falta que nos eche
mi padre su bendicion.

DON ALONSO.

Vaya, pues que Dios lo quiere.

Mas ¿fue de veras tambien
el desposorio solemne
de Elena y de don Felipe?

DON FELIPE.

Pues ¿de eso dudais?

DON ALONSO.

Celebren
unas y otras vuestra industria.

CARREÑO.

Y digan vuesas mercedes,
las nuestras ¿en qué pecaron?

DON BALTASAR.

Dote os daré competente.

DON ALONSO.

Vamos á cenar agora.

DON BALTASAR.

Esto y mucho más sucede
desde Toledo á Madrid,
aunque es jornada tan breve.



EXAMEN

DE

DESDE TOLEDO Á MADRID.

Para quitar á nuestros lectores el desabrimiento que les habrán causado las últimas escenas de *Averígüelo Vargas*, hemos puesto á continuacion esta comedia de caracter harto diverso. Aquí el amor se contiene en los límites del decoro, y las trazas de los amantes no traspasan la línea de la verosimilitud: es una novedad, es un gran mérito en Gabriel Tellez el presentarnos á un caballero mozo y á una dama hermosa solos y de noche, ya en la quietud de un aposento retirado, ya en la soledad de una campiña, sin que ninguno de los dos forme un pensamiento ni pronuncie una espresion menos que honrados. La comedia *Desde Toledo á Madrid* no entró en la coleccion de las de Tellez, cuyo quinto y último tomo se publicó el año de 1636: tal vez fue una de las postreras obras del Plauto español, pues no pudo escribirla antes de la toma de Bredá ocurrida en 1626, á cuyo suceso alude en el acto tercero: entonces hacia ya seis años que Tellez era religioso, y contaba acaso de edad mas de cincuenta y cinco; puede inferirse por tanto que estudiándose á sí mismo, y comparando las impresiones que debia producir la lectura ó representacion de *El Amor y la Amistad* y *La Celosa de sí misma* con las que dejaban al fin *El Vergonzoso en Palacio* y otras comedias que se le parecen, abandonó los recursos de que tantas veces habia abusado, y quiso escribir con mas miramiento una comedia de capa y espada, ó sea de intriga y costumbres. Por lo menos es innegable que esta vez atinó con una accion en la cual la sencillez no es pobreza, ni el enredo embrollo, el interes no se interrumpe, el chiste no escasea, y la modestia no se escandaliza. Dirige esta vez la máquina amorosa, no una dama sagaz, sino un caballero; y mas rígido Tellez que nunca, desaprueba altamente el disfraz humilde de don Baltasar, diciendo ya

por boca de doña Mayor, ya por la de don Diego, ya por la del mismo criado del fingido sobrestante, que aquella accion era indigna de un hombre de noble cuna. El disfraz ya citado, los incidentes del camino y todo el plan del drama son mas artificiosos y revelan mas estudio que el que se descubre en las mejores comedias de Tellez; de modo que si concurrieran algo mas al enredo los personages de don Felipe, doña Elena y Carreño, esta composicion seria una obra maestra en su género, así como es una de las mas recomendables de su autor. Acordémonos de aquel don Hernando que figura en *La Huerta de Juan Fernandez*, ó del don Duarte de *Averíguelo Vargas*: en ambos pintó el maestro Tellez dos caballeros de escelentes cualidades, muy enamorados y muy dignos de que su amor fuese correspondido; ambos nos interesan y ambos, á despecho suyo y con sentimiento del espectador, casan con muger á quien no han amado: no sucede lo mismo con el novio de doña Mayor, ente nulo por quien nadie se aficiona. De mala gana hacemos con Tellez en *Marta la Piadosa* el viage de Madrid á Illescas: ahora le seguimos sin fatiga, aunque es doblemente largo el camino: en el un caso el viage podia suprimirse, en el otro la accion, la comedia es el viage. Si Tellez hubiera cuidado siempre de conservar el mismo interés, y con él la ilusion, en todas sus composiciones, algun lauro menos hubiera obtenido Moreto, que tan hábilmente sabia hacer suyos los pensamientos agenos, embelleciendo los que habian salido á luz en embrion. Ello es cierto que si *El Parecido* de Moreto arrinconó justamente al *Castigo del Penséque*, la comedia que lleva el título de *Entre bobos anda el juego* no puede parar perjuicio á esta que examinamos, de la cual tomó don Francisco de Rojas la idea del viage, trocando el punto de partida, es decir principiándolo en Madrid, para concluirlo antes de llegar á Toledo. Si don Lucas del Cigarral es un personage muy cómico que no admite comparacion con el don Luis del maestro Tellez, don Baltasar y doña Mayor en cambio son infinitamente superiores á la doña Isabel y el don Pedro de Rojas, cuya fábula ademas peca de sobrado confusa y no está en general tan bien escrita como *Desde Toledo á Madrid*.

En el acto primero, que realmente principia con un

monólogo que aun seria largo con la mitad de los versos, se hace la esposicion del asunto y la accion da el primer paso con el encuentro á oscuras de doña Mayor y don Baltasar, el cual se verifica de una manera que escita vivamente la curiosidad. No es de creer que un hombre se duerma cuando se halla encerrado en casa agena y espuesto á ser tratado como ladron ó asesino; pero nada tiene de inverosimil que se enamore tan de pronto aquel á quien la casualidad le pone en los brazos una belleza en medio de circunstancias tan singulares. Don Baltasar, que huye de la dama que le ha ofendido, y doña Mayor, á quien suena bien el nombre de esposo y que no gusta del sugeto que su padre le propone, se hallan bien dispuestos para prendarse recíprocamente. En la escena cuarta descubrimos un obstáculo nuevo que tendrá don Baltasar que vencer, á la siguiente recibe el billete que le infunde valor y esperanzas, y el acto termina bien con el anuncio de una resolucion estraordinaria, propia de la urgencia del caso.

Al acto segundo toma la pieza un caracter festivo que no tenia en el primero, todo urbano y galante, á escepcion de lo poco que habla Carreño. Facilmente adivinamos el motivo de los melindres con que doña Mayor aburre á su padre y á su novio, melindres que debieron sugerir á Rojas la idea de un caracter, formando con ellos, con el personage de doña Elena y con lo poco que se dice de aquella doña Ana, primer amor de don Baltasar, la figura de doña Alfonsa. Los dos amantes consiguen hablarse á solas despues que don Baltasar, á título de sobrestante del ganado, priva á su rival del gusto de estrechar en sus brazos á su prometida para acomodarla en las jamugas. El diálogo que tienen á vista de Magan es cortés, amoroso y honesto, y concluye con un rasgo cómico propio de Tellez; doña Mayor, para que don Baltasar no vea en Madrid á doña Ana, exige de él nada menos sino que se deje llevar á la carcel y permanezca allí mientras la recelosa dama averigua si su pretendiente es digno de su mano. Sorprendidos por don Luis, este lance que parece debiera dar fin á la accion, es el que forma el nudo del drama; don Luis engañado por doña Mayor, finge para burlarse del supuesto Berrio que ya no compite con él; y el taimado don Baltasar, volviendo

á subir en la mula con su amada, obliga al deslumbrado rival á seguirlos un rato á pie y otro andando.

En el acto tercero la bellaquería del caballero cordobés sube de punto. Remedando con la naturalidad mas picaresca el simple y el vergonzoso, logra que el mismo don Felipe hable á don Alonso en orden al casamiento fingido, cuyo ajuste forma la mejor escena de la comedia; viene don Diego en seguida, doña Mayor que se cree pospuesta á doña Ana, quiere que en la misma posada prendan al infiel amante. Don Baltasar que en otra ocasion se hubiera entregado dócilmente á la justicia, no sufre que se le avergüence delante de las personas á quienes engañaba, y hace lo que era de esperar de un hombre con resolucion: saca la espada, rompe por medio de todos y se va á Madrid.

El resto de la comedia es débil. Bien está que doña Mayor rehuse desposarse mientras no prendan al fugitivo; pero don Baltasar se presenta con sobrada confianza á pedir la mano de una muger con quien todavia no se ha justificado: el informe de don Diego, traido con mas arte, debia preceder á la venida de don Baltasar. Don Luis, viéndose burlado, se retira echando bravatas: á Calderon le hubiera parecido que unas cuchilladas venian como nacidas en este lance.

La versificacion es de la buena de Tellez, aunque de vez en cuando adolece de aquellos defectos cien veces ya notados en todas sus obras.

El que se tome el trabajo de cotejar esta reimpresion con la que se hizo el año de 1837, la cual fue una entrega del *Teatro antiguo español* que entonces empezó á publicarse, hallará que se diferencian, no solo en infinitas variantes de puntuacion que dan otro sentido á la frase, sino ademas en un gran número de lecciones distintas del testo. Nosotros nos hemos arreglado al ejemplar impreso el año de 1666 é incluido en la *Parte veinte y seis de comedias nuevas escogidas de los mejores ingenios de España*, que dió á luz el mercader de libros Juan Merinero; al editor de la reimpresion mencionada toca decir si son suyas ó agenas y de original auténtico las alteraciones que ha hecho en el diálogo desde la primera escena.

LA FIRMEZA EN LA HERMOSURA,

COMEDIA.

PERSONAS.

DOÑA ELENA CORONEL.
DON JUAN DE URREA.
EL CONDE DE URGEL.
DOÑA JOSEFA DE LUNA.
ENGRACIA.
DON ALONSO.
BUÑOL, *gracioso.*
BELTRAN, *alcaide.*
UN PAGE.
UN CARCELERO.
ESCUDEROS.

La escena es en Zaragoza y sus inmediaciones.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de doña Elena en Zaragoza.

ESCENA I.

DOÑA ELENA, *con manto*, *y* ENGRACIA *sin él.* DON JUAN.

DON JUAN.

No has de ir, por vida mia.

DOÑA ELENA.

¿Vida y tuya? Toma, Engracia,
allá este manto.
(*Quítaselo, y vase Engracia.*)

DON JUAN.

¡Qué gracia!
¡qué primor! ¡qué cortesía!

DOÑA ELENA.

Solo en tu vida se fia
mi esperanza, y en su esfera
sus alivios considera;
que para mí no hay mas mal
que el recelarte mortal,
porque eterno te quisiera.
Si á sospechas te provoco,
no, mi don Juan, suelto el manto;
mas vida que estimo en tanto,
no la jures por tan poco.

DON JUAN.

Con tantas finezas loco,
aunque las adoro y precio,
mis méritos menosprecio,
porque llego á conocer,
mi bien, que no puede ser
tan dichoso quien no es necio.

DOÑA ELENA.

Querer bien por eleccion,
y no por razon de estado,
(que aunque este nombre le han dado,
no sé que haya en él razon)
nunca va en diminucion;
y si agora que niño es,
en los estremos que ves,
don Juan mio, te parece
que mucho te favorece,
juzga tú qué hará despues.

DON JUAN.

La hermosura y discrecion
reina pueden coronarte;
mas, condesa, en esa parte
no ha acertado tu eleccion:
si amaras con proporcion
lograras tus pensamientos;
pero recela escarmientos
mi mucha desigualdad,
fenix tú de la beldad,
y yo sin merecimientos.
¿Qué has visto en mí que te obligue
á tan prodigioso amor?

Noble nací; mas valor
á quien la dicha no sigue,
en vez de ayudar persigue.
Mi padre fue el mas valido
de un rey poco agradecido;
y bien sabes tú, señora,
que esto de fue y no es ahora,
es desaire aborrecido.
Don Pedro el cuarto.... *El Cruel*
le ha intitulado Aragon;
mas no yo, que este blason
no es en los vasallos fiel.
Don Pedro, pues, cifró en él
de su favor el esceso;
pero imitó en su suceso
á los mas que se le igualan;
que los privados resbalan,
oprimidos con el peso.
Quitóle vida y estados;
que la fortuna y los reyes
siguen unas mismas leyes
con sabios y con privados:
heredé solos cuidados
que á mi desdicha añadieron
lisonjeros que subieron
por mi padre á la privanza,
y despues en mi mudanza
aun pésames no me dieron.
Don Jaime, conde de Urgel,
conmigo solo propicio,
me recibió en su servicio,
librando mi suerte en él:
digno es que ciña el laurel
de Roma su heróica frente,
del rey cercano pariente,
y los dos ínclitos nietos
del cuarto Alfonso, respetos
con que á su sombra me aliente.
Este es todo mi caudal,
bellísima Elena mia;
yo el crepúsculo, tú el dia:
tu sangre de estirpe real,

condesa de Belrosal,
tu renombre Coronel,
tan generosa por él
que hizo el valor que te abona,
de tu coronel corona
digna del sacro laurel.

DOÑA ELENA.

Leccion nueva al amor das;
sabré por ella á lo menos
que quien se presume menos
es digno de amarse mas:
ocasionándome vas
á creer, cuando atropellas
tus prendas, que por tenellas
enagenadas te humillas,
ó que das en deslucillas
por no deshacerte de ellas.
Si es tu sangre casi real,
bien ves, por mas que te abajes,
que cuando no me aventajes
en nobleza, eres mi igual.
¿De la hacienda haces caudal,
don Juan mio? Compre y venda
amor vil, y ponga tienda;
que el noble, que á reinar viene,
ni consejo de Indias tiene,
ni vió al consejo de Hacienda.
Sirve al infante de Urgel,
digno de mayor corona,
y pues tus prendas abona,
déjame que aprenda de él,
no de don Pedro el crüel,
la noble satisfaccion
de la discreta aficion
con que su pecho te fia;
ó pues que culpas la mia,
culpa tambien su eleccion.

DON JUAN.

Tu entendimiento es de suerte,
que la vitoria he de darte:
vivo, amores, de adorarte;
fuerza es que tiemble el perderte.

No por eso has de ofenderte;
que todo desconfiado
duda del dichoso estado
en que le encumbra el favor,
y con celos, nunca amor
fue bien acondicionado.
Pacífico siglo goza
Aragon por la blandura
de nuestro rey que procura
cortejar á Zaragoza:
sigue la nobleza moza
su apacible inclinacion:
que de las musas patron,
entre ejercicios diversos,
se deleita con los versos,
y ampara su profesion.
Una comedia que ha escrito
el primero rey don Juan,
en los conceptos galan,
y en el asunto erudito,
sazona hoy el apetito
del gusto que en las sentencias,
consonancias y cadencias
se alegra de la poesía;
que el alma es toda armonía,
y búscanla sus potencias.
Seis títulos y señores
la representan; tres damas
de la reina encienden llamas
en laberintos de amores;
el Buen Retiro entre flores,
con que al Ebro el cristal bebe,
da el teatro, en que se atreve
á hurtar á Plauto y Terencio
aplausos con que al silencio
admiraciones renueve.
Perder por mí fiestas tales
será fineza indiscreta,
pues siendo rey el poeta,
traza y versos seran reales:
tu vista aumente sus sales,
aunque has de dar ocasion

á que pierda su sazon,
porque ¿quién ha de tener,
si una vez te llega á ver,
en la comedia atencion?

DOÑA ELENA.

¿Para qué siembras enojos
que broten despues agravios,
si me permiten tus labios
lo que me niegan tus ojos?
Don Juan, de ruegos tan flojos
congeturar mi amor puede
que tu temor me concede
lo mismo que te desmaya,
y que el pedirme que vaya
es rogarme que me quede.

ESCENA II.

BUÑOL.—DOÑA ELENA. DON JUAN.

BUÑOL.

Mas há que por tí pregunta
el conde infante de una hora:
quien sirviendo se enamora,
contrarios estremos junta.
Quiere que en la quinta amena
la comedia de palacio
goces, ¡y tú muy de espacio,
Páris ciego de esta Elena,
brujuleas regodeos
del dios enrédalo todo!
Vamos, que es tarde.

DON JUAN.

¿De modo,
amores, que tu deseo
he de estorbar? En fin, ¿quieres
que sin tí, condesa mia,
salga la comedia fria?
No es justo: ven.

DOÑA ELENA.

Mas ¡cuál eres!
Anda, don Juan; que yo sé
lo que el quedarme te agrada.

DON JUAN.

Despues de representada,
la comedia te traeré;
lêrás su traza discreta,
y advertirásla mejor.

BUÑOL.

No le haces mucho favor
con eso al dicho poeta.

DON JUAN.

¿Has de quedarte, mi bien,
sola, en efeto, y sin mí?

DOÑA ELENA.

Mientras que contempla en tí,
no lo está quien quiere bien.
(Vanse don Juan y Buñol.)

ESCENA III.

ENGRACIA.—DOÑA ELENA.

ENGRACIA.

Doña Josefa de Luna
á nuestras puertas se apea.

DOÑA ELENA.

Querrá que con ella vea
esta fiesta, ya importuna
para mí; mas no es fineza
darle á don Juan pesadumbre.

ESCENA IV.

DOÑA JOSEFA.—DOÑA ELENA. ENGRACIA.

DOÑA JOSEFA.

La amistad vuelta en costumbre
es otra naturaleza.
Há tanto, condesa mia,
que las dos la profesamos,
que si á esta fiesta no vamos
juntas, suceder podria
que me pareciese mal,
sin merecerlo su autor.

DOÑA ELENA.

Débote en ese favor,
marquesa, todo el caudal
que no tengo, y mas ahora
que un estorbo, que no digo,
no me consiente ir contigo:
permíteme tu deudora
hasta que en otra ocasion
me dé el gusto mas espacio.

DOÑA JOSEFA.

¿Luego no has de ir á palacio?

DOÑA ELENA.

En yendo, daré ocasion
á irremediables enojos.
Juramentada me dejan
celos que de mí se quejan,
que no la han de ver mis ojos;
y el cumplirlo es tan preciso
como lo es el respirar.

DOÑA JOSEFA.

Mil cosas que maliciar,
condesa, me da tu aviso.
¿Qué seria si una traza
nos quitase, doña Elena,
fiestas que el amor ordena,
y la sospecha embaraza?

¿Sírvete el conde de Urgel?

DOÑA ELENA.

Logrando en tí su cuidado,
ese miedo es escusado.
No fuera yo amiga fiel,
si sabiendo que le quieres,
te le enagenara yo.

DOÑA JOSEFA.

Poco en réspetos miró
la amistad en las mugeres.
Ni que lo tema te espante,
porque el conde me ha pedido
con afecto encarecido
y con recelos de amante,
que si su quietud deseo,
pierda esta fiesta por él;
que está celoso el de Urgel
del rey.

DOÑA ELENA.

Tan hermoso empleo
como el de tu amor, ¿qué mucho
que del mismo sol te guarde?
Mas si el conde hiciera alarde
de servirme, como escucho
á tus sospechas, ¿quién duda
que en no ir allá te empeñaba,
porque si me declaraba
su pasion, hasta aquí muda,
deseoso de obligarme,
no diese á celos lugar,
á costa de tu pesar?
Y así no habia de privarme
de una fiesta magestad,
á quererme el conde bien.

DOÑA JOSEFA.

Amiga, los celos ven
mas que la seguridad.
Esto por malicia pase.

DOÑA ELENA.

Pues ahora ¿á dónde vas?

DOÑA JOSEFA.

Puede otro precepto mas,

y dudo, si le quebrase,
esperanzas en vislumbres
que el pecho obligado esconde.

DOÑA ELENA.

¿Mudable tú?

DOÑA JOSEFA.

Fuelo el conde,
y imito yo sus costumbres.
Ruégame don Juan de Urrea
con todo encarecimiento
que en este entretenimiento
asista, porque desea
saber á cual de los dos
obedecen mis cuidados
en gustos tan encontrados.

DOÑA ELENA.

¿Qué dices? (*Aparte.* ¡Válgame Dios!)
¿Don Juan te pretende á tí?
¿Don Juan al conde compite?

DOÑA JOSEFA.

Pocas lealtades permite
amor, ciego frenesí.

DOÑA ELENA.

¿Qué maravillas no harán
tus divinas perfecciones?
En efeto, ¿te dispones
á atropellar por don Juan
con el conde?

DOÑA JOSEFA.

De manera
que sin que pierda con él,
cumpla yo con el de Urgel,
y con don Juan que me espera.

DOÑA ELENA.

Si es tu ingenio para tanto,
mucho tus trazas le deben.

DOÑA JOSEFA.

Como á esas cosas se atreven
los disimulos de un manto.
Pero, en efeto, ¿no admites,
condesa, el venir conmigo?

DOÑA ELENA.
Ya mi imposible te digo.

DOÑA JOSEFA.
En las finezas compites
con tu hermosura. Las dos
no somos de un parecer;
pero pues sin tí he de ver
la comedia, amiga, á Dios. (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA ELENA. ENGRACIA.

DOÑA ELENA.
No sé como mi pasion
ha disimulado tanto.
Engracia, vuélveme el manto.
¡Disfrazada la traicion
con halagos y caricias!
Pero sí, que deslealtades,
cuando afectan humildades,
nunca vienen sin malicias.
(*Pónense las dos los mantos.*)
Registrarán mis enojos
verdades que lloren luego;
que puesto que amor es ciego,
los celos son todos ojos.
Cubre el rostro, y ven conmigo.

ENGRACIA.
Esperando el coche está.

DOÑA ELENA.
Mas presto que él llegará,
Engracia, el temor que sigo,
que lleva alas en los pies:
no quiero que por el coche
saquen quien soy esta noche,
dando que decir despues.

ENGRACIA.
Pues ¿qué intentas?

DOÑA ELENA.

Que sin verme,
desdichas pueda mirar;
que me muero por hallar
lo que hallado ha de perderme. (*Vanse.*)

Entrada de un jardin.—Es de noche.

ESCENA VI.

EL CONDE. DON JUAN.

CONDE.

Confiésote que tiene
el rey buen gusto, y que es este recreo
de príncipes empleo,
porque á cifrarse en la comedia viene
cuanto entretenimiento deleitoso
es alivio del noble y ingenioso.

DON JUAN.

De tí, señor, se ampare
Apolo defendido.

CONDE.

Dichoso hubiera sido,
aunque el rey en su abono se declare,
á celebrar su fama
doña Josefa, pues con ser su llama
de las de amor amiga,
las musas, que aborrece, desobliga.
No he podido con ella
que vea la comedia, y te confieso,
(ya sabes que en sus ojos vivo preso)
que por no hallarse en ella,
para mí ha de faltarla
la sazon que tuviera con mirarla.

ESCENA VII.

—

DOÑA ELENA, *tapada.*—EL CONDE. DON JUAN.

DOÑA ELENA.

(*Llegándose al conde, y apartándole de don Juan.*)

Vuestra alteza sea servido
de escucharme dos palabras,
que le han de importar no poco.

CONDE.

Decid, que no hay importancia
que para mí pueda serlo
como el servir á las damas;
pero abreviad, si es posible;
que advertirá el rey mi falta,
si no asisto en su comedia.

DOÑA ELENA.

Vos pensais que queda en casa
la belleza que os hechiza,
y en prueba de que os engaña,
disimulada y cubierta
es oyente de la farsa,
porque cierto amigo vuestro,
que os compite, se lo manda.

CONDE.

¿Qué decís?

DOÑA ELENA.

Lo que es sin duda.

CONDE.

¿Y quién es el que maltrata
obligaciones de amigo,
fiscal vos de su fe falsa?

DOÑA ELENA.

Eso adivinadlo vos,
y registrad circunstancias
de afectos, cuidados, señas,
entre los que os acompañan;
que en fe de que amor es ciego,
creyendo que todos andan

de la suerte que él, sin vista,
pocas veces se recata.

CONDE.

Algo os duele á vos, señora,
este recelo.

DOÑA ELENA.

Me abrasa
la vida su ingratitud,
el corazon sus mudanzas.

CONDE.

Fiadme, pues, su noticia;
que volviendo por mi causa,
de camino haré la vuestra,
ya que á los dos nos agravia.

DOÑA ELENA.

No lo he yo de poner todo:
lo que os he advertido, basta
para que estudieis atento
quien de los que os sirven anda
esta noche en la comedia
diligenciando tapadas;
que acciones inadvertidas
son lenguas que mudas hablan.

CONDE.

Pues no habeis vos de eximiros,
siendo parte interesada,
de tan precisa advertencia.

DOÑA ELENA.

¡Ay conde infante! que es tanta
la fuerza de mis congojas,
que para certificarlas,
en fe del mal que han de hacerme
desvelándose mis ansias,
aunque me pese, es sin duda
que será en mi vigilancia
un lince cada sentido,
un Argos cada pestaña.

(Saca un lienzo, descubierta la mano, y sin descubrir el rostro, enjuga los ojos.)

CONDE.

¡Qué caros comprais, señora,
esos celos, pues os sacan

prendas del alma á los ojos!
¡Ay mano hermosa! Tornadla
al guante, que es mi homicida,
y hiela al tiempo que abrasa.

ESCENA VIII.

UN PAGE.—DICHOS.

PAGE.

Ya se han sentado los reyes. (*Vase.*)

CONDE.

Entrad, señora. (*Aparte.* Si iguala
el talle á la discrecion,
y á la mano, amor, la cara;
á sus celos tengo envidia,
y aunque ofendido, feriara
con el desleal amigo
por esta á Josefa ingrata.)
(*Vanse los dos.*)

ESCENA IX.

DON JUAN.

¡Notable facilidad!
¡Válgame Dios! ¡qué contrarias
son juventud y firmeza
del poder y la inconstancia!
Confiesa el conde que adora
á doña Josefa, y cuantas
aventuras se le ofrecen,
le llevan tras sí.

ESCENA X.

BUÑOL.—DON JUAN.

BUÑOL.

¿Qué aguardas?
¿De qué son son los soliloquios
ermitaños?

DON JUAN.

Comparaba
con el del conde mi amor,
tan difíciles mis llamas
de ofender la prenda mia,
como las suyas livianas,
pues cuantas mira apetece.

BUÑOL.

¿Qué quieres? el conde baila
al son que doña Josefa
le tañe, pues no se cansa,
por enjaularte en su amor,
de ponernos añagazas.

DON JUAN.

¡Qué inútiles diligencias!

BUÑOL.

Eres la lealtad de España.
Pero veamos las fiestas.

DON JUAN.

¿Qué fiestas, necio? ¿Pagara
finezas de Elena así?
Prívase ella por mi causa
de verlas, siendo muger,
y cuando se queda en casa
por no ocasionar mis celos,
¡tendré yo gusto en gozarlas!
Cadaver soy sin Elena.

BUÑOL.

Perfúmate, pues se aparta;
que olerás á cuerpo muerto,
si eres cadaver sin alma.

DON JUAN.

No murmures lo que ignoras;
pero entre tanto que gasta
la comedia el tiempo en burlas,
las veras que me regalan
vamos á ver: sepa Elena
que sabe mi amor pagarla
primores del mismo estilo
que los suyos.

BUÑOL.

No es hazaña
provechosa, si en tí sueña,
á las doce despertarla.
Déjala amar á cierra ojos.

DON JUAN.

No duerme quien teme y ama,
pues quedando recelosa
de que sin ella en la farsa
bellezas advenedizas
solicitan mi mudanza,
mal dormirá mi condesa.

BUÑOL.

Mal ó bien, si no es fantasma,
celos y sueños á sorbos,
ya suspiran, ya descansan.

ESCENA XI.

—

ENGRACIA, *cubierto el rostro.*—DON JUAN. BUÑOL.

ENGRACIA.

(*Sin verlos.*)
La multitud de la gente
que entró de tropel, fue tanta,
que nos desencuadernó.
No está don Juan en la sala:
buscarále la condesa,
y si de la fiesta falta,
creyéndole en otros gustos,
tragedias nos amenazan,

que pagaré yo por todos.
Esperaréla á que salga,
pues ha de ser por aquí.
Quiera el cielo que no caiga
sobre mí este torbellino,
porque siempre las criadas
hemos de llevar á cuestas
los disgustos de las amas.
Las congojas del calor
me estan asando la cara.

(*Descubre el rostro.*)

Perdióseme el abanillo.
¡Jesus! quiero desahogarla;
que aquí y de noche, no luego
han de dar conmigo.

DON JUAN.

¡Engracia!

ENGRACIA.

¡Válgame el cielo!

DON JUAN.

¡Aquí y sola!

BUÑOL.

¿Al primer tapon zurrapas?

DON JUAN.

Pues ¿dónde bueno? ¿A quién buscas?
¿con quién vienes? ¿á qué causa
si entraste á ver la comedia,
la dejas medio empezada?
¿No he merecido, en efeto,
que una fiesta perdonara,
por escusar mis temores?
Quien en lo pequeño falta,
¿qué hiciera, Engracia, á pedirla
dificultades mas árduas?
¿Qué preceptos temió Elena?
¿Quién es el dueño que manda
mas que yo en su voluntad?
Dímelo, ansí satisfaga,
eternamente dichosas,
el cielo tus esperanzas.

ENGRACIA.

Señor don Juan, deteneos:

mirad que ciego os arrastran
por estraños descaminos
los desaires que os abrasan.
Por lo menos, de mas fondo
es la amante fe que os guarda
mi señora, pues si duda,
no da crédito arrojada.
Avisáronla no há un hora
que obligastes á una dama
á que viniendo encubierta,
os diese lugar de hablarla.
No lo creyó; mas temiólo;
que el recelar en quien ama,
es fineza, y groseria
culpar, en duda, mudanzas.
Ordenóme que os siguiese,
dióme un caballero entrada,
discurrí todo el salon,
buscándoos la vigilancia
de mi solícita agencia,
que fue, os certifico, tanta,
que hasta el vestuario mismo
registré disimulada.
Presumí, como no os via,
que la comedia os feriaba
en otra parte ocasiones
con la belleza indiciada,
y qué fingiendo sospechas,
obligasteis á que en casa
se quedase mi señora,
porque en esta no os echaran
menos amantes desvelos,
que buscan lo que les daña.
Sacásteisme mentirosa,
pues donde no os busco os hallan
inocentes mis quimeras,
si bien en razon fundadas.

DON JUAN.

Si eso es así, Engracia mia,
en albricias de ser falsas
mis sospechas, las perdono.
¿Que está mi condesa en casa?

¿que á ser mi escolta te envia?
¿que su firme amor realzan
celos que le hacen perfeto?

ENGRACIA.

Con tanto rigor la tratan,
que han de valerme estas nuevas
mas de dos joyas ó galas.

DON JUAN.

Lucirán, si en nombre mio
con esta las acompañas.

(*Quítase don Juan una sortija y dásela á Engracia.*)

ENGRACIA.

Recíbola por ser vuestra,
y á Dios, porque amor que aguarda
ó desengaños ó alivios,
juzga eternidades largas
las dilaciones mas breves.

DON JUAN.

Obligarásme, si callas
malicias de mis sospechas,
infinito.

ENGRACIA.

Sosegarla
pretendo yo, no afligirla.

BUÑOL.

Hablaste tan eleganta,
Engracia, en tu legacía,
que me vas cayendo en gracia.

(*Vase Engracia.*)

ESCENA XII.

—

DOÑA JOSEFA, *cubierto el rostro.*—DON JUAN. BUÑOL.

DOÑA JOSEFA.

¡Qué poco, señor don Juan,
os preciais de adulador,
cuando del rey el favor
los que en su comedia estan
afectan! ¿Y vos ingrato,

por bellezas de acarreo
que os diviertan el deseo,
perdeis tan gustoso rato?
¿Cómo verla no quereis,
y á sus umbrales estais?
Cuanto mas os acercais,
mas á su dueño ofendeis;
que el escuchar celebrarla
es premio del escribirla;
pero el no querer oirla
es peor que el murmurarla.
Poco el amor os abrasa
de la belleza que ausente,
empeñándoos obediente,
se queda por vos en casa.
Pero podreis disculparos
diciendo que aunque es hermosa,
la pretendeis para esposa,
y quereis ejercitaros
en manüales favores;
que damas de poca estima
son como espadas de esgrima
en que se ensayan amores.
Si esta (1) en mi pecho estuviera,
sin hacer tanta confianza,
temiendo vuestra mudanza,
disimulada viniera,
dándome crédito á mí,
á ver lo que en vos tenia;
pero, don Juan, ¿qué seria
si esto hubiese sido ansí?
Dígolo porque he advertido
á los pies de cierto conde
no sé que manto, que esconde
con melindre divertido,
que por deslumbrar enojos,
en el tal conde ocupaba
los oidos que le daba,
y en vuestra busca los ojos.

(1) Ella, vuestra dama.

DON JUAN.

¿Quién sereis vos, mi señora,
que fiscal de mis costumbres,
dais corteses pesadumbres,
y obligais, murmuradora?
Pero ¿qué manto, qué conde,
qué prenda á sus pies es esa?

DOÑA JOSEFA.

Espíritus de condesa
manifiesta lo que esconde,
y lo bien que os obedece.
Si os importa conocella,
el conde sale con ella:
ved qué alabanzas merece.

ESCENA XIII.

DOÑA ELENA, *tapada.* EL CONDE.—DOÑA JOSEFA, *tapada.* DON JUAN. BUÑOL.

DOÑA ELENA.

No desdore vuestra alteza
generosas cortesías
que le debe mi recato,
ni conocerme permita.

CONDE.

No querais tampoco vos,
prodigioso y bello enigma
de quien por fe os idolatra,
que esta os adore sin vista.
Dadme licencia que os vea.

DOÑA ELENA.

¡Ay infante! ¡y qué distintas
pasiones nos desconforman,
y mi quietud martirizan!
Aquel hombre, conde infante,
(*Señalando á don Juan que sigue hablando con doña Josefa.*)
aquel hombre que entre indignas
ingratitudes desmiente

la fe con que se acredita,
es quien perjuro á finezas,
desleal os desestima,
descompuesto se os opone,
tirano mi enojo incita.
Perdonadme; que impaciencias,
la vez que se precipitan,
ni saben guardar respetos,
ni advierten en cortesías.

(*Apártase del conde, y vase llegando á don Juan sin descubrirse.*)

CONDE, *aparte.*

Aquel ¿no es don Juan de Urrea?
Luego, si como me avisa
disfrazada esta ponzoña,
contra su lealtad conspira,
y osa hacerme competencia,
la dama que solicita
es la marquesa inconstante.
¡Ah sospechas homicidas!
duplicado habeis mis celos,
y con ellos se duplican.

DOÑA JOSEFA.

Don Juan, estimad estremos
de quien por vos no hace estima
de blasones coronados
que mis imperios humillan.
Mudanzas piden mudanzas;
que en quien agravios castiga,
no hay venganza mas airosa
que olvidar á quien olvida.
Y porque llega el infante,
á Dios.

(*Llégase á doña Elena y dícele aparte.*)

¡Ay condesa amiga!
¡Qué de ello don Juan me debe!
¡Qué bien empeños desquita!
Adorándole, me adora.
No hay conde que le compita,
no hay rey que se le compare.
Loco queda; voy perdida. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

EL CONDE. DOÑA ELENA. DON JUAN. BUÑOL.

DOÑA ELENA.

(*A don Juan aparte, descubriéndose.*)
En mitad de mis enojos
les debo tanto á mis iras,
desconocido don Juan,
que templada, aunque ofendida,
vengo solo á preguntaros.

CONDE.

(*Aparte mirando á doña Elena.*)
Corrió á la imagen divina
del sol estorbos molestos
amor, ciega monarquía.
¡Válgame su luz hermosa!
¿No es la que mis celos miran
doña Elena, en quien la fama,
para enmienda de la antigua,
tanta clausura blasona,
tanto recato nos pinta,
tanto retiro encarece,
tanto desden nos intima?
Pues ¿cómo sola y de noche,
creditos desautoriza,
y arriesgando honestidades,
en don Juan desvelos libra?

ESCENA XV.

UN PAGE.—DICHOS.

PAGE.

Conde infante, el rey os llama. (*Vase.*)

CONDE, *aparte.*

Llamas, llamándome, atiza,

que con lo imposible crecen.
¡Ah cielos! ¡que en tan precisa
ocasion el rey me estorbe!

(*Llégase á don Juan y le habla aparte: doña Elena vuelve á cubrirse.*)

Don Juan, esa dama es cifra
de todas mis esperanzas,
ni negadas, ni admitidas.
Débola mudos agrados
esta noche, aunque no vista,
(que no he sido tan dichoso)
por lo menos advertida
á pasiones consultadas.
Si mi respeto os obliga,
entre tanto que al rey veo,
detenedla y divertidla;
que presto daré la vuelta.
Mirad que me va la vida
en esto, y que si se ausenta,
la vuestra, don Juan, peligra.

(*Vase el conde, y descúbrese doña Elena.*)

ESCENA XVI.

DON JUAN. DOÑA ELENA. BUÑOL.

DON JUAN.

Vuelve á preguntarme ahora,
para que inocencias finjas,
¿qué tantas almas me alientan,
ó cómo está dividida,
si el ser á una sola debo,
en bellezas tan distintas,
la que tu firmeza agravia,
la que mi lealtad derriba?
Encaréceme primores
de la fe que desperdicias
en empleos mal pagados
que al escarmiento retiras.
Mira, ingrata, si salieron
mis sospechas profecías,

falsedades tus finezas,
certidumbres mis desdichas.
Porque á esta fiesta faltases,
atravesando mi vida,
pensé obligarte con ella:
¡qué primorosa! ¡qué fina,
disimulando cautelas,
dijiste por encubrirlas:
«¿vida y tuya? toma, Engracia,
allá este manto!» ¡Ah fallidas
confianzas en mugeres,
cuando mas se hiperbolizan,
mas lejos de las verdades,
mas cerca de las malicias!
¡Qué necio yo al escucharte:
«solo en tu vida se cifra
mi esperanza, y en su esfera
todos mis gustos estriban!»
Ya consiguió diligencias;
ya á tu cara sacrifica
llamas de amor inmortales,
si antes que te viese, tibias.
¿Qué mas medras? ya te adora.
¿Qué mas triunfos? ya le humillas.
¿Que mas lauros? ya te tiembla.
¿Qué mas penas? ya me olvidas. (1)

DOÑA ELENA.

¡Ah desleal! Homicida
de esperanzas en tí secas,
¿dobleces tuyas me aplicas?
¡Lisonjero me persuades
á que á las fiestas no asista,
por celebrar sin pensiones
las que tu traicion fabrica!
Al infante he de querer.

DON JUAN.

Ya le quieres; no me digas
sino que le has de olvidar;

(1) Falta un verso; pero como el sentido está completo, parece que debió ser descuido del autor, y se ha respetado.

que en tí con la mesma prisa
que se abrasan tus afectos,
las mudanzas los entibian.
Mas porque mejor los logres,
yo buscaré medicinas,
en tu ausencia poderosas,
contra el fuego que me hechiza.
Yo mudable, tú liviana,
alejaré mi noticia
de suerte de las memorias
de mi patria, que no impidan
ambiciones de tu empleo;
yo discurriendo provincias,
que Aragon, que España ignora,
que mas la aspereza enrisca,
huyendo Circes que encantan,
esfinges que precipitan,
sirenas que lisonjean,
Medeas que desatinan,
en los desiertos alegre
donde las fieras habitan,
donde los áspides moran,
y basiliscos anidan,
mas seguro en su veneno
que en tus aleves caricias,
que en tus dobladas ficciones,
que en tus finezas de alquimia,
te vengaré con vengarme
de mis esperanzas mismas,
necias por mal empleadas,
bárbaras por presumidas.
No aguarden verme tus ojos,
no nuevas que compasivas,
tarde tus lástimas muevan
para llorar mis desdichas;
que no lo son aunque maten,
las que cuerdas fugitivas,
de tus engaños me ausentan,
de tus traiciones me libran;
pues cuando me rediman,
serán de mi naufragio alegre calma.
(*Vase y síguele Buñol.*)

DOÑA ELENA.

Tenedle, cielos, que me lleva el alma.

ESCENA XVII.

EL CONDE. ESCUDEROS.—DOÑA ELENA.

CONDE.

¿Qué es esto?

DOÑA ELENA.

¡Ay hado fiero!
que se ausenta don Juan, que sin él muero,
que sin remedio lloro,
infante, que me deja, que le adoro.
Id tras él, detenelde.

CONDE.

(*Aparte.* ¡Ah rabiosas envidias! ¡ah rebelde pasion!)
(*A los escuderos.*)
Llevadle preso.
(*Vanse los escuderos.*)
¡Doblarme agravios, y quitarme el seso! (*Vase.*)

DOÑA ELENA.

(*Siguiéndole.*)
Préndanle, conde, pues nos ha ofendido;
que mas le quiero preso que perdido.



ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de doña Elena.

ESCENA I.

DOÑA ELENA. ENGRACIA.

ENGRACIA.

Ya te he dicho de la suerte
que la noche del festin
á las puertas del jardin
se quedó por no ofenderte,
pareciéndole delito
ver la comedia sin tí,
sin osar pasar de allí.

DOÑA ELENA.

¡Ay Engracia! que aunque admito
finezas que me encareces,
solo porque tú las dices,
temo lances infelices
que me asombran cuantas veces
mis desdichas considero.
Partióse el rey á Cerdeña,
y el conde que se despeña
tras su apetito ligero,
quedó por gobernador
ó virey de esta corona.
Si este, pues, porque blasona
que le enloquece mi amor,
á don Juan mandó prender,
y para desdicha mia,
guarnece de tiranía
los presidios del poder,
¿resistirále mi amante?
¿Qué amenaza, qué promesa,

porque admita á la marquesa
por esposa, el conde infante
ha perdonado? ¿Hay firmeza
en el mas valiente amor,
que, coronado el rigor,
amenace la cabeza
del súbdito en tal fortuna,
y ose resistir constante?
Don Juan es pobre, el infante
con la marquesa de Luna
le ofrece benigna estrella,
pídele esta enamorada,
yo, Engracia, soy desdichada,
mi contraria rica y bella,
don Juan solo y perseguido,
el infante casi rey,
la necesidad sin ley
interesable el olvido;
contra tantos, ¿qué podrán
resistencias del mas fuerte?
No dudes, pues, de mi muerte
en dejándome don Juan:
luego mejor es morir,
y acabar con mis temores.

ENGRACIA.

Entre tanto que eso ignores,
el esperar y el sufrir
es de ánimos generosos:
cuanto y mas que no sé yo,
si por tu causa olvidó
los estremos amorosos
el conde de la marquesa,
que te esté mal un amante,
en la calidad infante;
con quien tu casa interesa
esperanzas cuyo fin
te haga reina de Aragon.
No tiene el rey sucesion;
solamente don Martin
su hermano, si este muriese
sin hijos, es quien le hereda;
y luego el conde, en quien queda

esta corona: si fuese
tan propicia tu fortuna
que pasase tu beldad
de condesa á magestad,
y la marquesa de Luna,
que agora temes en vano,
envidiándote despues,
se te postrase á los pies,
y te besase la mano,
¿culparias tu eleccion?

DOÑA ELENA.

Ten, que por verme reinar,
llevas traza de matar
toda una generacion.
El rey (déle Dios mil vidas)
es mozo y recien casado,
sin que admita mi cuidado
esperanzas homicidas.

ESCENA II.

DON JUAN.—DOÑA ELENA. ENGRACIA.

DON JUAN.

Para que me des albricias,
para escusarte congojas,
para alegrarte esperanzas,
y para borrar memorias,
he feriado de mi alcaide
con dádivas y lisonjas
permisiones de tu vista
solamente por media hora.
Volveréme dentro de ella;
que dejé mi fe fiadora,
y aunque la juzgas fallida,
quien la conoce la abona.
¡Ah Elena! á ser yo agorero,
temiera el ver que te nombras
como la que por mudable
llevó tragedias á Troya.

No en vano advierten presagios
que las estrellas apropian
los nombres á las costumbres,
porque tal vez se conforman.
Escusara yo desdichas,
á advertir mi aficion loca
que fuera asombro ser firme
siendo Elena y siendo hermosa.
Digna de imperios naciste,
ya pisas casi coronas,
un infante te apetece,
con él tus afectos logras.
Virey Aragon le adula;
quítale dos letras solas
al *virey*, gozarás reina
magestades á mi costa;
que para desocuparte
quien me persigue y te adora,
engaños que me vendiste,
me notifica que escoja
ó el cuchillo mi garganta,
ó esta noche por esposa
á la marquesa de Luna.
¡Proposicion rigurosa!
pues *mar*, que empieza en *marquesa*,
y *Luna*, inconstancias toda,
que han de dar lunas y mares
sino son mudanzas y olas?
Muera yo, Elena, mil veces,
que por tí mil serán pocas;
mas porque doña Josefa,
que ingrato á su amor me nombra,
no se queje de mí, dila
que la coyunda amorosa
del tálamo pide un alma
de sus potencias señora,
y que no es dueño la mia
de sí, porque me la roban
ingratitudes mudables,
que tu inconstancia pregonan.
Que si tú me la volvieras,
pudiera ser que en dichosas

correspondencias, pagara
finezas que amor retorna.
Mas pues me parto á morir,
finge siquiera que lloras
pérdidas de un amor firme;
seránme tus penas glorias,
con que aliviado fenezca,
pues disminuyen congojas
lágrimas del enemigo,
si la compasion las brota.
Pero no llores, condesa;
que si entre el jazmin y rosa
de tus mejillas, te atreves
á finezas tan costosas,
podrá ser me resucites,
pues un alma en cada aljofar,
tras la noche de mi muerte,
me dará vida tu aurora.
Goza, ingrata, al conde infante,
y plegue á Dios si le gozas,
que Aragon con su diadema
te ofrezca sus barras rojas;
que yo, si en el otro mundo
se tiene de este memoria,
y amor al alma acompaña,
te prevenderé protectoras
la fortuna y las estrellas
porque tu dicha dispongan,
tus esperanzas alegren,
y fertilicen tus bodas.
El alma, Elena, te dejo;
trátala bien, que fue forma
de un corazon en que estuvo,
idólatra de tu copia.
Y á Dios; que queda en rehenes
mi palabra, y mas importa
morir que vivir, quien deja
su fama por sucesora.

(*Quiere irse.*)

DOÑA ELENA.

Espera, mi bien, y advierte,
aunque airado te retiras,

que no ofenden con mentiras
los que estan, cual tú, á la muerte.
(*Dale la mano.*)
¿Dasme el sí de esposo y dueño,
y del modo que las palmas,
anudándonos las almas,
haces de la tuya empeño?

DON JUAN.

¡Ay dulce prenda! pequeño
mi mérito á tal favor,
ya moriré sin temor,
viviendo tú siempre en mí.
En la brevedad de un sí
te ofrezco un eterno amor.

DOÑA ELENA.

Pues ya corre por mi cuenta
la integridad de tu fama:
no la abrasará la llama
de quien profanarla intenta:
por la tuya, esposo, asienta
tu honor; velando sobre él
tú cuidadoso, yo fiel,
conservémosle de suerte,
que aunque se oponga la muerte,
no nos le eclipse el de Urgel.
Medios la industria me enseña
con que antes que la belleza
del sol trueque la tristeza
de la noche en alegría,
si logro la industria mia,
exageres mi firmeza.

DON JUAN.

En manos de tu consejo
queda, Elena, nuestro honor.
¡Qué receloso mi amor
se aparta cuando te dejo!

DOÑA ELENA.

La honestidad es mi espejo.

DON JUAN.

Sí; pero los de cristal
defiéndense, esposa, mal.

DOÑA ELENA.

A mas riesgos, mas cuidado,
porque en lo mas delicado
se desvela el que es leal.

DON JUAN.

¿Si te persiguen?

DOÑA ELENA.

Sufrir.

DON JUAN.

¿Si te combaten?

DOÑA ELENA.

Vencer.

DON JUAN.

¿Si te prenden?

DOÑA ELENA.

Padecer.

DON JUAN.

¿Si te apremian?

DOÑA ELENA.

Resistir.

DON JUAN.

¿Si te violentan?

DOÑA ELENA.

Morir.

DON JUAN.

Pues en la fortuna estrema,
mi bien, si dura su tema,
sufrir, padecer, penar;
que en la honra hasta triunfar,
no hay peligros que amor tema.

(*Vanse por diferentes puertas.*)

Sala en el palacio del conde.

ESCENA III.

DOÑA JOSEFA. EL CONDE.

DOÑA JOSEFA.

Mudéme porque os mudasteis,
señor conde; que hasta en esto,
imitándoos las costumbres,
me debeis el pareceros.
Dejaisme por la condesa,
y así por don Juan os dejo;
de celos este me abrasa,
si aquella os mata de celos.
Iguales en las pasiones,
una fortuna corremos,
un imposible seguimos,
una desdicha tememos.
Solo nos diferenciamos
en que vuestro amor, ni cuerdo,
ni cortés, ni generoso,
(perdonadme, que no puedo
dejar de decir verdades)
con el apetito, ciego,
con el poder, arrojado,
con la privanza, soberbio,
tirano os volveis, de amante,
y atropellando los medios
que la esperanza consiguen,
os valeis de los violentos.
Tan leal os ha servido
don Juan, que sus pensamientos,
con ser átomos del alma,
no han desmandado deseos
que merezcan reprimirse;
pues con saber de los vuestros

cuan inconstantes se mudan,
solo por haberlos puesto
de burlas en mí, han bastado
á que me pague en despegos
finezas que de algun modo
disminuyen mi respeto.
Dejóme por no dejaros,
perdióme por no perderos,
solicitaisle á su dama,
teneisle por ella preso,
¿y amenazaisle la vida?
¡Hazaña digna por cierto
de un infante, de un virey,
de un señor, que agradeciendo
tal lealtad, tales servicios,
libra á la crueldad los premios,
las venganzas al verdugo,
y su garganta al acero!
Conde infante, yo le adoro;
envidio, lloro, enloquezco;
de imposible amor me abraso;
estoy perdida de celos.
Pero aunque menospreciada
de su ingratitud me quejo,
y á la condesa persigo,
no presumais que pretendo
torcer con las amenazas
la voluntad que apetezco,
ni que á costa de su vida
se venguen mis pensamientos.
Aborrézcame don Juan,
y viva, mientras padezco,
siglos, para mí de agravios,
como él se deleite en ello;
que si en su conservacion
mis esperanzas aliento,
¿cómo podré sustentarlas
yo sin alma, y don Juan muerto?
No, conde, no hareis tal cosa;
que es don Juan en este reino
veneracion de los mozos,
admiracion de los viejos,

el triunfo de las hazañas,
la escuela de los discretos,
la envidia de los Narcisos,
el sol de los caballeros.
Tiene parientes ilustres,
tiene la condesa deudos,
tiene espíritus amantes,
y yo tambien, conde, tengo
resolucion generosa,
armas, vasallos y esfuerzo
para poner por librarle
mi vida y estado á riesgo.

CONDE.

¡Venturoso en sus desgracias
es don Juan si alcanzó estremos
en la condesa y en vos
semejantes! ¡Oh si el cielo
de mi fortuna y la suya
hiciera un lucido trueco,
dándole yo mis estados,
dándome él merecimientos,
de tanta esperiencia dignos!
Sazonara yo con ellos
pobreza y persecuciones,
y no duplicara celos.
Pero aunque culpais mi enojo,
añadiéndome los vuestros,
no penseis que destemplado,
porque le envidio, me vengo.
Quitóle vida y privanza
á su padre el rey don Pedro,
porque parcial del navarro,
se carteaba en secreto
con él, en ofensa suya,
y á no descubrirse intentos
de su fallida lealtad,
alborotara estos reinos.
Don Juan Jimenez su hijo
es justamente heredero
de su sangre y sus acciones:
enseñaros cifras puedo,
que al segundo don Enrique

de Castilla, remitieron,
y á don Sancho el de Navarra,
don Juan y otros. Mas ¿qué es esto?

ESCENA IV.

BELTRAN.—DOÑA JOSEFA. EL CONDE.

BELTRAN.

Vuestra alteza, gran señor,
advierta que la condesa
de Belrosal atraviesa
solicitudes de amor
contra la fe y la lealtad
que vuestra alteza me fia.
Corriendo por cuenta mia
la guarda y seguridad
de don Juan, no han de torcerme
promesas de éste papel.
(*Dásele, y léele el conde para sí.*)
Pídeme que huya con él,
y promete enriquecerme
si le saco de Aragon,
y en Navarra le aseguro;
pero yo solo procuro
cumplir con la obligacion
de la lealtad, que es mi espejo.

CONDE.

¡Disculpad, marquesa, ahora
á vuestra competidora!
Decid que llevarme dejo
de pasiones y venganzas.
Ved si don Juan me sacó
verdadero.

DOÑA JOSEFA.

Ya sé yo
lo que pueden acechanzas
que buscan contra su vida
alguna disculpa honesta.

BELTRAN.

Doña Elena está dispuesta
tambien para la partida.

CONDE.

Segun lo que escribe aquí,
huir intenta con él.

DOÑA JOSEFA.

Aunque puede ese papel
ser fingido, haced por mí,
señor infante, una cosa;
podrá ser, si la alentais,
que el efeto consigais
de vuestra pena amorosa.
¿No decís, alcaide, vos,
que la condesa os escribe
que esta noche se apercibe
para salir con los dos,
huyendo de esta corona
á Navarra?

CONDE.

Así lo afirma
esta letra y esta firma.

DOÑA JOSEFA.

Pues si la dicha sazona
mis industrias, no dudeis
del fin que amor nos promete.
Dé á don Juan ese billete
el alcaide, y vos hareis
depositar la condesa,
sacándola de su casa;
pues en fe de lo que pasa,
podeis retirarla presa.
Estaré yo en su lugar;
vendrá don Juan, todo amòr,
reconocido á favor
tan digno de celebrar;
persuadiréle amorosa
que, deudor de mi cuidado,
yo la libertad le he dado,
pues su dama, temerosa
de culpas que la atribuyen,
sin saberse adonde, huyó.

En los nobles bien sé yo
lo que obligan y concluyen
beneficios y finezas;
siéndolo, pues, don Juan tanto,
ni descortés á mi llanto,
ni marmol á mis ternezas,
ha de dejar de pagarlas.
Mas cuando no lo consiga,
y leal á mi enemiga,
persevere en despreciarlas,
viniendo en su busca vos,
riguroso y indignado
por la prision que ha quebrado,
y hallándonos á los dos
solos y juntos, diré
que mi firme voluntad
se arriesgó á su libertad,
y que él, pagando la fe
de mi amor, se ofrece á darme
palabra y mano de esposo.
Imploraréos generoso,
y vos cortés al postrarme
á vuestros pies, ya templado,
direis que á mi intercesion
confirmais con el perdon
la palabra que me ha dado.
¿Tendrá don Juan en tan poco
su fama, mi voluntad,
su vida, su libertad,
que por doña Elena loco,
riesgos á riesgos añada,
al poder indignaciones,
á mis quejas sinrazones,
y que no le persüada
tanto amor, peligro tanto?
No, conde, no lo creais.
De este modo asegurais
la salida de este encanto;
porque cuando don Juan niegue
que el sí me ofreció de esposo,
no será dificultoso
hacer que el alcaide alegue

haberse hallado presente
á nuestro honesto contrato.
Aborreceràle ingrato
la condesa, y si es prudente,
por solo vengarse de él,
admitirá vuestro amor.

CONDE.

Aunque pudiera el rigor
valerse de este papel,
y atajar con su castigo
estorbos á mi esperanza,
venza por vos mi templanza;
sereis vos misma testigo
de que ofendido y celoso
perdono. Vaya Beltran
á la prision por don Juan;
persüádale ingenioso
á que en fe de ser hechura
de la condesa, que está
esperándole, pondrá
su lealtad en aventura;
déle el papel que le ha escrito;

(*Vuélvesele.*)

y en su casa vos, marquesa,
sazonad cuerda esta empresa,
mientras yo la deposito;
y ayude amor mis quimeras,
dando á mis penas salida.

DOÑA JOSEFA, *aparte.*

Don Juan, libre yo tu vida,
y mas que nunca me quieras. (*Vanse.*)

Cárcel dentro del palacio.

ESCENA V.

ENGRACIA. BUÑOL.

ENGRACIA.

Vengo á verte en las desgracias
de tu prision cada dia,
¡ y háblasme ansí !

BUÑOL, *llorando.*

Engracia mia,
no está el tiempo para gracias.

ENGRACIA.

¿ Lloras ?

BUÑOL.

Lloro que el de Urgel,
por ser de don Juan criado,
dicen que me ha recetado
las gárgaras de un cordel.
Lloro la fortuna ingrata
del amor que te he tenido,
pues me juzgué tu marido,
y te he de dejar intâta.
Lloro las temeridades
de don Juan, que siempre necias,
en apreturas tan recias,
repara en puntualidades.
Consiéntele que visite
esta noche, por media hora,
el alcaide á tu señora,
con tal que le necesite (1)
su fe y palabra á tornarse
á la prision, dentro de ella;

(1) Obligue.

sale alegre y suelto á vella ;
y cuando pudo escaparse
del verdugo y el cuchillo,
¡se vuelve cumplido el plazo
á fiar la nuez de un lazo,
y morir de garrotillo!
Si él entonces se escurriera,
y aunque preso, me dejara ,
yo despues las afufara ,
y perro muerto les diera.

ESCENA VI.

UN CARCELERO.—ENGRACIA. BUÑOL.

CARCELERO.

Buñol, el alcaide os llama, (1)
y en casa de la condesa
os espera con don Juan.

BUÑOL.

¿ Cómo?

CARCELERO.

Quedo, que os oirán
los presos , y se interesa
el perdernos ó el ganarnos
en salir sin que nos sientan.
Con el alcaide irse intentan ,
y él se ofrece á acompañarnos
hasta fuera de Aragon :
soy su pariente, y le sigo.

BUÑOL.

Alégrome , pues , y digo
que hay bondad, que hay compasion
aun hasta en los carceleros.
Yo hablé por boca de ganso.
Vamos, y pisemos manso.
Noche , no nos saques hueros.

(1) Verso suelto entre dos redondillas.

Sala en casa de doña Elena.—Está á oscuras.

ESCENA VII.

DON JUAN. BELTRAN.

BELTRAN.

Por la condesa he puesto
la vida, hacienda y honra al manifiesto
peligro del rigor del conde infante,
en fe que la condesa me ha criado.
El sueño su familia ha descuidado;
apresurar la fuga es importante
antes que vuelva el dia:
aquí os aguarda á escuras; que no fia
de la luz el secreto
que pide tanto aprieto.
Entrad callado y disponed prudente
la salida de tanto inconveniente;
que yo entre tanto prevendré caballos,
y fuera la ciudad haré llevallos,
dando la vuelta luego. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN.

El apetito, amor, del conde ciego
me obliga por mi honor á tanta ausencia.
Favoreced, estrella, mi inocencia;
sed mi segura guia;
que el huir su rigor no es cobardía.

ESCENA IX.

DOÑA JOSEFA.—DON JUAN.

DOÑA JOSEFA.
(*Aparte al salir.*)
Hablar á don Juan siento;
buscad, enamorado pensamiento,
entre las protectoras
tinieblas, de mi engaño encubridoras,
razones persuasivas;
de suerte en mi favor ponderativas,
que imaginando soy su doña Elena,
airosa salga yo de tanta pena.

DON JUAN.
Hermoso dueño mio,
¿sois vos la que acrêdora
del alma que os adora,
á pesar del celoso desvarío
de un poderoso ciego,
atropellais estados y sosiego?

DOÑA JOSEFA.
Bajad la voz, don Juan; que cohechados
domésticos criados,
puesto que esten durmiendo,
estorbarán sazones que pretendo;
y no pondereis tanto
el ver que á acompañaros me apercibo,
pues si es vuestro el aliento con que vivo,
y faltándome vos, mortal mi llanto,
si un alma nos anima,
un yugo nos conforma,
un espíritu solo nos informa,
y una suerte envidiosa nos lastima,
cuando cobarde, ausente os permitiera,
y el temor en mi patria me dejara,
de mí misma homicida ingrata fuera,
el cuchillo yo misma me afilara;
y ansí si amante os sigo,

á mí misma me obligo,
á mí me satisfago,
yo me debo á mí misma, yo me pago.
Prendióte la impaciencia
del riguroso infante
por competir con él, por ser mi amante,
dorando su violencia
con imputarte insultos
entre el navarro y tu inocencia ocultos:
huyendo, pues, daremos ocasiones
á las malicias que el furor derrama;
peligrará tu fama,
y tú que tan celoso siempre de ella,
por solo defendella,
la vida has despreciado,
¿querrás vivir sin honra y desterrado?
Consúltate á tí mismo, y templa celos:
contradecir los cielos,
cuyas disposiciones
no te permiten mio,
es ciego desvarío;
navegas agua arriba si te opones
á lo que el hado ordena.
La marquesa de Luna
mejorará su suerte y tu fortuna;
no te merece ¡ay triste! doña Elena.
Paga, aunque muera yo, su fe constante,
despósate con ella;
obligarás al ofendido infante,
desmentirás á tu enemiga estrella,
no correrá tu fama
peligros afrentosos;
y si temes, bien mio, que la llama
de mis afectos, en tu amor dichosos,
puesto que malogrados,
en el infante ocupe mis cuidados,
primero que consiga
su aborrecible intento,
será sólido el viento,
la noche del planeta cuarto amiga,
retrocediendo para nuevos daños,
el cielo, el sol, los rios y los años.

DON JUAN.

Tan lejos de creer que hablas de veras,
tan fuera de pensar que te has mudado
escucho tus quimeras,
que á sueño los oidos persüado,
y mientras no te veo,
y la voz disimulas,
ó que te finges la que no eres creo,
ó que engañosa mi temor adulas,
ó que si desmentiste
el natural, liviano en las mugeres,
trocando lo que fuiste por lo que eres,
por lo que eres desprecias lo que fuiste;
porque prodigio fuera
que en tí perseverara
constancia que venciera,
firmeza que triunfara,
y amor impersuasible;
que muger y firmeza no es posible.
Aun no ha pasado una hora
que al consagrado nudo
tu mano aduladora
necesitarme pudo,
¡y tan presto, inconstante,
desenlazarla intentas!
Olvidárasme amante,
llorara yo rigores y no afrentas;
pero piadosa, ingrata, hubieras sido,
si agravios no añadieras á tu olvido.

DOÑA JOSEFA.

Crüel, ¿luego á mis males,
de la condesa esposo,
añadiste imposibles conyugales?
¡Ah cielo riguroso!
¿De qué sirven industrias, trazas, medios
que en vano amor me advierte,
si despues de la muerte,
salen desesperados los remedios?
Sacad luces, criados,
alumbren mis quimeras resplandores,
pues ya desengañados
ardides de mi amor, quieren rigores

quitarme en su venganza
aun el frágil favor de la esperanza.

ESCENA X.

ENGRACIA *y* BUÑOL, *con luz.*—DOÑA JOSEFA. DON JUAN.

BUÑOL.

Engracia, ¡voces y á escuras!
Soplonizado nos han.

DON JUAN.

¡Marquesa!

DOÑA JOSEFA.

Ingrato don Juan,
ya que mi vida aventuras
con la desesperacion
del hallarte enagenado,
ya que imposibilitado
das á mi muerte ocasion,
no la des á la venganza;
que esta noche, si resistes
á tu enemigo, entre tristes
obsequias de mi esperanza
te han de acabar; esto es cierto.
Sal de tan confuso abismo,
redímete tú á tí mismo,
vive ingrato, y no fiel muerto.

DON JUAN.

Marquesa, aun ansí rehuso
ofender mi esposa bella.

BUÑOL.

¡Cuerpo de Cristo con ella!
¡Miren qué marido al uso!
que hay muchos que por mudar
ropa limpia en todas partes,
se desposan cada martes.
Sé marido titular,
pues no nos cuesta dinero.

ENGRACIA.

Señor, ¿por qué desestimas

remedios con que redimas,
burlando al conde severo,
tu vida, y la de tu esposa?
Testigos somos los dos
de este engaño.

BUÑOL.

¡Aquí de Dios!
Esto de morir ¿es cosa
de sorber huevos? Acaba;
mira que el infante llega.

DON JUAN.

Desesperado es quien niega
la fe que tu amor alaba.
A seguirte estoy dispuesto;
seráte de hoy mas, señora,
mi vida eterna deudora
del empleo en que la has puesto.
¡Oh! ¿quién dos almas tuviera
para pagar con la una
de la marquesa de Luna
la piedad mas verdadera
que (1) á historias dieron motivo?

DOÑA JOSEFA.

No hay favor que satisfaga,
don Juan, como el que sin paga,
no está atenido al recibo.

ESCENA XI.

DOÑA ELENA. BELTRAN.—DOÑA JOSEFA. DON JUAN. ENGRACIA. BUÑOL.

BELTRAN.

(*Hablando aparte con doña Elena, que se queda asomada á una puerta.*)
De suerte os ama el infante,
que aunque indignado, os permite

(1) De las que, de cuantas.

vuestra casa; solicite
brevemente vuestro amante
la jornada prevenida;
que yo, como os ofrecí,
cumpliré la fe que os dí,
aunque aventure la vida. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DOÑA ELENA, *oculta.* DON JUAN. DOÑA JOSEFA. ENGRACIA. BUÑOL.

DOÑA ELENA, *aparte.*
No alcanzo, confusos cielos,
el fin de mi suerte escasa;
sacóme el conde de casa,
culpándome sus recelos,
¡y restitúyeme ahora
cortés y amante! ¡Ay de mí!
algun engaño hay aquí
que en su ofensa el alma ignora.
Pero ¿no es aquel don Juan?
La marquesa ¿no es aquella?
¡Libre en mi casa y con ella!
Ya mis sospechas se van
convirtiendo certidumbres.

DOÑA JOSEFA.
¿De qué sirve encarecerme
lo que confiesas deberme,
para aumentar pesadumbres?
No escedas de agradecido;
que si es mi vida la tuya,
cuando te la restituya,
suficiente paga ha sido
el permitirme llamar,
del modo que hemos trazado,
tu esposa.

DOÑA ELENA, *aparte.*
¿Cómo? ¡Ay cuidado!
¿esto venís á escuchar?

¡De doña Josefa esposo
don Juan, y que él lo confiesa!
¡Su vida de la marquesa
deudora! Amor engañoso,
no me permitais mas viva;
salga el alma por los labios;
ponzoña son los agravios;
á su pena se aperciba
quien los engendra en mi pecho;
muera y mate mi dolor.

ESCENA XIII.

EL CONDE. BELTRAN. ESCUDEROS.—DOÑA ELENA. DOÑA JOSEFA. DON JUAN. ENGRACIA. BUÑOL.

BELTRAN.

(*Hablando aparte con el conde á otra puerta.*)
Este es don Juan, gran señor.

CONDE.

(*Saliendo con los suyos.*)
No lograrás satisfecho,
ingrato, desconocido
á tu lealtad, á tu ley,
á tu patria y á tu rey,
y al favor que me has debido,
la fuga con que confirmas
delitos que disfrazaste,
y de tu padre heredaste:
tus papeles y tus firmas
disculparán la aspereza
con que el rigor te amenaza.
Mañana verá en la plaza
esta corte tu cabeza.

DOÑA JOSEFA.

Corta primero la mia,
si en tanta severidad
pierde el blason la piedad
que en tí mi esperanza fia.
Don Juan, gran señor, se ofrece,
si tu indignacion mitigo,

á desposarse conmigo:
lo que la envidia encarece,
desmentirá de este modo;
no salga con su interes
la malicia: en estos pies
consiste mi amparo todo.

CONDE.

Alzad, señora, del suelo;
discreto don Juan ha andado
en valerse del sagrado
que en vos imita al del cielo.
Daos las manos; que yo doy
por ellas su libertad;
vuélvale vuestra beldad
á mi gracia; que desde hoy
agravios pongo en olvido.

DON JUAN.

Si tanta suerte intereso
por esta mano que beso,
feliz mi desdicha ha sido;
en ella mi suerte fia
mi seguridad.

(Va á dar la mano á doña Josefa, y llega doña Elena.)

DOÑA ELENA.

¡Traidor!
¿y tu Dios, mi fe, mi amor?

DON JUAN.

¡Esposa del alma mia!
¡Vos presente y yo constante!
¡yo cobarde y vos leal!
Perdone el riesgo mortal
que tiene el temor delante;
perdone el severo infante,
la marquesa compasiva,
la fortuna ejecutiva,
las plebeyas opiniones,
las piadosas persuasiones
que sin vos quieren que viva;
que puesto que la clemencia
de la marquesa me nombra
su esposo, no mas que en sombra,
su consorte en la apariencia;

sombra que en vuestra presencia
se atreve á desposeeros
de los derechos primeros
que el tálamo pudo daros,
ni aun en sombra ha de agraviaros,
ni en apariencia ofenderos.
Conde, en esta hermosa mano
dos almas enlaza amor,
cuyo nudo es el honor,
cuyo imperio es soberano;
desatarle será en vano,
mientras conformes y unidas
sus coyundas no dividas;
si á Alejandro has de imitar,
y el romper es desatar,
rompe el lazo á nuestras vidas.
Pero si el rey te encomienda
su imperio, y toda tu accion
consiste en la obligacion
de que por tí se defienda,
reino es mi honor; no pretenda
ningun tirano usurparle;
que sabrá mi fe guardarle,
y mi valor defenderle,
perderme por no perderle,
y morir por conservarle.

(*Saca la espada y vase, llevándose á la condesa.*)

CONDE.

Id tras ellos, detenedlos.
¡Que un hombre se atreva á tanto!

(*Vase, y síguenle los que le acompañan.*)

DOÑA JOSEFA.

Encubridlos, cielo santo,
noche obscura, defendedlos.

BUÑOL.

¡O azadas toscas, o vieldos,
o tasajos labradores,
seguros de estos temores!
¿quién fuera vuestro gañan?

DOÑA JOSEFA.

Líbrese, cielos, don Juan,
y mátenme sus rigores.

ACTO TERCERO.

Sala de un castillo á corta distancia de Zaragoza.

ESCENA I.

DON JUAN. DON ALONSO.

DON ALONSO.

Mándame que os sepulte
en esta fortaleza,
y porque mi piedad no dificulte
tan desconforme accion á su grandeza,
le han de dar dos testigos
fé de que muerto os vieron.
No sab· que los dos somos amigos,
y ansí la infeliz noche que os prendieron,
(si resuelto valiente, no advertido)
me encargó vuestra guarda,
y la aceté gustoso, porque ha sido
accion de la amistad, cuando es gallarda,
tomar por cuenta suya su suceso;
pues á teneros otro que yo preso,
¿quién duda que al infante obedeciera,
y ejecutor de vuestra muerte fuera?
En fin, amigo, en tan precioso estremo,
temo al infante, daros muerte temo;
mas si admitís la traza que aventuro,
vos vivireis, y yo estaré seguro.
Ved si os parece cuerda,
porque ó vos no os perdais, ó no me pierda.

DON JUAN.

Finezas habeis hecho
por mi tan ventajosas,
que dejándose atrás las fabulosas
de los Damones, Pilades, Zopiros,

admirarlas podré, mas no serviros
de suerte que á mi empeño satisfaga;
que al primer beneficio nunca hay paga.
Pero si con mi muerte
sosiega la fortuna tempestades,
y la enemiga suerte
templa en mi esposa bárbaras crueldades
con que el infante intenta
rendir su honesta fé para mi afrenta,
¿no son medios mejores
que yo desdichas venza y vos temores?
Tiénenla sus crueldades retirada,
de estados y opinion desposeida,
y tan necesitada,
que aun para lo forzoso de su vida
desea la condesa
las sobras de la mas mediana mesa.

DON ALONSO.

La desesperacion es cobardía
indigna del valor que el cielo os fia.
Yo he de afirmaros muerto;
un primo y un hermano
tengo aquí, y sé de cierto
que vituperan el rigor tirano
con que el conde os persigue;
siendo mi sangre, pues, y esta piadosa,
no es mucho que se obligue
á fingir la tragedia lastimosa
de vuestra muerte oculta.
Persuadiránle, pues, que aquí os sepulta,
en fé de su precento,
la noche, la obediencia y el secreto;
mostrarémosle luego ensangrentados
los tres vuestros vestidos;
sosegará el recelo sus cuidados;
y con otros groseros y fingidos,
huyendo de las manos de la muerte,
tendrá que agradecerme vuestra suerte.
Ó resolveos en esto,
ó no os agravie que á mi noble trato
os imagine ingrato.

DON JUAN.

Segunda vez por vos me engolfo, espuesto
al mar de los peligros, que escusara
si en el sepulcro los depositara;
porque alargar la vida á un desdichado
no es piedad, es rigor disimulado.
Pero, en efeto, amigo,
mi gusto por el vuestro contradigo.
Muera yo para todos;
viviré para vos, para mi Elena:
deberáos los alivios de su pena.

DON ALONSO.

Sí, mas don Juan, ya veis si el conde alcanza
que estais libre por mí, que á su venganza
me espongo.

DON JUAN.

Siempre anduvo recatado,
don Alonso, el amor acompañado
de honor y de recelos advertidos.
Perdedlos vos, y apercebid vestidos
que deslumbren curiosas atenciones,
pues sigo vuestras fieles persuasiones,
entre tanto que llega
nuestro rey; que me afirman que navega,
Cerdeña sosegada,
á Barcelona su triunfante armada;
que en mi inocencia y su justicia espero
ardides deshacer del conde fiero. (*Vanse.*)

Sala de una casa de campo cerca de Zaragoza.
Sobre una puerta un retrato de don Juan de cuerpo entero.

ESCENA II.

DOÑA ELENA, *en hábito muy llano.* ENGRACIA, *que saca una almohadilla y un azafate de labor.*

DOÑA ELENA.

(*Viendo á su criada llorar.*)
Yo, mi Engracia, te agradezco

la lástima y compasion
que deben á tu aficion
las desdichas que padezco;
pero á los ojos perdona
de tu fé tantas señales;
que no son males los males
que amor con gustos sazona.
¡Ves los temosos rigores
con que el infante crüel
intenta que de tropel
su crueldad y mis temores
den con mi firmeza en tierra?
¿las culpas que á mi lealtad
levanta la falsedad
cohechada? ¿que me destierra
presa á vista de la corte,
porque el tenerla presente
mas mis pesares aumente,
menos mis ansias reporte?
¿los estados que me quita?
¿la hacienda que enagenada,
y al fisco real aplicada,
lo preciso me limita?
¿parientes que se resuelven
en usurparme mi estado;
que para el que es desdichado
deudas los deudos se vuelven?
¿el estremo á que me humilla
la estrechez con que estoy presa,
pues necesita mi mesa
socorros de la almohadilla?
Pues aumenten desleales
amenazas y rigores;
que cuanto fueren mayores,
hay un bien entre estos males
con que endulzándose van,
sin que igualen todos ellos
al gusto de padecellos
doña Elena por don Juan.

ENGRACIA.

Yo que tus trabajos siento
sin esa ayuda de costa

como tengo mas angosta
el alma y el sufrimiento,
llevo sin paciencia el ver
que si no labra ó dibuja
curiosidades tu aguja,
no tenemos que comer.

DOÑA ELENA.

(*Siéntase á hacer labor.*)
Penélope (porque ausente
su consorte, los veinte años
entretuvo con engaños
tanto amante pretendiente)
como no necesitaba
de la tela que tejia,
si de noche deshacia
lo que con el sol labraba,
no fué mucha sutileza
(cuando la necesidad
no apretaba en su lealtad
cordeles á la pobreza)
la de su ardid ingenioso,
ni gran cosa deshacella,
no habiendo de comer de ella.
Dejóla rica su esposo;
que para obligarla, basta
y sobra; el milagro fuera
hallarla, cuando volviera,
perseguida, pobre y casta.

ENGRACIA.

Para todo hallas salida.
Celebre el mundo tu amor.
Tus discursos y labor
te alivien entretenida;
entre tanto que llevo esta
á quien medra en su barato,
habla con ese retrato
enamorada y honesta,
que es solamente el caudal
que escapó del conde infante;
tenle tú siempre delante;
que no hay bien para tí igual.
Daréme toda la prisa

posible para volver
á aliñarte de comer;
que puesto que el hambre guisa
manjares de sazon llenos,
y para ella no hay pan malo,
si no hallare otro regalo,
los duelos con pan son menos.

(*Vase Engracia, y doña Elena hace labor, mirando á veces el retrato.*)

ESCENA III.

DON JUAN, *de labrador, con capote de dos faldas y caperuza.*— DOÑA ELENA.

DON JUAN.

(*Para sí al salir.*)

Deseo, en violencia tanta
resistirme es por demas;
los pasos que doy atras,
mi amor me los adelanta.
Mi muerte se ha divulgado;
este trage me asegura;
teme mi corta ventura,
(si á la noticia ha llegado
que no vivo, de mi esposa)
ó que se quite la vida,
ó que pobre y perseguida,
se rinda su fé animosa.
Asegurarla es mejor,
y escusará de esta suerte,
ó los riesgos de su muerte,
ó los que teme mi honor.—
Pero ¡ ay cielos ! aquí está;
que no exhalaran las flores
de esta quinta los olores
que su hermosura les da.
Mi muerte sin duda ignora,
porque á saberla, bordara
el cambray desde la cara

con las perlas que amor llora.

(*Viendo que doña Elena, con la aguja en la mano, mira el retrato.*)

¡Dichosas persecuciones,
pues compraron por barato
las glorias para un retrato
que envidian mis atenciones!
volved otra vez, prisiones,
medrará con vuestra usura
esperiencias mi ventura,
ya feliz, ya no crüel.

DOÑA ELENA.

(*Abriendo la almohadilla y hallando dentro un papel cerrado.*)

¡Válgame Dios! ¿qué papel
turbar mi quietud procura?
¡Ah Engracia! no es tan leal
la fé que tu amor profesa.
(Lee.) *A doña Elena, condesa*
¡ay cielos! *de Belrosal.*

DON JUAN, *aparte.*

¡Qué prevenido fiscal
de mis gozos fue el recelo!
¡qué presto marchita el yelo
las flores de mi esperanza!
¡qué en breve el mar en bonanza
se empieza á turbar, mi cielo!

DOÑA ELENA.

No habeis vos, papel, venido
á patrocinar mi honor;
que indicios da de traidor
el estrangero escondido;
pero habeis cuerdo escogido
el sitio que aquí os oculta,
pues de su hechura resulta
un sepulcro, y si se advierte,
profeta fue de su muerte
quien en vida se sepulta.
Como la vívora envuelta
á la flor, que el hortelano
apenas la vió en la mano,
cuando medroso la suelta,

asi asustada y resuelta,
tiemblo vuestra contagion:
no os leerá mi turbacion;
que quien recela el engaño
y le escucha, ya á su daño
da tácita permision.
Volad, llevadle en pedazos
á vuestro autor la respuesta.

(*Hace cuatro pedazos el papel y arrójale.*)

DON JUAN, *aparte.*

Hazaña que es tan honesta,
corónese con mis brazos:
voy á darla mil abrazos.

DOÑA ELENA.

Pero, inadvertencia mia,
mas de mí mi amor confia,
porque huir antes de ver
del enemigo el poder,
es culpable cobardía.

(*Levántase, y coge los pedazos.*)

DON JUAN, *aparte.*

Detente, mi bien, no admitas
indicios que la honra teme,
pues mancha, cuando no queme,
el fuego que solicitas.

DOÑA ELENA.

(*Volviéndose á sentar, y juntando los pedazos sobre la almohadilla.*)

Palabras al aire escritas,
esperimentad en mí
que puesto que audiencia ós dí
soy de la lealtad trasunto.
Los rotos pedazos junto.

DON JUAN, *aparte.*

¡Ah cielo!

DOÑA ELENA.

Y dicen ansi:

(Lee.) *En la muda oscuridad*
de esta noche sola, estriba,
condesa, que don Juan viva,
y vos cobreis libertad.
Feriadme vuestra beldad,

y advertid que es sin provecho
querer guardar en el pecho
el honor que me resiste,
porque este solo consiste
en el nombre y no en el hecho.
(*Levántase.*)
Mientes, torpe adulador;
que no es virtud suficiente
la que celebra la gente,
si en sí no tiene valor.
(*Vuelve á romper los pedazos del papel.*)
Hipócrita es el honor,
que temiendo al qué dirán,
de la opinion que le dan,
inútil crédito espera.
¿Qué importa que don Juan muera,
si muere honrado don Juan?
DON JUAN, *aparte.*
Gente ha entrado; dilatemos
á coyuntura mejor
el manifestar, amor,
de mi gozo los estremos:
á la noche volveremos,
donde pague mi ventura
empeños de esta pintura,
mostrando su original
por una Elena leal
la firmeza en la hermosura. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA JOSEFA, *de luto.*—DOÑA ELENA.

DOÑA JOSEFA.
Condesa, don Juan es muerto;
que piensa el conde engañoso
facilitarse esperanzas
quitándolas este estorbo.
Yo ví en su sangre bañados
los vestidos generosos,

flores de un mayo apacible,
que ya ha secado el agosto.
Negará el conde crueldades,
ofreciéndote á tu esposo
vivo y libre; que pretende
este cambio en tus oprobios;
pero si de estos ardides
no sale su engaño airoso,
cuando viudeces te enluten,
está prevenido de otros
que burlen tus esperanzas,
prometiéndote, en retorno
de posesiones presentes,
imposibles desposorios.
Alegará que ya libre
del cautiverio amoroso,
que enagenó tus potencias
en lazo al tálamo roto,
mejoras con él de dueño,
asegurando los votos
que en sus futuras coyundas
truequen tu pesar en gozos.
Ofreceráte la mano;
mas no, condesa, no ignoro
que en la sangre de tu dueño
bañada, te cause asombros.
Los escarmientos te enseñen
que el deseo lastimoso
vuela en promesas de pluma,
y cumple en plazos de plomo.
Ejemplo casada diste;
aqueste celebren todos;
añade viuda á tu fama
los prodigios mauseolos.
No te acobarden los riesgos
con que aleves testimonios
se oponen á tu inocencia,
pues tiene el tiempo dos rostros,
y si te asombra el horrible,
enseñándote el piadoso,
verás que al fin la verdad
corre al engaño rebozos.

No la pobreza que pasas
te precipite tampoco;
riquezas y estados tengo
dispuestos á tu socorro.
Ídolo de don Juan fuiste;
como tal te reconozco;
los bienes de los difuntos,
plebeyos ó generosos,
se ponen en almoneda;
imagina, pues, que compro,
en fé que eres prendà suya,
su amor en tí, y que transformo
en tu pecho mis cuidados:
en él á don Juan adoro,
la casa en que está la prenda,
la joya y el escritorio.
Ya se nos descubre el puerto,
ya del conjurado golfo
que tanto te ha derrotado,
la playa nos muestra Apolo.
Si hasta ahora naufragaste,
presto darán penas fondo
en la venganza que espero
del rey afable y piadoso.
Las costas de Cataluña,
sosegado el alboroto
de los sardos, nos le ofrecen
en sus arenales rojos.
En busca suya me parto:
no creas que si me postro
á sus siempre invictos pies,
si en tu inocencia le informo,
si del sangriento homicida
las crueldades le propongo,
sus desatinos le cuento,
y sus favores imploro,
que á la sabrosa venganza
niegue amparos, huya el rostro,
iras temple, olvide insultos,
mire ciego, escuche sordo.
Mañana me parto á verle;
alivia este plazo corto

congojas con el deseo,
que he de vengarte si torno;
y á Dios, amiga del alma;
que este nombre nos es propio,
pues ya en desdichas iguales
tus mismas fortunas corro. (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA ELENA.

(*Dirigiéndose al retrato.*)

No estrañeis, caro inocente,
el silencio que en mis ojos
niega conductos al llanto
y al tormento desahogos;
que penas que hallan salida,
rompiendo al pesar estorbos,
y para alivio del alma
pueden dilatarse al rostro,
no son ansias, no son penas:
aquel rio, sí, es furioso,
que en la estrechez de la madre
no se divide en arroyos:
mortal, sí, aquel sentimiento
que al corazon busca solo,
y sin derramar sus fuerzas,
asalta su imperio angosto.
Lloren pesares pequeños,
en fé de que son tan flojos,
que desatándose en agua,
libran la paga en sollozos;
que si es quinta esencia el llanto
de la sangre que provoco
á la venganza que intento,
y desperdicio el socorro
que en ella mi agravio espera,
¿de qué suerte, caro esposo,
conseguiré sus efectos,
si inadvertida la arrojo?
Creyó el aleve homicida

desanudar amorosos
lazos, que con verdes nudos
medró la yedra en el olmo.
Cortó sus ramas la muerte;
mas permaneciendo el tronco,
puesto que seco y sin vida,
¿qué importa, si este es su apoyo?
No están sujetas las almas
al cuchillo riguroso,
ni á la duracion caduca
amor, de los cuerpos toscos.
Inseparable con ella,
se parte al clima remoto,
donde eternice deleites,
y el pesar no asalte al gozo.
Mi amor, malogrado mio,
como accidente forzoso
del alma, que tras vos vuela,
os sigue á los dulces ocios
de la quietud que os asista;
que bien puede, aunque no en rotos
lazos del cuerpo, buscaros
en éxtasis y en arrobos.
Vivo el engaño os me ofrece
del conde tirano, esposo,
en cambio de la torpeza
que le ha despeñado loco.
Venzan engaños á engaños,
ardides triunfen de oprobios,
crueldades paguen crueldades,
agravios castiguen monstruos.
A la torpeza me llama
con un papel y con otro;
las ansias disimulando
que dentro del alma escondo,
haré que esta noche venga
á dar motivo hazañoso
á los libros, á las plumas,
al escarmiento, al asombro,
de que no siempre ha postrado
al humilde el poderoso,
el engaño á la inocencia,

ni á la honestidad el oro;
porque yo, prenda querida,
serviré de ejemplo á todos
de que no temen peligros
finezas con que os adoro. (*Vase.*)

Jardin de la quinta con salida al campo.

ESCENA VI.

DON JUAN, *recatándose de* BUÑOL, *y este detras, buscándole el rostro.*

BUÑOL.

Hombre del diablo, ¿qué quieres,
que no hay echarte de aquí?
¡Un hora andando tras tí,
y nunca saber quién eres!
Sombra, trasgo, labrador,
mirémonos por su tanda;
que parece que se te anda
la cabeza al rededor.
(*Búscale por los hombros la cara.*)
Habla siquiera tantico.
Detente, que me enloqueces.
Vive el cielo, que pareces
remate de villancico.
Linda aplicacion te dí,
pues tus plantas, nunca quedas,
hollando las flores, cruzando veredas,
corriendo y saltando de aquí para allí,
enturbian las fuentes, inquietan las ramas,
tras por acá, mas tras por aquí;
y las hojas de las retamas
parecen estrellas que imitan las llamas,
y cantan al alba su quiquiriquí:
tras por acá, mas tras por aquí.
Vete, ya que no te he visto,

pues que la puerta te muestro.
(*Aparte.* Esta es treta de maestro.)
Cogido os he, vive Cristo.

(*Éntrasele á don Juan por las piernas, y saca el rostro Buñol por entre ellas, y descubre el de su amo.*)

¡Don Juan! ¡Señor de mi vida!
¿Pues tú con Buñol crüel,
en la lëaltad lebrel?
¿Es esta paga debida
á lo que por tí he llorado?
¿Tú escrupuloso conmigo?

DON JUAN.

Téngote por mi enemigo.

BUÑOL.

Será por verme criado
de quien debo aborrecer;
pero fineza fue mia
servirte de doble espía,
y tal vez de entretener
resoluciones violentas
del conde descaminado.

DON JUAN.

Poco sirvió tu cuidado,
pues no reprimiste afrentas
que algun doméstico vil
contra mi honor solicita.

BUÑOL.

Engracia al conde visita,
y su interes femenil
me ocasiona á maliciar
el plegue á Dios de la aldea,
con lo de orégano sea;
pues tanto salir y entrar,
volviendo á la luz la espalda,
y oliendo el poste primero,
como gozque forastero
entre perrillos de falda;
darme un mantazo en los ojos,
y andarse cuchicheando
con el infante, buscando
rincones, son trampantojos.
Anoche estuvo con él,

y no sé lo que la dió,
que hasta el manto se rió
al despedirse.

DON JUAN.

(*Aparte.* Un papel,
contra su lealtad Bellido,
contra mi quietud Sinon.)
En fin, con tanta atencion,
¿se te ha, Buñol, escondido
la muerte que don Alonso
afirma de mí al infante?

BUÑOL.

Vivas mas que un elefante,
sin agüeros de un responso.
Algun ardid provechoso
te dió libertad y vida:
no es bien que agora te pida
cuenta de él, porque es forzoso
que el sol que se nos desmaya,
con la noche traiga al conde.
Por esas matas te esconde;
volveré cuando se vaya.

DON JUAN.

Dame esa capa y espada;
(*Dásela Buñol con el sombrero.*)
que puesto que mi obediencia
por señor le reverencia,
y en él temo retratada
la persona de mi rey,
pues gobierna en su lugar,
defender y respetar
me mandan honor y ley.

BUÑOL.

Bien pueden compadecerse
esas dos cosas; mas mira....

DON JUAN.

La lealtad templa la ira,
y el honor sabe valerse
de su derecho y accion.
Yo procuraré cumplir
con uno y otro, ó morir.

BUÑOL.

Si lo estás en su opinion,
como afirmas, no ocasiones
que lo estés con certidumbre.

DON JUAN.

No teme amor.

BUÑOL.

Dios te alumbre
en los riesgos que te pones.
Voyle á esperar á la puerta;
los biombos de estas ramas,
ya romeros, ya retamas,
te encubran; que pues despierta
la noche, y el sol se duerme,
no puede el conde tardar.
(*Aparte.* ¡Maretas, y yo en el mar!
Un dedo estoy de perderme.) (*Vase.*)

(*Anochece.*)

ESCENA VII.

ENGRACIA.—DON JUAN.

ENGRACIA.

(*Sin ver á don Juan.*)
Amor, si al conde has traido,
y en prueba de que eres dios,
le avisaste por los dos
de imposibles que ha vencido,
su amor queda satisfecho;
y con no mas que una accion
libro á don Juan de prision,
á su Elena del estrecho
en que está, y yo medro albricias
que el pie me saquen del lodo:
luego serán para todo
provechosas mis malicias.
Pero ¡ay cielos! ¿quién se esconde
aquí? ¿Si acaso me oyó?

DON JUAN.

(*Deteniéndola.*)

No temas, Engracia.

ENGRACIA.

¿No?

Pues ¿quién sois vos?

DON JUAN.

Soy el conde.

ENGRACIA.

¿Conde, y no mas? ¿sin abrazos?
No habeis vos dichas oido
que mi gozo inadvertido
desperdició: acorto plazos.
Conde, no hay artillería,
sacre, esmeril, escopeta,
que en una muger discreta
allanen la batería,
como un papel sazonado
que vuela por lo ligero,
mueve por lo lisonjero,
hechiza por su estudiado,
y por lo amoroso abrasa:
poco las palabras valen,
que por donde entran se salen,
y un papel se queda en casa,
que repite la leccion,
y sin perdonar al sueño,
patrocinando á su dueño,
facilita la ocasion.
Mas pudo vuestro papel
que promesas, amenazas,
blanduras, rigores, trazas,
pues mi señora por él
os llama, os quiere, os admite,
y puesto que no os escriba,
por ser yo respuesta viva,
franca la puerta os permite,
donde obligándoos galan,
en fé de lo que os estima,
con sus desgracias redima
la vida de su don Juan.
Ya conoceis su recato·

á escuras, conde, os espera;
que la luz es bachillera.
Entrad solo de aquí á un rato,
y gozad, pues os le ofrece,
de las sombras el sosiego;
que como el amor es ciego,
las tinieblas apetece. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN.

¡Válgame Dios! ¿Qué he escuchado?
¿Qué me ha dicho esta muger?
¿Arrojaráse á creer
imposibles mi cuidado?
¿Tan cerca, honor lastimado,
puede en la belleza andar
el querer del desdeñar,
del negar el permitir,
que sea el fin del despedir
principio del otorgar?
¡Al conde! ¡cielo! ¡al infante
quien para vengarse de él
mil piezas hizo el papel
que admiró su fé constante!
¡En una hora, en un instante,
amor y aborrecimiento,
desden y consentimiento,
facilidad y firmeza!
¿Tendrán tanta ligereza
el ave, la pluma, el viento?
¿Qué importó romper razones
por no obligarse á creellas,
si despues para leellas
volvió á juntar sus renglones?
¡Qué de necias presunciones
al honor han despeñado!
Leyóle, y como el cuidado
no dió crédito al temor,

rasgó honesta el borrador,
y torpe guardó el traslado.

ESCENA IX.

EL CONDE. DON ALONSO.—DON JUAN, *retirado de los dos.*

CONDE.

En el alma me pesa
de mi resolucion y vuestra priesa.
Mandéos darle la muerte;
mas no os creí de modo ejecutivo;
que presuroso en malograr su suerte,
muerto me asombre quien me ofende vivo.
Vos fuisteis, en efeto,
mas fiel que yo quisiera á mi preceto.

DON ALONSO.

Gran señor, el deseo
que tuve de agradaros....

CONDE.

Déboos esa fineza, ya lo veo:
desempeñarme pienso con honraros
cual mereceis; llegó mi piedad tarde.
Andad con Dios.

DON ALONSO.

Mil años él os guarde. (*Vase.*)

ESCENA X.

EL CONDE. DON JUAN, *retirado.*

CONDE.

¡Ah joven malogrado!
Mi amor desbaratado,
bárbaro jardinero,
cortó las flores de tu abril primero.
¡Oh si como el poder las vidas quita,
pudiera restaurarlas!

El cielo para el bien nos le limita,
y nos deja el pesar para llorarlas:
¡Pluguiera á Dios me hiciera el desengaño
poderoso en el bien como en el daño!
Diviértase mi pena
con la tiniebla oscura
que propicia á mi amor, torcer procura
el rigor invencible de mi Elena.
En busca voy de Engracia;
si me promete mi papel su gracia,
de puro amante, loco,
poco premio es mi estado, el reino poco. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DON JUAN.

A mi deshonra acude.
¡Qué facilmente darle muerte pude!
¡Qué de ello á mi respeto me he debido!
A mí mesmo me estoy agradecido.
Vamos, honor, á averiguar quimeras;
que aun dudo si las sueño:
no morirá el infante, que es mi dueño,
yo sí, pesares, moriré de veras,
ya que lo estoy fingido,
si es verdad que mi esposa me ha ofendido,
y estima en mas mi vida que su fama;
que no teme el morir quien su honor ama. (*Vase.*)

Sala de la casa de campo. Está á oscuras.

ESCENA XII.

DOÑA ELENA, *de luto, con una pistola.*

Simbolizan los horrores

de esta negra oscuridad
con la viuda soledad
de mis difuntos amores:
vístanse de mis colores,
pues unos y otros mortales,
á imitacion de mis males,
iguala una misma suerte
las tinieblas y la muerte,
que á todos nos hace iguales.
De las dos valerme entiendo,
porque injurias castigando
muera contenta matando,
pues ya viviré muriendo:
el descuido está durmiendo;
despierte en mí mi cuidado;
vereis, dueño malogrado,
que ni amor sabe temer,
ni es poderoso el poder,
si apura demasïado.

ESCENA XIII.

DON JUAN. BUÑOL.—DOÑA ELENA.

BUÑOL.

(*Hablando aparte con su amo.*)
Esta sala es la que habita,
y aquella en la que reposa;
su oscuridad temerosa
verla te imposibilita.
Guiándote voy á tiento;
que de las veces que entré,
de memoria el sitio sé:
refrena tu sentimiento,
por Dios, y hácia aquí te esconde;
sabré si vino el infante,
y avisaréte al instante. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DOÑA ELENA. DON JUAN.

DOÑA ELENA.
¡Oh si ya llegase el conde!
DON JUAN, *aparte.*
¡Vive el cielo que le aguarda,
y que su amor impaciente,
olvidado de mí, siente
siglos las horas que tarda!
¡Oh indicios averiguados!
no imaginé yo creeros;
mas para ser verdaderos,
bastaba ser desdichados.
No por darme libertad
atropella obligaciones
quien de breves dilaciones
se queja á la oscuridad.
Solamente en su firmeza
se conservaba mi vida;
muramos, esta perdida,
ella y yo, pues no hay belleza
que se resista constante.
DOÑA ELENA.
(*Aparte.* Parece que habla entre sí
no sé quien. ¿Si conseguí
mi esperanza?) ¿Es el infante?
(*Lléganse, y don Juan disimula la voz.*)
DON JUAN.
Soy quien como acostumbrado
á desprecios y rigores,
incrédulo á los favores
que amor me ha facilitado,
admirando lo que escucho,
dudo de lo que no veo.
DOÑA ELENA.
Imitais á mi deseo,
que os juro, conde, que há mucho

que trazaba esta ocasion,
puesto que el vivir mi esposo
sirvió de estorbo forzoso
que enfrenó su ejecucion.
Mas pues ya le goza el cielo,
y vos por librarme de él,
de puro amante, crüel,
asegurais mi recelo,
dueño de mi libertad,
dispondré de ella y de mí.

DON JUAN.

¿Luego ya sabeis que abrí
puerta á mi felicidad
con su muerte?

DOÑA ELENA.

En sus despojos
me enseñaron mal vertida
la sangre; que el homicida,
poniéndomela á los ojos,
quiso que en esceso tanto
mi pesar la costa hiciese,
porque por ellos vertiese
la sangre el alma en mi llanto.

DON JUAN.

(*Aparte.* Don Alonso fue sin duda
quien, sin permision del conde,
esperimentó hasta adonde
llegó su fé, y si se muda
viuda quien ejemplo ha sido
de la virtud, desposada.)
Todo esto, condesa amada,
puede un amor atrevido
que llevaba mal el veros
empleada en desiguales
coyundas, cuando las reales
recelan el mereceros;
puesto que amándole tanto,
admiro el que os consoleis
tan presto.

DOÑA ELENA.

Vos solo haceis
oposicion á mi llanto:

porque es de suerte el deseo
que me llama á esta ocasion,
y tal la satisfaccion
que he de sacar de este empleo,
que á pesar de mis desvelos,
estimo el aseguraros
tanto, que aun no quiero daros,
llorando á un difunto, celos.

DON JUAN.

Estremos de tanto amor
no con palabras presumen
(*Aparte.* ¡Ah, cielos, que me consumen
las ansias de mi dolor!)
mis dichas satisfacerlos.
Dadme de esposa la mano.

DOÑA ELENA.

(*Aparte.* Para vengarme, tirano,
no para corresponderos.)
Está la diestra impedida;
que, en efeto, se la dí
á don Juan, y le admití
por dueño en ella, y no olvida,
aunque difunto, la fé
de su amor, puesto que en vano,
y estando viuda esta mano,
no es fineza que la dé:
estotra sí, que mas cuerda,
escusó esa obligacion,
y el lado del corazon
la autoriza, aunque es la izquierda;

(*No se la da.*)

que hasta en esto me debeis
primores que amor procura.

DON JUAN.

(*Aparte.* ¡Ah aleve! ¡ah ingrata! ¡ah perjura!)
¿Qué andais buscando? ¿Qué haceis?

DOÑA ELENA.

El pecho la mano os toca
recelosa, y con razon,
que no afirma el corazon
lo que publica la boca;
que juzgo en vos muy distante

el alma de vuestros labios.

DON JUAN, *aparte.*

Vengad, honor, mis agravios.

DOÑA ELENA, *aparte.*

Muera, honor, el cruel infante.

(*Tiéntale con la mano izquierda el pecho hácia el corazon, y apúntale con la derecha la pistola; quiere dispardrsela, y don Juan, sacando la daga, darla con ella; y sale Buñol con luz.*)

ESCENA XV.

BUÑOL.—DICHOS.

BUÑOL.

(*Saliendo alborotado.*)

El conde ha venido ya.
¿Si con don Juan ha encontrado?

DOÑA ELENA.

¡Jesus! ¡Difunto adorado!
¡feliz muerte en vuestros bra...!

(*Cae desmayada en brazos de don Juan.*)

BUÑOL.

Brazos pronunciar queria,
y el *zos*, del desmayo fiero,
quedósele en el tintero.

DON JUAN.

¡Ay prenda del alma mia!
¡qué costosos desengaños
mis sospechas aseguran!
¡qué presto eclipsar procuran
felicidades mis daños!
Si murió, ¿qué es lo què espera
mi necia averiguacion?

BUÑOL.

(*Aparte.* ¿La pistola al corazon?
¡Oh inclemente epistolera!)
Mira que el conde está en casa;
peligros, cuerdo, resuelve.

pero ya es usado estilo
en imposibles como este,
jurarlos y no cumplirlos.
Consiga yo mi esperanza;
que si las suyas marchito,
consolaráse con otras;
que el tiempo amansa suspiros.
Guiad vos, amor, mis pasos.

(Quiere entrar, y detiénese viendo sobre la puerta el retrato de don Juan.)

La imagen de don Juan miro,
valientemente copiada.
¡Ah joven inadvertido!
competísteme soberbio,
despeñástete á tí mismo.
¿Qué esperabas, confiado
en el liviano presidio
de una muger, que juzgaste
inexpugnable á los tiros
del poder en la pobreza?
Resistiránse al principio
ímpetus de honor franceses,
que al cabo mueren vencidos.
Vivo te juzga y te agravia;
que, en efeto, siempre ha sido
la mejor muger, muger,
y el mas firme vidrio, vidrio.
No estorbarás mas mi intento.

(Va á entrar, y cae el retrato, cubriendo la puerta.)

¡Válgame Dios! ofendido
en estátua, por la honra
vuelve el pintado del vivo.
Ajuntóse con la puerta
de suerte, ¡estraño prodigio!
que parece consultado
lo que solo fue fortuito.
¡Qué valiente es la razon!
¡qué pusilánime el vicio!
¡qué independiente el imperio
del tálamo en su dominio!
¿Hay valor que se le atreva?
¿Cuál *yo el rey* fue tan temido

como *yo el dueño y esposo*?
Mas es blason mas antiguo,
y debe reconocerse,
pues tuvo á Dios por ministro,
y el primer progenitor
antes que rey, fue marido.
Por Dios, que le estoy temblando;
cobarde su copia miro:
¿qué hiciera en mí el verdadero,
cuando me asombra el fingido?
Respetemos su presencia,
(Quítase el sombrero.)
deseos inadvertidos,
porque un esposo, aun en sombra,
de veneracion es digno.
Estotra puerta está franca;
ciego amor, por ella os sigo;
desmientan atrevimientos
lo que malogran hechizos.

(En la puerta del otro lado aparece don Juan con la espada desnuda, la punta al suelo, en cuerpo y sin moverse.)

¡Válgame el cielo piadoso!
¡Jesus mil veces! ¿Qué he visto?
Ó desatina mi idea,
ó mis ciegos descaminos
para alumbrar escarmientos,
despeñándose conmigo,
ejecutor de mi muerte
me ponen al que he ofendido.
¡Allí don Juan retratado!
¡aquí, cielos, don Juan vivo!
¡dos esposos en dos puertas,
y en entrambas dos el mismo!
Hasta los sepulcros se abren,
adelantándome avisos,
¡y yo rebelde á los cielos,
buscando mi precipicio!
(Éntrase don Juan.)
No, desengaños piadosos,
no, descompuestos sentidos,
no, aduladores deseos,

DON JUAN.

Ven y alumbra, que si vuelve
mi bien en sí, (¡ay suerte escasa!)
en albricias de su vida,
gozoso permitiré
que el conde muerte me dé.

BUÑOL.

Borremos esa partida,
y en esta cuadra te encierra,
donde acostumbra á dormir;
que esto, señor, de morir
huele á puf, y sabe á tierra.

(*Vanse, llevándose don Juan desmayada á doña Elena.*)

ESCENA XVI.

EL CONDE. ENGRACIA, *con luz.*

ENGRACIA.

Hasta aquí, señor infante,
se estiende todo el distrito
de mi solícita agencia;
esotro está á vuestro arbitrio.
Sangre real os ennoblece:
¿quién duda que en el archivo
de vuestro pecho se esconda
este piadoso delito?
Logradle, y quedaos con Dios.
(*Vase, y deja la luz sobre un bufete.*)

ESCENA XVII.

EL CONDE.

Hicieron mis desatinos
inútiles mis promesas;
mal la daré á don Juan vivo,
si le sepulta mi engaño;

no, pensamientos lascivos.
(*Llamando á voces.*)
Condesa, Engracia, criados.

ESCENA XVIII.

DON ALONSO. BELTRAN.— EL CONDE.

BELTRAN.

Infante, el rey ha venido
en secreto y á la posta,
tan indignado contigo,
que peligra tu cabeza,
porque le han encarecido
los deudos de lós que agravias,
apadrinados de amigos,
el estado en que los tienes.

CONDE.

No es el primero tu aviso;
las pinturas me le han dado,
los difuntos me lo han dicho.
Cegáronme amor y celos;
del real perdon soy indigno;
crüel será su piedad,
si es en mi muerte remiso.
(*Al retrato.*)
¡Ah malogrado inocente,
por honrado, perseguido,
por buen amante, mal muerto!
¡Qué tarde, cielos, que vino
la piedad tras la venganza,
el pesar tras el delito!

DON ALONSO.

No tan tarde, gran señor,
que si con él te mitigo,
no venga á echarse á tus pies
seguro, gozoso y vivo.
Fingí su muerte piadoso.

CONDE.

¿Qué dices, Alonso amigo?

Deberéte, si esto es cierto,
el alma que fiel te rindo.

ESCENA XIX.

DOÑA ELENA Y DON JUAN, *de gala y de las manos.* DOÑA JOSEFA, *tambien de gala.* ENGRACIA Y BUÑOL.—DICHOS.

DON JUAN.

Las nuestras, ¡oh heróico infante!
tendrán desde hoy mas alivio
en tu amparo generoso.

CONDE.

Todas mis venturas cifro
en estos brazos que os doy.
De patrones necesito
que enojos del rey aplaquen;
en vuestras manos benigno
dejará justos agravios.

DON JUAN.

Verán en ellas cumplidos
sus gozos nuestros deseos;
que les faltaba el arrimo
de tal dueño, tal señor,
tal príncipe, en quien el siglo
presente, venera á un nieto
del monarca mas invicto
que conoció nuestra España.

DOÑA JOSEFA.

Yo, don Juan, que he merecido
veros libre de naufragios
crüeles, cuanto prolijos,
para hacer mayor la fama
de mi amor constante y limpio,
contenta con sus memorias,
no casarme determino,
porque hereden mis estados
mis hermanos y sobrinos.
Y al conde le doy mil gracias,
pues venciéndose á sí mismo,

generoso os favorece,
si os persiguió competido.
Postraréme á los pies reales,
en fé de que en ellos fio
clemencias en vuestro abono.

BUÑOL.

Y habremos comedia visto
que no acaba en casamientos.

ENGRACIA.

¿Luego no piensas conmigo
celebrarlos?

BUÑOL.

Ni por pienso.

ENGRACIA.

¿Pues por qué causa, atrevido?

BUÑOL.

Porque pueda rematarse,
sin curas y sin padrinos,
una comedia soltera.

ENGRACIA.

Deseábalo infinito.

DON JUAN.

Senado, el perfeto amor
no sabe temer peligros;
ejemplo los dos seamos,
venturosos, si os servimos.



EXAMEN

DE

LA FIRMEZA EN LA HERMOSURA.

Tampoco esta comedia fue incluida en los cinco tomos de las de Tellez; pero á diferencia de la anterior, no hay en ella rasgo que indique con seguridad hácia qué época seria escrita: nosotros sin embargo nos inclinamos á creer que fue obra de la vejez del autor. Adviértese en ella (tal es á lo menos nuestro dictamen) algo cansada la pluma, menos lozanía en la espresion, menos abundancia en el diálogo, menos versificacion rimada, mas romance, mucho decoro, malicia casi ninguna. No es verdaderamente comun en la ancianidad idear una fábula tan interesante como la que forman los honestísimos amores de don Juan y doña Elena; pero si Tellez hubiera manejado en su juventud este argumento, lo hubiera recargado de episodios, cada escena hubiera sido al doble de larga, hubiera desenvuelto el plan menos atinadamente por haberlo pensado poco, brillarian con frecuencia en el drama pinceladas robustas, enérgicas y libres, y llevaria el sello de la fecundidad, de la exuberancia, de la osadía. Dijérase que Tellez vivia en otro mundo cuando trazó el caracter de doña Elena, ó que quiso hacer en aquel personage una reparacion al sexo á quien habia injuriado tan repetidas veces. De cualquier modo que fuere, si en esta composicion se apartó el maestro Tellez de su género propio, si le faltan las sales cómicas, y el brio y las llamaradas de ingenio que suele verter el autor en otras comedias, tiene en cambio caracteres agradables, sentimiento y grande interes, y esto vale mucho en una obra escénica que pertenece á la tragedia urbana, ó se asemeja hasta cierto punto al drama moderno de pasion y de intriga.

Conducir á un amante hasta el estremo de atentar por unos celos injustos á la vida de su amada, es un pensamiento verdaderamente trágico: no es otro el que sirve

de base al *Tetrarca de Jerusalen*, á *Otelo*, á *Jaira*. La muger que amaba, como Elena, que ha perdido tantas esperanzas y tan heróicos sacrificios, no es raro que en el frenesí de su desesperacion quiera vengarse del artífice de todos sus males: esponer á la esposa irritada á hacer víctima de sus iras al hombre que adora, es una combinacion dramática capaz de escitar poderosamente el terror y la piedad; desenlazar la fábula con una peripecia feliz, es conocer bien el corazon humano, porque en el género novelesco los espectadores se inclinan con preferencia á los dramas que terminan en fin alegre: parece que dicen al autor: "ya que eres árbitro de divertirnos como quieras, diviértenos del modo mas agradable." Doña Josefa es una dama enamorada y sagaz; miente y enreda para conseguir á don Juan por esposo; pero sus ardides no son villanos ni su amor es hijo de la envidia; la muger que tan noblemente dice: *líbrese don Juan, y mátenme sus rigores*, es digna de competir con Elena. Tampoco es el conde un tirano feroz, odioso y repugnante; su arrepentimiento despues que le anuncian la muerte de don Juan mandada por él, y su resolucion de vencerse despues que le atemoriza la caida del retrato, muestran un caracter con aquella mezcla de virtudes y pasiones que deben reunirlos que han de ser teatrales. Estas cuatro figuras son tan graves y apasionadas, que á no conocerse con evidencia en el papel de Buñol y en ciertas tiradas de versificacion la mano de Tellez, habria motivo para dudar si la comedia era suya. La brevedad de muchas escenas, la manera teatral y rápida con que finalizan los actos primero y segundo, son cosas harto desusadas en nuestro autor.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DON JUAN.

No has de ir, por vida mia.

DOÑA ELENA.

¿Vida y tuya? Toma, Engracia,
allá ese manto.

. . . .

Si á sospechas te provoco,
no, mi don Juan, suelto el manto;
mas vida que estimo en tanto,
no la jures por tan poco.

Estos pocos versos pintan un caracter completo, el amor y la delicadeza. Esta es una dama: muchas de las de Tellez se titulan princesas, y proceden casi como fregoncillas.

Que el noble (*amor*)....
ni consejo de Indias tiene,
ni vió al consejo de Hacienda.

Don Juan I de Aragon murió en 1395; el descubrimiento de las Indias fue en 1492. La comedia escrita por aquel rey tambien es una invencion prematura. El nombre de *Buen Retiro* dado al jardin en que se representaba el espectáculo, es de capricho.

ESCENA IV.

Ruégame don Juan de Urrea
con todo encarecimiento
que en este entretenimiento
asista.

¿Cómo hemos de conocer que doña Josefa miente? Era necesario advertírnoslo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA II.

Goza, ingrata, al conde infante,
. . . .
que yo, si en el otro mundo
se tiene de este memoria,
y amor al alma acompaña,
te prevendré protectoras
la fortuna y las estrellas
porque tu dicha dispongan,
tus esperanzas alegren,

y fertilicen tus bodas.

¡Qué rasgo tan generoso, tan delicado! ¿Qué especie de talento era el de Tellez que sorprendia los secretos mas recónditos del sentimiento, aun con estar acostumbrado á revelar únicamente los de la malicia? Comparemos estos versos, brillantes solo por la idea, con aquella redondilla de la escena quinta en este mismo acto.

Lloro la fortuna ingrata
del amor que te he tenido,
pues me juzgué tu marido,
y te he de dejar intâta.

Parece imposible que ambos trozos hayan salido de una pluma.

ESCENA III.

Solo nos diferenciamos
en que vuestro amor, ni cuerdo,
ni cortés, ni generoso,
(perdonadme, que no puedo
dejar de decir verdades)
con el apetito, ciego,
con el poder arrojado
con la privanza soberbio,
tirano os volveis de amante.

Las palabras *vuestro amor*, y los adjetivos que las siguen, deben considerarse como ablativos absolutos, cual si dijera: "no siendo vuestro amor cuerdo, ni cortés &c., de amante os volveis tirano;" pero es preciso hacerse alguna violencia para no creer que *amor* debia ser aquí un nominativo. Si dijera despues *os vuelve*, no habia en qué tropezar.

ESCENA IX.

Bellísima versificacion; no es del todo verosimil que hable tanto doña Josefa sin que la conozca don Juan, (y el mismo reparo cabe á la escena capital del acto 3.º); pero sin estas y otras concesiones, Tellez no hubiera escrito. Perdónesele, y no sirva de ejemplar.

ACTO TERCERO.

ESCENA II.

. . . . . Aumenten desleales
amenazas y rigores;
que cuanto fueren mayores,
hay un bien entre estos males
con que endulzándose van,
sin que igualen todos ellos
al gusto de padecellos
doña Elena por don Juan.

Trozo lleno de ternura; y hay muchos semejantes en esta comedia, en la cual el amor noble y virtuoso está pintado como en ninguna de las piezas que forman esta coleccion.

ESCENA IV.

Elena oye sin decir una palabra la relacion de doña Josefa, como Teseo la de Terámenes en la *Fedra* de Racine; pero Teseo no disculpa luego con símiles su silencio. Otras debian ser las espresiones de Elena en el momento que se queda sola, sabida ya la muerte de don Juan: lo que dice desde *No estan sujetas las almas* hasta el fin de la escena, está en su lugar.

ESCENA XIV.

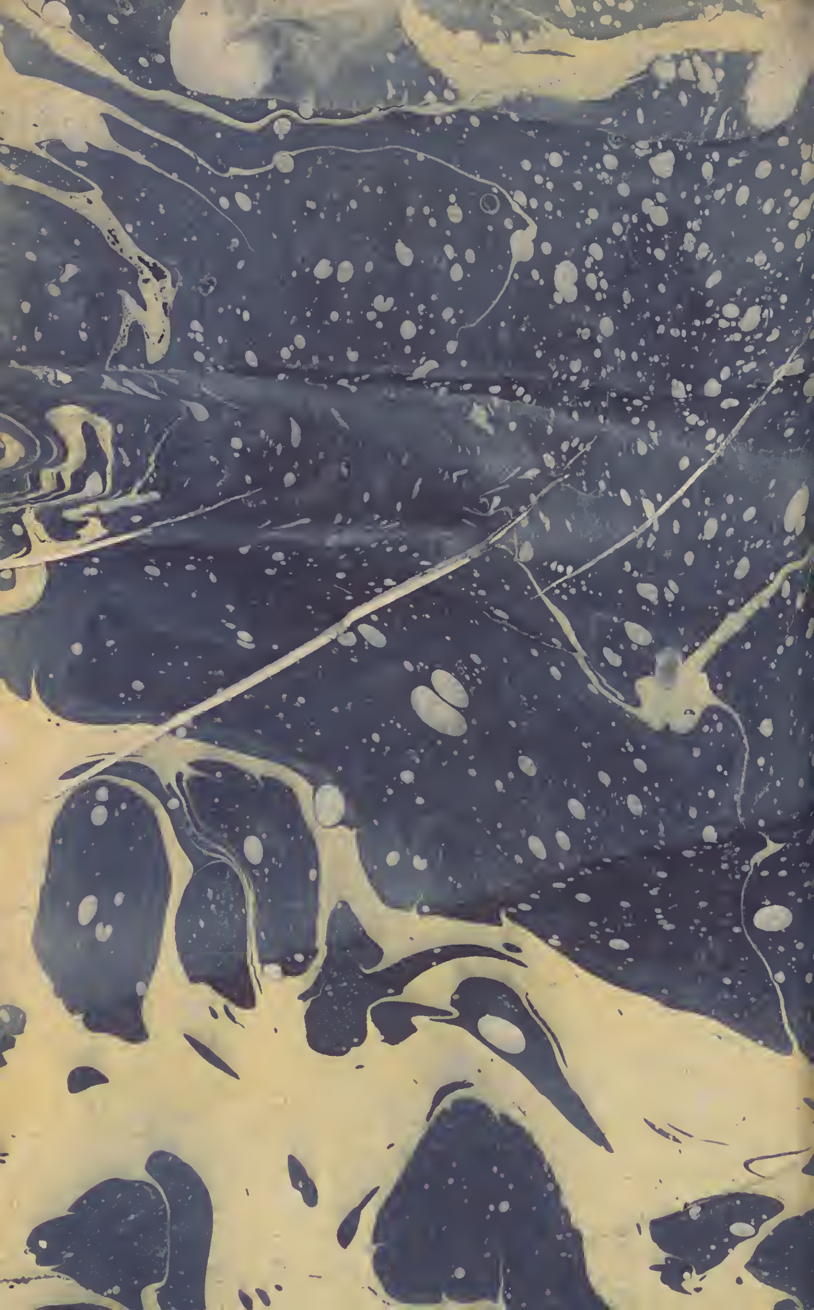
¡Pistolas en tiempo de don Juan I de Aragon! A bien que García del Castañar usaba de arcabuz medio siglo antes.

El incidente del retrato ya lo han visto nuestros lectores empleado en *La prudencia en la muger*.

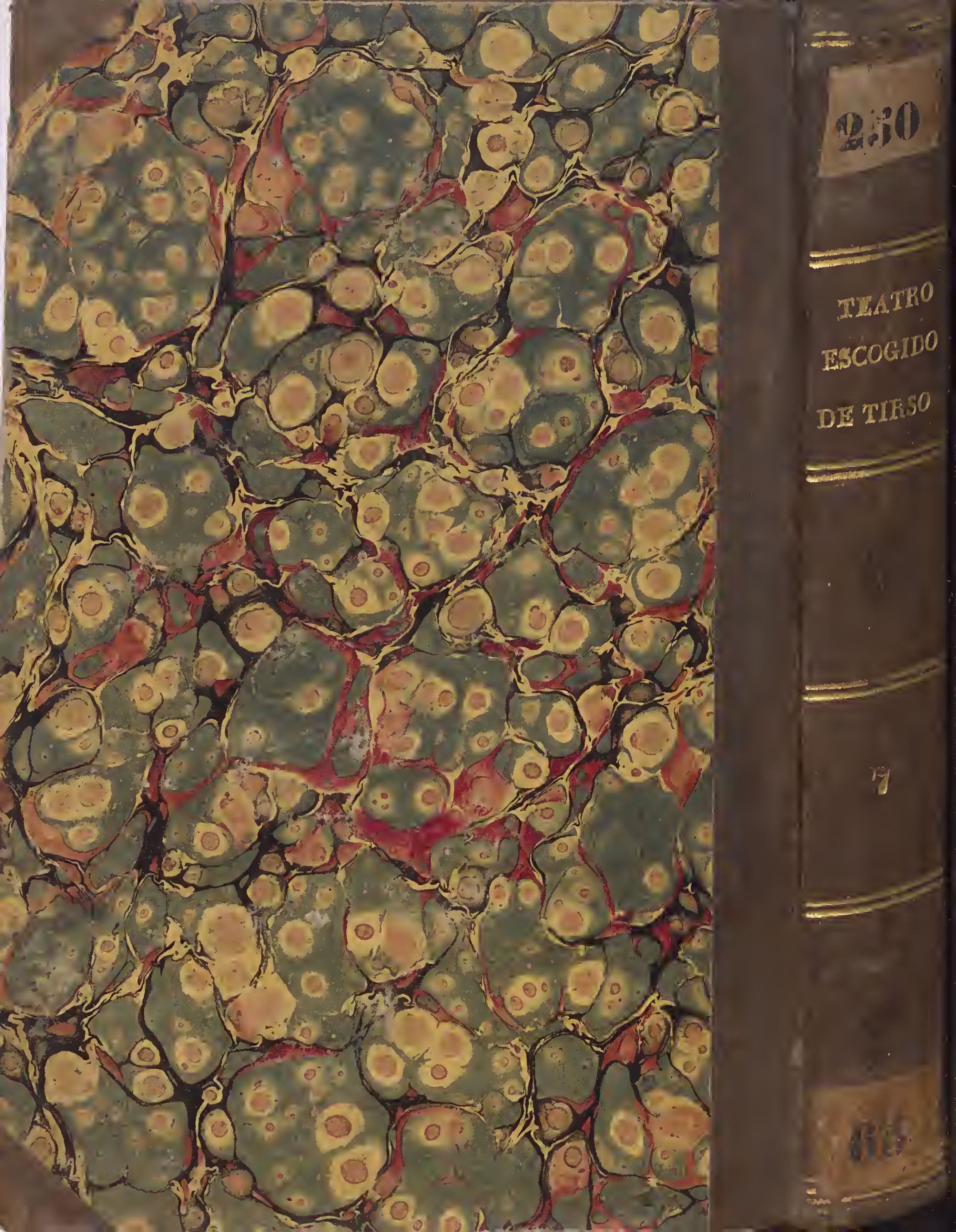
INDICE.

ERRATAS.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
5	19	cielo:	cielo
58	6	Estremoz.	Estremós.
135	penúltima	participan	participa
148	17	vos	vos?
157	27	es,	es
188	37	Usted	Vusted
220	4	fuese	fuere
266	antepenúltima	va	ya·
287	27	prevenderé	prevendré






250
TEATRO
ESCOGIDO
DE TIRSO
7